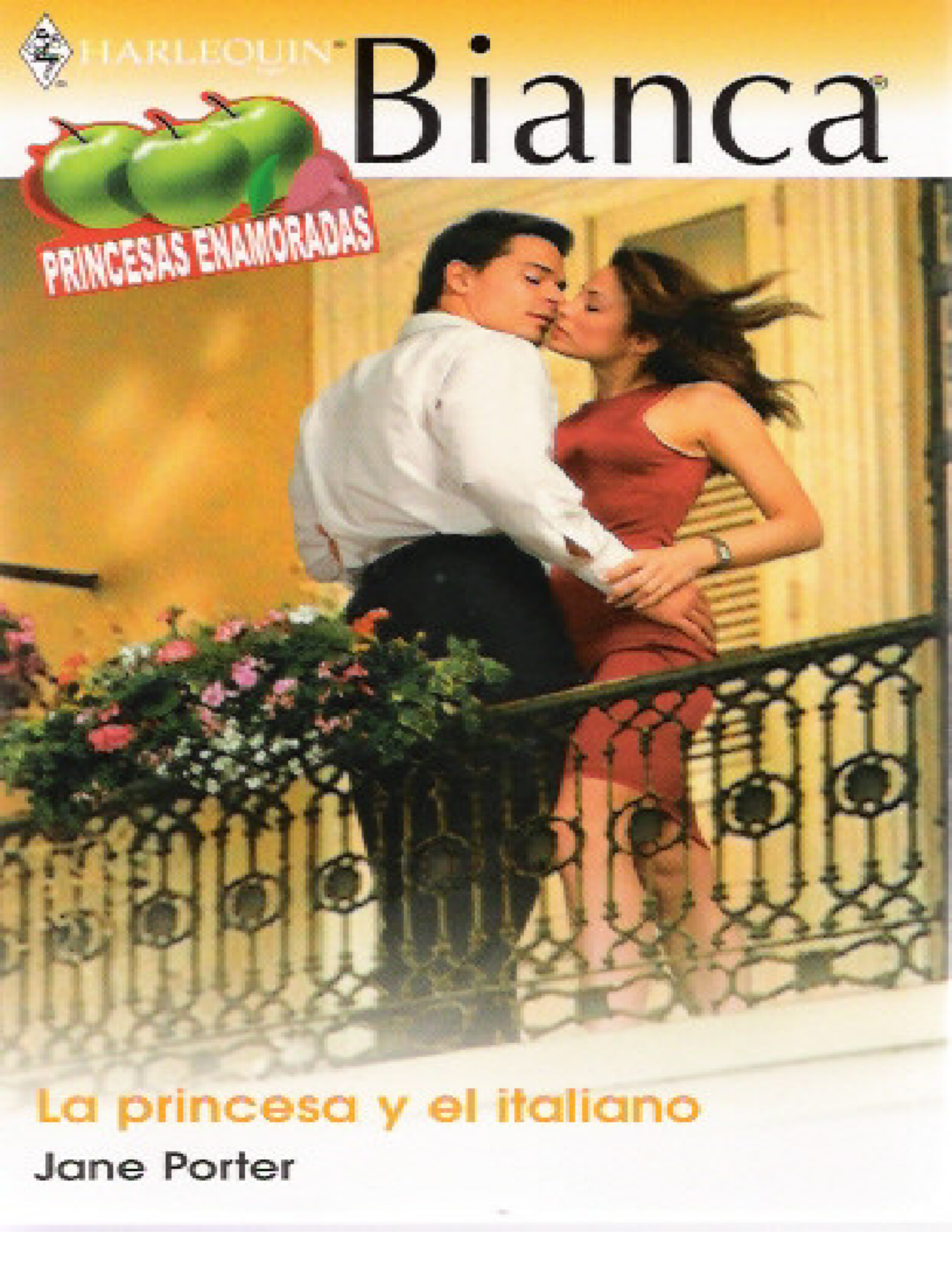

HARLEQUIN
Bianca
PRINCESAS ENAMORADAS
La princesa y el italiano
Jane Porter

La princesa y el italiano

Jane Porter

La princesa Joelle Ducasse sólo disponía de una semana de libertad antes de casarse con el hombre que habían elegido para ella. Joelle sabía que debía casarse por obligación, y no por amor. Por eso decidió pasar una sola noche de pasión desenfrenada con un guapísimo desconocido. Lo que ella no sabía era que ese desconocido no era otro que el príncipe Leo Borgade... su futuro esposo.

Leo estaba furioso por el comportamiento de su prometida y creía que debía ser castigada de la mejor manera posible... ¡casándose!

Resultó que aquel guapísimo desconocido no era tan desconocido...

LA PRINCESA Y EL ITALIANO, Nº 3 - 15.6.05
Título original: The Italian's Virgin Princess

Prólogo

Palacio Ducasse, Porto, Melio

La princesa Joelle Ducasse contempló la carta que había dejado sobre el escritorio de su abuelo. También había enviado una copia idéntica de aquella carta a su hermana Nicolette, que vivía en Baraka, y a su hermana Chantal, que vivía en Grecia.

«El abuelo se va a sentir tan dolido», pensó, con los ojos llenos de lágrimas.

Pero ni siquiera ella misma entendía por qué se sentía tan desesperada por irse, por escapar de Melio, de la prensa y de las cámaras de televisión. Nunca le había resultado cómodo vivir bajo la atenta mirada del público, y las cosas habían empeorado tras la muerte de su abuela.

Los medios de comunicación no dejaban de asediarla. La seguían a todas partes y ni siquiera le daban tiempo para ocultar su dolor. O su confusión.

La muerte de la abuela había hecho aflorar un intenso dolor que debía haber quedado profundamente enterrado en su corazón tras la muerte de sus padres, acaecida dieciocho años atrás. Y los artículos, fotos y filmaciones de la prensa sólo servían para aumentar su confusión.

Lo cierto era que no sabía lo que sentía. Ni siquiera sentía. En algún momento tras la muerte de la abuela había perdido su capacidad de sentir, sus esperanzas, su coraje.

¿Cómo iba a llevar una vida de servicio público si ni siquiera sabía quién era?

Adoraba a su abuelo y a su país, y sabía por qué necesitaba casarse y permanecer allí. Nic se había casado con el sultán de Baraka y vivía allí y Chantal se había casado con un plebeyo griego que no podía ser rey. Pero no podía asumir aquella responsabilidad sin recuperar antes la serenidad

interior.

Necesitaba un descanso. Necesitaba espacio. Y necesitaba desesperadamente recuperar parte de su intimidad.

Apoyó una mano sobre la carta y la dejó donde estaba.

«Lo siento, abuelo. Perdóname»

«Sólo te vas por un año», se dijo mientras se encaminaba hacia la puerta del despacho. «No te vas para siempre. Estarás de vuelta en doce meses, te casarás con el príncipe Luigi Borgade y la vida continuará con su ritmo normal».

Pero seis horas más tarde, sentada en un pequeño avión, con las gafas puestas y el sombrero calado hasta las cejas, aún seguía tratando de contener su sentimiento de culpabilidad y de centrarse en lo positivo.

Iba a tener doce meses para encontrar el sosiego que necesitaba, doce meses para asumir definitivamente la muerte de su querida abuela, con la que tanta confianza había tenido siempre.

Mientras siguiera siendo la princesa Joelle no podría librarse de las cámaras, de los guardaespaldas, de los tenaces periodistas, de los protocolos de palacio. Mientras siguiera siendo la princesa Joelle, todo el mundo tendría demasiada información y asumiría que lo sabía todo sobre ella.

Pero la gente no la conocía. Sólo sabían de ella lo que leían en la prensa, lo que les contaba el departamento de relaciones públicas del palacio.

En realidad no sabían nada sobre sus sueños, sobre la profundidad de su emoción. No sabían cuánto anhelaba poder elegir, poder disfrutar de cierto grado de independencia y libertad.

Chantal, su hermana mayor, solía decir que la independencia personal estaba sobrevalorada y no era tan esencial como algunos pensaban, sobre todo si uno se apellidaba Ducasse y pertenecía a un linaje que se remontaba al siglo XIII.

Pero Joelle no quería ser una Ducasse. Ya había tenido suficiente. Lo único que quería era ser una persona normal, independiente y autosuficiente.

Capítulo 1

Nueva Orleans. Once meses después

—¿Una bebida, señorita d'Ville?

La pregunta, formulada por una grave voz masculina, inquietó de inmediato a Joelle. Aquella clase de voces sólo provenían de años de poder.

De la clase de poder y autoridad que había dejado atrás en Europa.

Y la voz era de él.

Él.

El hombre que había estado sentado en primera fila sin apartar la vista de ella y que la había hecho perderse en dos ocasiones en medio de una canción, cosa que no solía sucederle nunca en el escenario.

Y de cerca la hacía sentirse directamente desnuda, expuesta. Nunca le había importado vestirse de un modo especialmente sexy para subir a un escenario, pero por la mirada que le estaba dedicando aquel hombre supo que no aprobaba su atuendo.

Su censura era casi tan pesada como la funda de la guitarra que colgaba del hombro de Joelle.

—¿Una bebida? —repitió para ganar tiempo, mientras su mente le decía absurdamente que si alguna vez llegara a pertenecer a algún hombre no sería a alguien como él, tan exageradamente masculino y tan intensamente controlado.

Quería sencillez. Encanto.

Aquel hombre no era sencillo.

—Sí, algo de beber —repitió él con una sonrisa que no alcanzó sus ojos. Su oscura y penetrante mirada revelaba a las claras que quería poseerla de un modo que no tenía nada de civilizado.

Joelle sintió que se le erizaba el vello de la nuca y ciñó la funda de la guitarra a su cadera como si fuera una armadura.

—Comprendo el concepto. También tenemos bebidas en los Estados Unidos —dijo, haciéndole comprender que se había dado cuenta de que era extranjero y que no podía intimidarla. Por su acento y su aspecto parecía italiano.

—En ese caso, permita que la invite a beber algo —dijo a la vez que señalaba su mesa.

—Tengo otros planes —replicó Joelle, y era cierto. Tenía que poner la colada y hacer las maletas. Debía prepararse para regresar a casa.

—Cámbielos.

—No puedo.

La expresión del hombre se endureció.

—Debe hacerlo. Es importante.

Joelle frunció el ceño.

—¿Lo ha enviado alguien? —cuando sus ojos se encontraron con los del hombre fue incapaz de apartar la mirada. Aquel hombre prácticamente exigía atención y mientras lo miraba sintió un cosquilleo a lo largo de todo el cuerpo.

—No.

Joelle movió la cabeza para tratar de romper la tensión reinante. No le gustaba lo que estaba pasando. Sentía el cuerpo extraño y el pecho oprimido.

—La verdad es que estoy cansada. He pasado dos horas en el escenario...

—Lo sé. Estaba aquí —el hombre dudó, como cuestionándose la sabiduría de lo que iba a decir—. Canta muy bien.

—Gracias.

El hombre volvió a señalar su mesa.

—Tome algo conmigo.

Joelle iba a protestar, pero el hombre ya se había vuelto hacia la mesa. Hizo una seña a una camarera y pidió una botella de champán.

Cuando se volvió hacia Joelle, le dedicó la sonrisa de alguien acostumbrado a ganar.

Ella se encaminó hacia la mesa con paso firme.

—No voy a sentarme con usted.

—Pero ha venido hasta aquí.

A Joelle no le gustó la expresión irónica del hombre.

—No quiero que malgaste su dinero.

—Es sólo dinero.

Joelle pensó en su reino y en lo cerca que había estado de arruinarse. Pensó en sus hermanas, que habían hecho matrimonios de conveniencia para salvar Melio. Pensó en el año transcurrido desde su marcha y en cómo había luchado para salir adelante, en cuánto había tenido que trabajar para conseguir lo esencial.

—De todos modos es un despilfarro.

—Sobre todo si no se bebe el champán.

Joelle sintió los fuertes latidos de su corazón.

—¿Qué quiere?

No había nada suave en los marcados rasgos de aquel hombre, y Joelle sintió que algo se removía en su interior, que su cuerpo la traicionaba.

A su cuerpo le gustaba cómo la estaba mirando.

Su cuerpo quería que siguiera mirándola así.

Él la contempló pensativamente.

—Creo que la pregunta debería ser, ¿qué quiere Josie d'Ville de la vida?

—No estamos hablando de mí.

—Claro que sí —el hombre señaló una silla—. He recorrido un largo trayecto para verla, así que haga el favor de sentarse.

¿Quién era aquel hombre? La soñadora que Joelle llevaba dentro rogó para que fuera alguien de la industria de la música. Un agente, por ejemplo. O un productor.

O tal vez fuera un espía del palacio. Uno de esos hombres sin rostro que la habían protegido durante aquel año, porque estaba segura de que ninguno de sus cuñados habría permitido que se fuera de casa sin protección.

Finalmente, se sentó y dejó la funda de la guitarra a sus pies. Mientras se apartaba el pelo del rostro pensó en su actuación de aquella noche. Normalmente lograba tranquilizarse ya en el primer pase, pero aquella noche nada había ido bien. Había tratado de convencerse de que sus nervios se debían a su inminente regreso a Melio y a la perspectiva de tener que casarse con un hombre al que no conocía y del que jamás había visto una foto. Pero su deber y la perspectiva de aquel matrimonio jamás habían interferido en su actuaciones. Le encantaba subirse

a un escenario y sentirse bajo los focos. Siempre le había gustado cantar y disfrutaba cuando la audiencia lo hacía.

No. No era su inminente regreso a Melio lo que la inquietaba. Era aquel hombre. Se había dedicado a taladrarla con la mirada, haciéndola sentirse desnuda y muy vulnerable.

—¿Por qué eligió Nueva Orleans? —preguntó el hombre.

—¿Qué quiere decir?

El hombre se cruzó de brazos y Joelle sintió que estaba conteniendo su genio.

—¿Por qué canta aquí? ¿Por qué no en Nashville, o en Nueva York, o en Los Ángeles?

—Nueva Orleans es una ciudad famosa por su blues y su jazz.

—¿No quiere cantar en Europa?

Joelle sintió que los nervios volvían a atenazarle el estómago.

—Nueva Orleans es... mi hogar.

—Entonces, ¿nació aquí?

—Mi madre nació aquí —«o muy cerca», añadió Joelle para sí.

—¿Su madre también es una d'Ville?

—Lo era —corrigió Joelle—. Antes de casarse.

A diferencia de sus hermanas, Joelle no recordaba ni a su madre ni a su padre. Siempre había pensado mucho en ambos, por supuesto, pero era la personalidad de su madre la que más la desconcertaba. Star fue una cantante pop de gran talento que renunció a todo para casarse con un príncipe extranjero.

Era irónico que ella, una princesa, hubiera estado dispuesta a renunciar a todo por tener la oportunidad de ser una estrella como su madre.

—De manera que Josie d'Ville es su nombre real.

—Más o menos.

El hombre rió con suavidad y Joelle sintió que se le secaba la boca. Su mirada era tan intensa, que casi daba miedo. Su expresión era ligeramente arrogante y divertida. Curiosa. Era casi como si la conociera.

Pero aquella idea era ridícula.

Aquel hombre no la conocía y no podía saber quién

era. Llevaba once meses en Nueva Orleans y nadie había llegado a sospechar nada sobre su verdadera identidad.

—Más o menos —repitió el hombre—. Lo que en realidad significa que está mintiendo...

—No estoy mintiendo.

—Pero no está siendo sincera.

—Mi trabajo me expone a la curiosidad pública y debo proteger mi intimidad.

—Demasiado tarde.

Joelle sintió que se le erizaba de nuevo el vello de la nuca. ¿Qué sabía aquel hombre?

—Me recuerda a alguien —continuó él—. A alguien de Europa...

—Tengo esa clase de rostro. La gente siempre piensa que me parezco a alguien que conocen.

—Pero no es estadounidense, ¿verdad?

—Mi madre...

—Era de aquí. Eso ya lo ha dicho. Pero eso no explica su acento francés, ¿no?

—No tengo...

—Claro que lo tiene. Bajo el acento sureño hay una inflexión muy francesa que surge cuando habla deprisa. Cuando está disgustada.

—Veo que tiene buen oído —Joelle sonrió para ocultar su ansiedad. Aquel hombre no podía saber quién era. No debía saberlo—. Tiene razón. Crecí hablando francés. La familia de mi madre es de Louisiana.

—Pero usted no se crió aquí, ¿verdad?

—Ha vuelto a acertar. No me crié aquí —Joelle miró al desconocido con dureza. ¿Qué sabía aquel hombre de ella? ¿Acaso sabía lo que era querer conquistar el mundo y sin embargo ser consciente de que lo único que ibas a obtener era una pequeña isla? Se inclinó bruscamente hacia él—. Y a todo esto, ¿quién es usted?

—Leonardo Marciano Fortino.

Joelle miró al hombre un largo rato mientras repetía en silencio su nombre.

—Es todo un nombre, ¿no?

El príncipe Leo Marciano Fortino, de la casa Borgade, se apoyó contra el respaldo de su asiento.

Aquello estaba resultando peor de lo que había

esperado...y se había preparado para lo peor. Su prometida no lo había reconocido, pero ni siquiera sabía su nombre.

—¿De dónde es, señor Fortino? —preguntó Joelle.

—Leo —corrigió él. Era evidente que aquella mujer no estaba lista para sentar la cabeza ni para los rigores de la vida matrimonial. Aún era demasiado joven, algo que lo había preocupado desde el principio, pero los oficiales de palacio habían insistido en que era madura para su edad—. La familia y los amigos siempre me llaman Leo. Y nunca he vivido en Italia.

—¿No?

Leo captó un destello de curiosidad en los ojos azules de Joelle. Eran unos ojos que hablaban de inocencia, de falta de experiencia... aunque el resto de ella rezumaba sexo.

¿Quién era la verdadera Joelle Ducasse?

—Josie —un hombre se acercó a la mesa y se detuvo ante Joelle. Leo se puso inmediatamente en guardia, pero Joelle parecía muy relajada.

—Eres asombrosa —dijo el desconocido—. He venido a escucharte cada noche esta semana y... nunca había oído ni visto a nadie como tú.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Joelle con una sonrisa.

—Jack.

Leo Borgade recordó los rostros embelesados de varios hombres entre la audiencia y vio la misma combinación de lujuria y anhelo en el rostro de Jack. El estilo de Joelle era una ronca mezcla de blues, soul y jazz que podía resultar realmente insinuante.

No era de extrañar que todos los Jack del mundo se sintieran atraídos por ella.

—Gracias, Jack —dijo a la vez que se levantaba y se situaba estratégicamente entre el admirador de Joelle y ésta—. Siempre es agradable escuchar comentarios agradables sobre nuestra Josie. Adiós. Que pases buena noche.

Jack asintió a regañadientes y, tras dedicar una melancólica mirada a Joelle, se alejó.

—¿Nuestra Josie? —dijo Joelle en tono burlón—. ¿Cómo ha podido hacer algo así? —preguntó, furiosa.

—Ese tipo estaba bebido.
—Era un tipo agradable.
—Me parece que desconoce el significado de la palabra «agradable», *bambina.*
—Me llamo Josie, no *bambina,* señor Fortino, y encuentro su actitud condescendiente además de machista.
Leo jamás olvidaría la conmoción que había sentido al ver salir a Joelle al escenario con unos pantalones de cuero bajos de cintura, una diminuta blusa bordada y unas botas de tacón. Su ovalado rostro parecía pálido y luminoso bajo las luces de los focos mientras sostenía el micrófono ante su boca como si fuera un amante al que no viera hacía tiempo.
«Ésa no puede ser mi prometida», fue lo primero que pensó al verla, horrorizado.
Y aún seguía conmocionado. Su prometida de veintidós años era una cantante de club. Había pasado el último año interpretando sus canciones en aquel pequeño club de Bourbon Street.
—No quiero que te hagan daño —contestó con aspereza.
—¿Y qué más le da? —espetó Joelle—. Usted no sabe nada sobre mí.
—Cierto.
—Y Jack sólo se estaba mostrando amistoso.
—Un perro salvaje también puede mostrarse amistoso.
—Es usted el que no está siendo agradable —replicó Joelle con las mejillas encendidas—. Es prepotente, dominante, arrogante...
—¿Porque soy sincero?
—Porque es grosero. Jack sólo me estaba haciendo un cumplido.
—¿Y tú necesitas esos cumplidos? —preguntó él, incrédulo.
—Lo que yo necesite o deje de necesitar no es asunto suyo.
«En eso te equivocas», pensó Leo, incapaz de apartar la mirada de los ojos de Joelle, de un azul verdoso parecido al tono del Mediterráneo al amanecer.
Aquella noche, a pesar de su conmoción, de su

enfado por haber sido engañado por el rey Remi y las personas a cargo de Melio, la había deseado en el sentido más directo y crudo de la palabra. Había querido tomarla, poseerla... porque era suya.

Pero el deseo no había formado parte de la ecuación cuando había aceptado casarse con la más joven de las Ducasse. Había sido un asunto de negocios. Él era un príncipe sin reino y ella una princesa con un reino que necesitaba herederos. Juntos se multiplicarían. El tendría un reino e hijos, Melio contaría con un rey y Joelle cumpliría su destino.

¿O no?

La camarera llegó en aquel momento con el champán y dos copas. Joelle ni siquiera la miró. Su enfado era evidente.

Pero Leo no tenía tiempo para aquel teatro. Era él quien debía estar enfadado, no ella. Seis semanas atrás, había oído rumores sobre la presencia de la princesa en Nueva Orleans. Cuando se puso en contacto con Melio, le dijeron que también habían oído los rumores, pero que no podían ser ciertos, pues Joelle estaba a salvo en Europa, estudiando música en un exclusivo conservatorio y preparando su boda con gran ilusión.

Pero no se había encontrado precisamente con la personificación de una ruborizada y anhelante novia.

—Te estaba protegiendo —dijo finalmente, exasperado por su tozudo silencio.

—No necesito su protección —contestó Joelle con descaro mientras la camarera llenaba las copas.

—Eres muy ingenua —replicó Leo cuando la camarera se fue.

—Y tú eres italiano.

—¿Y eso supone algún problema?

—Sí.

—¿Por qué?

La mirada de Leo fue tan dura, que Joelle se estremeció. Aquel hombre no le desagradaba. La aterrorizaba. Y la aterrorizaba especialmente su reacción hacia él. La hacia sentirse dolorosamente consciente de sí misma.

—¿Cuál es tu problema con los hombres italianos, *bambina*?

Capítulo 2

CUÁLES eran sus problemas con los hombres italianos?

De pronto, Joelle sólo fue capaz de pensar en cómo se sentía. Y se sentía hecha un auténtico caos. Por un momento pensó que todo lo que la asustaba, todo lo que siempre había temido, era todo lo que siempre había querido conocer.

Como por ejemplo el sexo. Quería saberlo todo sobre el sexo. Quería vivirlo, sentirlo, comprenderlo. Quería formar parte del mundo antes de verse encerrada en su torre de marfil en Melio.

—Estoy esperando —dijo Leo.

Acalorada, Joelle pensó que aquel hombre le estaba haciendo pensar en todas aquellas cosas que desconocía.

—Los hombres italianos son...difíciles.

—¿Por qué?

—Son exigentes.

—Como deben ser.

—Son posesivos.

—Una auténtica virtud.

—Son orgullosos.

Leo alzó una copa y se la entregó a Joelle.

—Sin duda.

Ella dudó antes de tomar la copa. En cuanto lo hizo, él le dedicó una sonrisa de auténtico depredador.

—Y harás bien en no olvidarlo, *bambina* —añadió él con una sonrisa que no alcanzó sus ojos.

Bambina. Nena. Niña. Pero ella no era ninguna niña. Y eso era precisamente lo que nadie parecía comprender en Melio. Era posible que sólo tuviera veintiún años, pero por dentro era mayor. Los once meses transcurridos desde su marcha le habían servido para madurar, para hacerse más fuerte. Haría lo que tuviera que hacer. Cuando regresara. Pero aún

no había regresado.

Todavía tenía un día de libertad. Un día para seguir siendo Josie, una mujer, no Joelle, la princesa.

—Salud —dijo Leo a la vez que chocaba su copa con la de ella.

Mientras lo miraba, Joelle se preguntó si aún estaría a tiempo de vivir esa aventura romántica que la ayudaría a superar los largos años de relaciones maritales cordiales pero carentes de fuego.

Y ella quería fuego. Quería sexo. Pasión.

—Salud —susurró, sabiendo que si su abuela hubiera podido escuchar sus pensamientos estaría revolviéndose en aquellos momentos en su tumba. Siempre se empeñó en inculcar a sus nietas los valores tradicionales y la integridad de la que, según ella, carecían las jóvenes nobles de aquellos tiempos.

«Lo siento, abuela, pero necesito esta noche», pensó Joelle mientras se llevaba la copa a los labios. «Necesito una experiencia tan intensa, que pueda recordar siempre, algo que nadie pueda quitarme nunca».

Cuando dejó la copa en la mesa, Leo la tomó de la mano.

—¿No llevas anillo? —preguntó, sin aparente intención de soltársela.

Una oleada de calor recorrió a Joelle de la cabeza a los pies.

—No estoy casada.

—Pero alguien habrá pedido tu mano, sin duda.

Joelle sintió una punzada de culpabilidad. Jamás habría sido capaz de seguir allí si hubiera podido visualizar el rostro del príncipe Luigi, si lo hubiera conocido en persona. Pero su prometido sólo parecía un ser de ficción, un misterioso príncipe de gran fortuna que había aceptado casarse con una princesa pobre...

¿Pero por qué no había tratado de conocerla el príncipe? ¿Por qué se había preocupado tan poco por ella? Había acudido a Melio para inspeccionar su futuro reino, pero no se había molestado en presentarse.

—No me gustan en exceso las joyas —contestó.

Leo le estrechó la mano con más fuerza.

—No estarás saliendo con alguien, ¿no?

Joelle captó la intensidad de su expresión. Estaba enfadado. ¿Pero por qué?

—Suelo salir, sí.

Leo soltó la mano de Joelle y ésta la retiró rápidamente. ¿Cómo era posible que la hubiera afectado tanto aquel mero contacto? ¿Cómo era posible que lamentara que la hubiera soltado?

Tal vez... tal vez aquel hombre podía ser...

Cuando sus miradas se encontraron, Joelle vio algo en sus ojos que hizo que se acalorara de nuevo.

Aquel hombre la deseaba.

Aquello era una locura. Era absurdo. Pero tal vez fuera el hombre destinado a liberarla de su virginidad, a ofrecerle la experiencia que necesitaba para enfrentarse a su boda como una mujer de mundo, no como una incompetente prometida.

Llevaba tiempo esperando a que apareciera el hombre adecuado, pero había sido demasiado quisquillosa y se había quedado sin tiempo. Sólo faltaban tres semanas para su boda y una para el cumpleaños de su abuelo, lo que significaba que necesitaba actuar deprisa o aceptar el hecho de que iba a casarse con el príncipe Borgade sin saber lo que necesitaba saber. Lo cierto era que el sexo la desconcertaba.

—¿Pero qué estoy haciendo aquí? —dijo débilmente —. ¿Qué estoy haciendo aquí sentada contigo?

—Satisfacer tu curiosidad, supongo —replicó él sin apartar la mirada de su boca.

Por un momento, Joelle fue incapaz de pensar, abrumada por la intensidad de las sensaciones que aquel desconocido despertaba en ella. Pero tenía razón. Sentía curiosidad, como siempre le había sucedido con todo en la vida. Su abuela siempre la había sermoneado por su afán de conocerlo y experimentarlo todo. «La curiosidad mató al gato», solía decirle.

—Es cierto que siento una curiosidad insaciable por todo —contestó, sintiéndose tan tonta como una polilla atraída por una llama que podía ser su perdición.

—¿Y sientes curiosidad por mí?

Joelle asintió sin decir nada.

—¿Puedo ofrecerte un consejo, *bambina*?

Joelle volvió a asentir.

—Deberías tener más cuidado.

—Lo tengo —dijo Joelle con cautela.

Leo no parecía convencido.

—Hay muchos hombres que se aprovecharían de tu naturaleza curiosa sin el más mínimo escrúpulo.

Avergonzada, Joelle apartó la mirada. Aquel hombre la desconcertaba. Hacía que su mente se nublara a la vez que hacía revivir su cuerpo. Cada vez le costaba más esfuerzo pensar con claridad.

Hacía tiempo que sabía que la vida era dura, fiera, incluso fea. En la lucha por la supervivencia sólo sobrevivían los más fuertes.

Y así era como había tratado de vivir. Pero en aquellos momentos no se sentía fuerte. Se sentía confundida.

Nunca debería haber aceptado un matrimonio de conveniencia, pero ya era demasiado tarde como para decepcionar a su abuelo, a su familia y a la gente de Melio.

Desafortunadamente, cuanto más se acercaba la boda, menos tranquila se sentía. Ya era duro saber que iba a casarse con un hombre al que no conocía y que no quería conocerla, un hombre al que ni siquiera reconocería por la calle si lo viera. ¿Pero cómo iba a casarse con él sin saber nada de sexo?

Y aquella era la verdadera cuestión. No quería casarse siendo virgen. El príncipe Borgade necesitaba una esposa. Y no era imprescindible que esa esposa tuviera experiencia. Ya iba a conseguir su país. No necesitaba su virginidad.

Siempre había querido ser como su hermana Nicolette, lanzada, segura de sí misma... Sin embargo se parecía más a Chantal, que era orgullosa, tímida y bastante reservada.

Pero no quería sentirse como una tonta en su noche de bodas. No estaba dispuesta a dejarse intimidar por su falta de experiencia. Prefería saber qué esperar, comprender la secuencia de los acontecimientos, las sensaciones, las emociones...

Y estaba convencida de que aquel hombre podría enseñarle. Ella aprendía rápidamente. Le bastaría

con una noche.

Tomó repentinamente su copa y la consumió de un trago. Su estómago se encogió.

—Debería comer algo. Las burbujas se me suben directamente a la cabeza.

—¿No has comido?

—Normalmente no como antes de cantar. No puedo. Demasiada adrenalina.

Leo sacó su cartera y dejó dos billetes de cien dólares en la mesa.

—Si nos vamos ahora, aún podemos llegar a Brennan's.

—¿Me estás invitando a cenar?

Leo buscó la mirada de Joelle.

—Tú querías que lo hiciera.

Era cierto. No tenía sentido discutirlo.

Joelle carraspeó.

—Antes necesito pasar por los aseos —dijo, con el pulso desbocado.

Una vez en los aseos, se desmaquilló un poco y se cambió de ropa.

«¿Estás segura de querer seguir adelante?», preguntó a su reflejo, hecha un manojo de nervios. Pero ella ya sabía la respuesta. Sí. Quería seguir adelante.

Cuando Leo se levantó para recibirla, vio que se había quitado el maquillaje y que se había puesto unos vaqueros y una blusa holgada con cuello de encaje. Parecía aún más joven que antes, y le bastó con verla para sentir que ardía.

Nada volvería a ser lo mismo para ninguno de los dos a partir de aquella noche, pensó con dolorosa perspicacia.

Joelle sintió que Leo la observaba mientras se encaminaba hacia la mesa, y se obligó a enfrentarse a su mirada. Cuando él entrecerró sus ojos se vio a través de ellos, vio su larga melena negra, su sencilla blusa, los vaqueros ceñidos, las sandalias abiertas...

—¿Sabes lo que estás haciendo, Josie? —preguntó él finalmente.

Joelle exhaló el aire contenido en sus pulmones y forzó una sonrisa.

—Eso espero, desde luego.

En cuanto salieron al cálido aire de aquella noche de junio se relajó por completo. Adoraba Nueva Orleans y había disfrutado del tiempo que había pasado en los Estados Unidos, pero de lo que más había disfrutado era de haber sido alguien real.

Odiaba su rutinaria vida de princesa, con todas sus formalidades y rígidas costumbres. Nunca le había gustado, y su disgusto se había agravado tras la muerte de su abuela.

¿Cómo iba a sonreír principescamente después de haber perdido a la persona que más le había importado en el mundo y que más incondicionalmente la había querido?

La abuela era la única que había sabido cuánto le pesaba la presión de su vida real, cuánto lamentaba aún la pérdida de sus padres, cuánto anhelaba reunirse con un pasado que echaba de menos con tanta desesperación.

La emoción se adueñó de ella, superándola.

La abuela sabía que ella necesitaba amar y ser amada, y nunca la ridiculizó ni la hizo sentirse mal por ello. Sólo la hizo sentirse buena, generosa y amable.

Pero la abuela había muerto y ella tenía que madurar. Al día siguiente, tomaría el avión de regreso a Melio. De regreso a sus responsabilidades.

Y estaba dispuesta a asumirlas como lo habían hecho previamente sus hermanas Chantal y Nicolette.

—Ése es el segundo suspiro que te escucho —dijo Leo antes de alzar bruscamente el brazo para detener a Joelle en la acera. Un taxi pasó junto a ellos a toda velocidad.

Joelle se estremeció al sentir el brazo de Leo presionado contra sus pechos.

—Estaba distraída —dijo a la vez que se apartaba. Leo había alzado el brazo como si fuera una cría impulsiva.

—Eres un poco imprudente.

—No lo soy. Sé lo que hago. Vuelvo cada noche andando a casa y conozco la ciudad...

—¿Vuelves andando a casa cada noche?

—Cuando termino en el club Blue.

—¿Dónde vives?

—A unos seis bloques de aquí.

—¿Y vuelves andando? ¿Sola? —el tono de desaprobación de Leo era evidente.

—Ya que te parece mal prácticamente todo lo que hago, ¿por qué has decidido invitarme a cenar?

—Trato de comprenderte.

—¿Qué hay que comprender? Tengo veintidós años, tengo éxito y soy independiente. Hago lo que quiero, voy donde quiero y tomo mis propias decisiones.

—¿Aunque sea peligroso?

—No estoy en peligro.

Leo movió la cabeza, frustrado.

—¿Cómo lo sabes? ¿Cómo sabes que yo no soy peligroso?

Joelle observó un momento sus duros rasgos. Aunque aquel hombre la asustara, no parecía violento ni cruel.

—Tú no me harías daño. No eres de esa clase de hombres.

—Eso no puedes saberlo.

En cuanto entraron en el restaurante fueron conducidos a una mesa en la planta alta que daba a un elegante patio interior lleno de flores. Tras echar un rápido vistazo al menú, pidieron la comida. Pero cuando se la sirvieron, Joelle descubrió que tenía menos apetito del que creía. Una cosa era encontrar a aquel hombre increíblemente atractivo y otra sentarse a comer frente a él.

Leo notó enseguida que apenas estaba tomando la sopa.

—¿No te gusta?

Cuando la miraba de forma tan directa e intensa, Joelle se sentía totalmente perdida.

—Me encanta. Está deliciosa —replicó, y se obligó a tomar una cucharada.

—¿Entonces qué sucede?

—¿Cuántos años tienes? —preguntó de pronto Joelle.

—Treinta y dos.

—¿Cuándo es tu cumpleaños?

—El cuatro de mayo.

Joelle sonrió y pensó que aquella fecha explicaba muchas cosas.

—Así que eres Tauro.

Leo hizo un gesto despectivo con la mano.

—No sigo ninguna de esas tonterías.

El gesto, unido al condescendiente tono de Leo, irritó a Joelle.

—No hace falta que sigas nada. Es lo que es. Existe aunque tú no creas en ello.

—Pero tú sí crees, ¿no?

—Es divertido.

—Es una estupidez.

Joelle parpadeó.

—¿Por qué eres tan sentencioso?

—Porque se supone que eres una mujer inteligente. Se supone que piensas por ti misma, no que te dejas llevar por todas esas tonterías de la New Age.

—Disculpa, pero en ningún momento he dicho que estuviera interesada en el misticismo de la New Age. No he mencionado bolas de cristal ni lecturas de aura. Sólo te he preguntado cuándo era tu cumpleaños y, cuando has contestado, he dicho que eras Tauro. Eso es todo —Joelle no entendía nada—. Sé que no te parece bien lo que hago, aunque no entiendo por qué. Pero ni me drogo, ni fumo, ni tomo pastillas. No tengo el cuerpo cubierto de piercings ni tatuajes y bebo moderadamente. Simplemente me gusta cantar. Y disfruto entreteniendo al público —mientras hablaba, su larga melena cayó hacia delante y su voz se transformó en un susurro mezcla de sensualidad y furia—. Es evidente que hay muchas cosas que no te gustan de mí. ¿Hay alguna que te guste?

Leo sintió que su cuerpo reaccionaba al instante ante la provocativa pregunta.

—Tus ojos —dijo abiertamente. Joelle tenía unos ojos preciosos, de largas y espesas pestañas—. Tú pelo —le habría encantado enredar sus manos en él, sentir su peso—. Tu boca —añadió y detuvo la mirada en sus carnosos labios.

Joelle prácticamente se estaba retorciendo a causa de la tensión. Leo captó el deseo que oscureció su mirada, el rubor que cubrió sus mejillas, su inquietud.

¿Se iría a la cama con él? ¿Sería capaz de acostarse con él, un completo desconocido, tres semanas antes de su boda?

—Tu cuerpo —añadió, y al hacerlo se sintió casi cruel, aunque necesitaba aquella información.

—¿Y eso es todo lo que te gusta de mí? —preguntó Joelle débilmente—. ¿Mis labios, mi pelo y mi cuerpo?

Las cosas se estaban complicando. Leo permaneció en silencio, pensando, sopesando la situación.

Si le revelaba a Joelle quién era, estaba seguro de que la vería cambiar ante sus ojos. Se ocultaría y se transformaría en la princesa Ducasse. Pero él no quería sólo una parte de ella. Lo quería todo.

Quería conocerla. Quería conocer lo bueno, lo malo, lo feo. Quería saber con quién iba a casarse.

O si debía hacerlo.

Pero aquello no sirvió para aliviar su evidente deseo.

Se suponía que Joelle era un princesa inocente.

Se suponía que él era un buen príncipe.

Desgraciadamente, nada era como debía ser.

—No —dijo con suavidad, mirándola a los ojos—. No sólo quiero tu cuerpo. También quiero tu mente.

Capítulo 3

JOELLE sintió una sacudida al escuchar las palabras de Leo. Y cuando lo miró a los ojos, supo que había cometido un error.

Nunca había mirado tan de cerca y tan íntimamente el rostro de un hombre. Sus ojos eran oscuros, pero no marrones, como había pensado, sino de color verde oscuro, como el de las aceitunas de la Toscana.

Eran unos ojos serenos, cálidos, inteligentes... preciosos.

La mesa era demasiado pequeña. Estaban sentados demasiado cerca. Leo era demasiado grande...

Sintió que se le ponía la carne de gallina y que sus pechos se henchían, haciendo que sus pezones presionaran contra el sujetador.

Cuando Leo movió una pierna bajo la mesa y la rozó, Joelle bajó la mirada a la vez que apretaba instintivamente las rodillas y trataba de ignorar la corriente de deseo que recorrió la parte interior de sus muslos.

Leo la había excitado con su primera mirada y estaba consiguiendo que se derritiera por dentro.

Cuando volvió a mirarlo, vio que su expresión se había suavizado y sintió el loco impulso de besarlo en los labios.

Desconocía tantas cosas, tenía tanto que aprender...

—¿Quieres mi mente? —susurró, deseando que fuera cierto. Nadie le había dicho nunca aquello. Nadie había querido conocerla nunca.

—¿Tan malo es eso?

Joelle fue incapaz de contener una sonrisa.

—Dicen que el mejor sexo empieza con el cerebro.

Leo sonrió, pero su sonrisa fue diferente a la de ella. No fue una sonrisa cálida ni divertida. Más bien parecía que estaba a punto de declararle la guerra.

Joelle agradeció estar sentada, pues de lo contrario habría sido incapaz de mantenerse en pie.

Leo dejó de sonreír.

—Desde luego. El cerebro es el principal órgano sexual.

Joelle se ruborizó, pero no por sus palabras, sino por la intensidad de su mirada. No había sentido nada parecido en los once meses que llevaba allí.

Aquello era puramente sexual. Aquello era lo que había creído que quería...

—Pareces sedienta —dijo Leo en tono abiertamente sensual, y se inclinó para rellenar la copa de Joelle.

Pero bajo su implicación sexual ella captó una cálida, compleja y tentadora sensualidad.

Estaba sedienta, pensó. Llevaba años sedienta. Sedienta de todo lo que no había hecho, de experiencia y sabiduría, de conocimiento, de ser más ella misma.

—Bebe —dijo Leo a la vez que se apoyaba contra el respaldo de su asiento.

Pero Joelle ya era incapaz de comer o beber algo.

—Creo que no puedo.

—¿Por qué?

—Demasiada adrenalina.

Al verla en el escenario, Leo había pensado que Joelle era una belleza realmente sexy, pero aquello no era nada comparado con el efecto que le producía escuchar su voz, ligeramente ronca y cargada de sueños y blues.

—¿Qué te preocupa?

—Tú —replicó Joelle abiertamente—. No te pareces a la mayoría de hombres que conozco.

—¿Y cómo son esos hombres?

—Encantadores. Sencillos. Inofensivos.

—Así soy yo.

Joelle rió.

—Tú eres imposible.

—Tal vez —de pronto, Leo extendió un brazo y acarició la mejilla de Joelle—. Tienes una risa preciosa, *bambina*. Deberías reír más.

Joelle se ruborizó y apartó la mirada a la vez que el camarero se acercaba con el segundo plato.

Cuando se dio cuenta de que no estaba tan nerviosa como creía, logró relajarse y comenzar a disfrutar de la cena.

Mientras comían, Leo le habló sobre su vida y le dijo que no vivía en un solo lugar, sino en varios. Tenía casas en Londres, Santiago de Chile y Zurich. Consideraba que su país era el mundo, no un lugar concreto.

A Joelle le gustaba el sonido y la fuerza de su voz, y no pudo evitar sonreír de vez en cuando mientras lo escuchaba.

—Supongo que tú también has viajado bastante —dijo Leo cuando terminó de hablar de sí mismo—. ¿Dónde te has sentido más a gusto?

—Aquí —contestó Joelle sin dudarlo. No había viajado menos que Leo, pero en ningún lugar se había sentido como en Nueva Orleans—. Aquí me siento bien.

—¿Y piensas seguir viviendo aquí?

—No.

—¿Por qué no?

Joelle miró a Leo a los ojos y vio que su interés era sincero. Nadie la había mirado nunca tan intensamente ni la había escuchado con tal atención, y se preguntó si podría disfrutar de algo parecido después de casada. ¿Volvería a sentarse en una mesa sintiéndose especial? ¿Deseable? ¿Querría escucharla Luigi como lo estaba haciendo aquel hombre que era prácticamente un desconocido?

—Tengo que irme.

—¿Es una obligación? Ya eres una mujer adulta. Puedes hacer lo que quieras.

—No es tan sencillo. Todos tenemos un propósito, una meta... algo que se supone que debemos hacer.

—De manera que es el deber el que te llama.

—Sí. Tengo un nuevo trabajo esperando.

—¿Qué clase de trabajo?

Joelle rió sin humor.

—Es un trabajo terrible. Te lo aseguro.

—¿Tan malo es?

Joelle parpadeó al sentir en sus ojos la punzada de las lágrimas.

—Peor.

Leo la miró un largo momento y murmuró algo ininteligible. Luego se levantó y sacó su cartera.

—Es hora de que nos vayamos.

Volvía a estar enfadado. Joelle no sabía qué pensar. ¿Qué había hecho?

—¿Leo?

Pero Leo ya se encaminaba hacia las escaleras.

Joelle lo siguió con piernas temblorosas. Cuando salieron del restaurante, él se encaminó por Royal Street en dirección contraria a la que habían llegado. El barrio francés de Nueva Orleans no era demasiado grande y si seguían por allí llegarían a Canal Street.

—¿Leo? —repitió Joelle, insegura.

—¿Qué?

—A... ¿Adónde vamos?

Leo se detuvo bruscamente y se volvió hacia ella.

—¿Adónde crees tú que vamos?

En el silencio que siguió, Joelle captó la frustración que había en la mirada de Leo, la mezcla de rabia y pasión que reflejaba. No entendía por qué la miraba así. No entendía nada.

—Hemos tomado una copa —dijo Leo.

—Sí.

—Hemos cenado.

Joelle asintió sin decir nada mientras él se arrimaba a ella y la arrinconaba contra un portal.

—Hemos tomado el postre y el café. ¿Y ahora me preguntas adónde vamos?

Joelle apretó las rodillas mientras experimentaba una inquietante mezcla de temor y deseo.

—No lo sé.

—Claro que lo sabes.

Era difícil ver el rostro de Leo en la penumbra reinante, pero Joelle sintió el calor que emanaba de su cuerpo sin necesidad de tocarlo. Desde que lo había conocido se sentía como una especie de péndulo que fuera constantemente de una emoción a otra.

Parpadeó para alejar las repentinas lágrimas que afloraron a sus ojos, consciente de que eran lágrimas de cansancio y tensión. Había sido una semana difícil, cargada de actividad y despedidas, pero las lágrimas también eran una liberación. Se había sentido tan inquieta toda la noche, asediada por una necesidad a la que no podía dar respuesta...

Pero Leo sí podía.

Sintió que se arrimaba aún más a ella e inclinaba la cabeza. Contuvo el aliento, convencida de que iba a besarla. La cabeza le daba vueltas. Necesitaba aire, pero no se atrevía a respirar.

—Dímelo —murmuró Leo a la vez que alzaba una mano para acariciarle la mejilla.

Joelle abrió la boca sin aliento y temió que Leo pudiera escuchar los fuertes latidos de su corazón.

Cuando notó que Leo deslizaba el pulgar por su labio inferior, sintió que todo su cuerpo se tensaba.

Lo deseaba, pero ni siquiera sabía por dónde empezar, qué decir. Sabía que allí no podía pasar nada. Aunque se encontraban en un portal, no pensaba que Leo fuera la clase de hombre capaz de tomar a una mujer en medio de la calle.

Alzó una mano y acarició el cuello de su camisa, temiendo entrar en contacto directo con su piel.

—Vamos a...

—¿Sí?

Joelle cerró los ojos y trató de despejar su mente.

—Vamos a tu...

—¿A mi...?

—Hotel...

Al escuchar lo que quería oír, Leo silenció a Joelle con un beso.

Sus labios eran firmes y su aliento fresco. Joelle había besado antes, pero aquello no fue un mero beso. No se pareció a nada de lo que había experimentado anteriormente.

Leo deslizó los labios sobre los de ella con una delicadeza destinada a revivir cada célula de su cuerpo. Y lo consiguió. Un delicioso cosquilleo se extendió desde sus labios hasta su vientre, que se acaloró y tensó a causa de la necesidad.

Pero aquello fue sólo el comienzo. La lenta exploración de los labios empezó a volverse más fiera y exigente. Presionó su duro cuerpo contra el de ella y la retuvo contra la puerta.

Joelle sintió los duros planos de su torso contra sus pechos, la presión de uno de sus poderosos muslos entre los suyos mientras la hacía

entreabrirlos para rozarla.

El gemido que escapó de su garganta sólo sirvió para alentar el fuego que había prendido en Leo.

La evidencia de su deseo anonadó a Joelle. A pesar de ser consciente del poco control que tenía sobre la situación, lo quería todo: la pasión, la furia, el temblor...

Cuando sintió que Leo deslizaba una mano por su cuello, se arqueó instintivamente hacia él, buscando su cuerpo. Y cuando él deslizó la mano hasta uno de sus pechos, entreabrió los labios, y gimió de nuevo cuando notó que la introducía bajo su blusa para acariciar su ardiente piel.

Aquel segundo gemido hizo recuperar la cordura a Leo. Estaba a punto de desnudarla allí mismo y de hacerle el amor en la calle.

¿En qué diablos estaba pensando?

Se apartó de ella y pasó una mano por su pelo, tratando de apaciguar la pasión que se había apoderado de su mente y cuerpo. Hacía años que no perdía el control de aquella manera.

—¿Qué sucede? —murmuró Joelle.

Su voz ronca y sensual resultaba incongruente en comparación con sus grandes ojos color aguamarina. Parecía aún tan joven, tan inocente... Leo sintió que su instinto de protección afloraba con más fuerza que nunca.

¿Dónde diablos estaban sus guardaespaldas? ¿Dónde estaba su abuelo? ¿Y sus hermanas?

La princesa Joelle sabía demasiado poco sobre el mundo. Su familia debería protegerla, y en lugar de ello, la habían dejado sola en una gran ciudad como Nueva Orleans, una ciudad pensada para seducir los sentidos, una ciudad que vivía de noche.

—¿Qué estás haciendo, *bambina*? —preguntó, incapaz de resistir la tentación de acariciar la delicada curva de sus pómulos.

Ella se encogió de hombros.

—Ya sabes lo que suele decirse. Las chicas sólo quieren divertirse.

Aquello era cierto y no lo era, pensó Joelle mientras él la miraba. Quería un hombre que la deseara, un hombre que no estuviera dispuesto a esperar años por ella, que fuera incapaz de esperar

para tomarla, que quisiera estar con ella tanto como ella con él.

—Divertirse —repitió él, y la palabra quedó como suspendida entre ellos, cargada de significado.

—Sí —murmuró Joelle, y vio que Leo tragaba convulsivamente.

—Más valdría que fueras a casa a prepararte unos macarrones con queso.

Joelle tuvo que morderse la lengua. Macarrones con queso. Comida para niños. Apartó la mirada, ofendida.

—No soy ninguna niña.

—No he dicho que lo fueras.

De pronto, Leo la sujetó por detrás por el pelo, la obligó a alzar la cabeza y volvió a besarla. El contacto con su boca aturdió a Joelle.

Entreabrió los labios a causa de la sorpresa y sintió que le acariciaba con la punta de la lengua el interior de su labio superior.

Se sentía como una marioneta manejada por él, pero no pudo evitar las oleadas de deseo que recorrieron su cuerpo ni la repentina debilidad que se apoderó de ella.

Alzó las manos y las apoyó contra su pecho, y en algún lugar del fondo de su mente pensó que aquello era lo que quería. Pero la mano que sujetaba su pelo no era la de un hombre amable y comprensivo, sino la de un hombre posesivo, sensual, un hombre que no tendría ningún problema en hacer suya a una mujer.

Aquello era lo que quería, pero no era aquello lo que debía tener. Se había dicho que podía tener una aventura, pero Leo Fortino no le parecía precisamente un hombre sencillo, la clase de hombre que permitiría que una mujer se fuera así como así.

«Pero ya estás prometida», le recordó su conciencia. «No puedes romper tu compromiso»

«Y no voy a hacerlo», respondió a su conciencia. «Va a ser una aventura de una sola noche. Una sola vez. Lo prometo».

Leo debió sentir su indecisión, pues alzó la cabeza y se quedó mirándola. Joelle parpadeó.

—¿Esto te ha parecido divertido?

Joelle no pudo contestar. Su cabeza y sus sentidos parecían haber perdido el norte. Se había

sentido valiente durante la cena, pero sus temores habían regresado multiplicados.

—¿Has cambiado de opinión? —preguntó él en un tono suavemente burlón.

Joelle estaba a punto de hacerlo, pues sabía que, si quería una aventura, debía tenerla con alguien sencillo. Y no creía que una relación con aquel hombre fuera a ser precisamente sencilla.

Quería adquirir experiencia, pero quería hacerlo en sus términos. Y si ni siquiera podía controlar su conversación con Leo, ¿cómo iba a esperar controlar lo que sucediera en la cama?

—El hotel está a la vuelta de la esquina —dijo él a la vez que se apartaba—. Cuando lleguemos, te meteré en un taxi.

Joelle se sentía aturdida y desconcertada, pero no estaba dispuesta a que la enviara a casa.

—No pienso huir asustada.

—No he dicho que fueras a hacerlo.

—Entonces, ¿por qué quieres meterme en un taxi? —preguntó Joelle con una temblorosa sonrisa—. Aún no he visto tu habitación en el hotel.

Capítulo 4

DE manera que pensaba seguir adelante.

Leo abrió la puerta de su habitación en el hotel y dejó que Joelle pasara delante.

Parecía muy relajada, y Leo no podía soportar pensar que estuviera acostumbrada a hacer aquello. Quería creer que no era una mujer promiscua, pero lo cierto era que acababan de conocerse y en aquellos momentos estaba con él a solas en la habitación de su hotel a las dos de la mañana.

Era cierto que él la había invitado, que la había tentado deliberadamente y que aquello era una prueba. Era imprescindible que supiera dónde se estaba metiendo.

Sólo faltaban tres semanas para la boda. ¿Cómo podía comportarse Joelle de aquel modo sólo tres semanas antes de casarse? ¿Acaso la lealtad y la fidelidad no significaban nada para ella? Y si no era fiel antes de la boda, ¿cómo sería después?

Leo ya había conocido mujeres como Joel entre la realeza, incapaces de ser fieles. Había conocido mujeres muy bellas con tales necesidades emocionales, que no les bastaba con un solo hombre. Sabía muy bien el daño que podían hacer a todos aquellos que las rodeaban.

—¿Te apetece beber algo? ¿Champán, vino?

—No, gracias.

Leo captó el tono nervioso de Joelle y sintió una momentánea esperanza. Quería que se echara atrás, que fuera firme y disciplinada. Necesitaba a su lado una mujer madura y capaz de controlarse, no una mujer dominada por sus emociones y caprichos.

Joelle se volvió hacia los ventanales de la suite.

—Hay unas magníficas vistas del Misisipi desde aquí —dijo—. Me encanta el río y ver pasar los barcos. No puedo imaginarme a mí misma viviendo

lejos del agua. Mi vida ha sido conformada por las mareas, las tormentas y los barcos —se volvió a mirar a Leo por encima del hombro—. Supongo que tú no has tenido eso donde has vivido, ¿no?

—En Londres tenía el Támesis, y en Suiza los lagos —contestó Leo.

Pero no le apetecía hablar de sí mismo. Si Joelle no iba a formar parte de su futuro, y mucho se temía que no iba a haber boda, no tenía por qué conocer nada de su pasado.

Se acercó al mini bar y sacó una botella de agua mineral de la que tomó un largo trago. Pero el agua no sirvió para calmar su rabia.

Ni su deseo.

Deseaba a Joelle. Aquello era lo peor de todo. No entendía cómo podía sentir aquella rabia y aquella sensación de haber sido traicionado y seguir sintiéndose atraído físicamente por ella.

No debería desearla. Joelle no era quien se suponía que debía ser.

Pensaba que iba a casarse con la inocente princesa Ducasse, y recordaba muy bien el informe que sus servicios secretos le habían enviado sobre ella.

La princesa Joelle Ducasse, la más joven de las hijas del príncipe Julien, ha sido eclipsada por sus hermanas, mayores y más ambiciosas. Aunque muy bien educada y con un gran talento musical, la princesa Joelle es la menos extrovertida de las hermanas y tiende a mostrarse tímida en público. Carente de experiencia social, la princesa apenas sale y prefiere la compañía de su familia a la de otros jóvenes de su edad.

Leo dejó la botella en la mesa con un golpe seco que hizo volverse a Joelle.

—Estás muy callado.

—Estaba pensando.

Mientras se encaminaba hacia ella, Leo vio un destello de emoción en sus ojos. «Tiene miedo», pensó, y su pecho se contrajo. No quería que sintiera miedo, pero tampoco quería que se comportara estúpidamente. La vida era difícil,

exigente, incluso cruel, y no era fácil ser confiado.

Él había crecido sin saber lo que era la confianza, había crecido necesitado de estabilidad, de madurez, de normalidad... pero todo ello le fue negado. Su padre tenía tales deseos de librarse de su esposa que, cuando lo hizo, también se libró de él... y eso que se suponía que era su padre el que tenía los pies en la tierra, el que iba a protegerlo.

Menuda broma.

Leo observó el pálido rostro de Joelle. No la entendía, pero sabía que no podía casarse con una mujer carente de madurez y estabilidad emocional. Podía aceptar la juventud, pero no la falta de madurez.

Apoyó las manos en sus hombros mientras luchaba con sus conflictivas emociones, sin saber si echarla de allí o arrojarla en su cama.

Quería abrazarla, acariciarla... y sin embargo sabía que no había futuro para ellos. Necesitaba una esposa en la que pudiera confiar plenamente.

Y no confiaba en Joelle. Nunca confiaría en ella.

La decepción que se había llevado resultaba muy dolorosa, y culpaba a muchos por aquella farsa de compromiso, incluyéndose a sí mismo. Debería haber conocido antes a Joelle. Debería haber investigado minuciosamente su pasado.

Llamaría al abuelo de Joelle por la mañana. Y a su padre. Ellos podían ocuparse de dar la noticia a la prensa como quisieran. Le daba igual cómo lo hicieran. Él sólo quería que aquello acabara cuanto antes.

Joelle seguía totalmente confusa, aunque la atracción entre ellos era casi palpable. El deseo era evidente en la mirada de Leo, pero también había algo más en ella.

—Debes de estar pensando en cosas muy serias —murmuró.

—Sí.

La breve respuesta de Leo no fue tan inquietante como la lenta y ardiente mirada que le dedicó.

—¿Hasta dónde piensas seguir con esto, Josie? —preguntó a la vez que deslizaba las manos por sus

brazos hasta tomarla por las muñecas.

Joelle sintió una descarga eléctrica y quiso salir corriendo de allí, pero su cuerpo no obedeció.

—¿Hasta dónde? —repitió él, implacable.

Joelle tragó con esfuerzo mientras trataba de controlar el revoloteo que sentía en el estómago.

—Antes has dicho que querías mi cuerpo y mi mente y... disculpa que sea tan franca, pero, ¿por qué me consideras interesante? Tengo veintidós años. Tú eres diez años mayor. ¿Qué puede atraerte intelectualmente de mí?

Leo no contestó, pero su boca se comprimió en un silencioso gesto que hizo comprender a Joelle.

Quería su cuerpo porque estaba unido a su mente, pero no era su mente lo que quería. Era su cuerpo.

Leo la tomó con delicadeza por la barbilla para hacerle alzar el rostro.

—Tu cuerpo es precioso, pero también tienes talento. No olvides que te he escuchado cantar. También tocas la guitarra bien, y es probable que otros instrumentos.

—El piano y el violín.

—Conoces mundo, hablas tres idiomas...

—Cuatro.

Leo arqueó una ceja.

—¿Cuál es el cuarto?

—Español.

—Por supuesto —Leo asintió—. Y aunque para cantar te vistes como una corista de Las Vegas, se nota que tienes buenos modales.

—¿Y a los hombres les gustan los buenos modales?

Leo sonrió.

—A algunos nos gustan —dijo, y su sonrisa se esfumó al instante—. Pero lo que está pasando aquí no tiene nada que ver con el amor, sino con el sexo. Creo que lo sabes y creo que lo que quieres es sexo.

La palabra «sexo» sonaba tan cruda, tan directa... pero era su elección, pensó Joelle, y probablemente sería la última que podría tomar en su vida.

—Si esperas algo más —añadió Leo—, no...

—Comprendo —interrumpió Joelle.

—No tienes por qué quedarte.

—Eso también lo entiendo —Joelle sentía que Leo

estaba tratando de librarse de ella. La deseaba, pero no la quería allí. Se sentía atraído por ella, pero luchaba contra aquella atracción. Era probable que, bajo aquella dureza y sofisticación, fuera un hombre realmente anticuado.

Era una lástima que ella no fuera otra persona. Era una lástima que se hubieran conocido de aquel modo.

Indecisa, alzó ambas manos y las apoyó contra su fuerte pecho. Necesitaba descubrirse a sí misma a través de aquel hombre, necesitaba descubrir la vida, el sexo...

La emoción que experimentó al tocarlo le produjo un estremecimiento.

Leo pasó una mano tras sus espalda y la atrajo hacia sí.

—¿Tienes frío?

—No —Joelle sintió el calor del cuerpo de Leo emanando hacia el suyo... y también la evidencia de su excitación presionada contra su vientre—. Es la adrenalina.

—¿La adrenalina?

—Creo que el suspense me está matando —Joelle se sentía a la vez excitada y asustada—. Yo... —se interrumpió, pues sabía que si le decía que prácticamente carecía de experiencia podría espantarlo—. Da igual. No tiene importancia.

Leo inclinó la cabeza para besarla de nuevo. Fue un beso superficial, pero hubo algo casi fiero en él, tan ardiente y peligroso, que Joelle apartó el rostro y lo apoyó contra su pecho.

—Siento tu corazón —murmuró Leo—. Late muy deprisa.

—Ejerces —ese efecto sobre mí.

Leo hizo que Joelle alzara el rostro para mirarla a los ojos.

—Seguro que les dices eso a todos los hombres.

—No —Joelle trató de sonreír. En lugar de ello, alzó una mano para acariciar el rostro de Leo.

Deslizó lentamente un dedo desde el hoyuelo de su barbilla hacia su mandíbula.

—Tienes un rostro muy bello —dijo.

—Es un rostro normal y corriente.

—No hay nada normal ni corriente en ti.

Joelle ya empezaba a reconocer la sarcástica sonrisa que curvó los labios de Leo. Nunca había conocido a un hombre tan joven y a la vez tan viejo. ¿Cómo podía estar tan hastiado de la vida a los treinta y dos años?

La sonrisa abandonó el rostro de Leo cuando volvió a inclinarse para besarla. Fue un beso seductor, que despertó los sentidos de Joelle y estimuló su imaginación. Sintió que se derretía por dentro a la vez que sus pechos y sus pezones se volvían increíblemente sensibles.

De pronto, el beso cambió y los labios de Leo se volvieron exigentes, firmes. Joelle entreabrió instintivamente los suyos y él deslizó la punta de la lengua por ellos antes de introducirla en su interior, diciendo sin palabras que pensaba poseerla y disfrutar de ella, pero en sus términos.

Luego deslizó una mano por su costado hasta apoyarla sobre uno de los pechos de Joelle, que se estremeció bajo su contacto. Cuando volvió a acariciarla, sintió que su vientre se contraía de placer.

Respiró profundamente para tratar de despejar su mente, para alejar el aturdimiento que se había apoderado de ella, pero las caricias de Leo eran demasiado cálidas, demasiado agradables...

Cuando le alzó el sujetador por abajo y sintió la cálida piel de su mano directamente sobre su pecho temió derretirse allí mismo.

Nadie la había acariciado así nunca.

Nadie la había hecho sentirse tan impotente y anhelante a la vez.

Imaginó las manos de Leo en su vientre, en sus caderas, entre sus muslos... Tal vez le dolería, pensó con el corazón desbocado, pero tal vez no, y si le dolía, se alegraría de que fuera con alguien tan experimentado como Leo Fortino.

De pronto, Leo la empujó delicadamente hacia atrás y la hizo sentarse en el borde de la cama. Permaneció quieto ante ella, grande, silencioso, pensativo. La electricidad que había entre ellos era casi palpable.

De pronto, se inclinó hacia ella, le hizo alzar el rostro y la besó de un modo casi salvaje, como

pretendiendo dejar bien claro que era suya. Los movimientos de su lengua en la boca de Joelle hicieron imaginar a ésta que él estaba dentro de ella, moviéndose, dándole placer, y la sangre corrió ardiente por sus venas.

—Quítate la ropa —ordenó Leo roncamente contra sus labios.

Joelle había olvidado por un momento su actitud autoritaria, pero aquella orden bastó para hacerle comprender que iba a ser él quien controlara la situación.

—¿Ahora? —susurró.

Leo se había erguido de nuevo y la mirada que le dedicó hizo que Joelle se sintiera ya desnuda.

—Sí.

«Quiero hacer esto», se recordó Joelle para darse valor. «Quiero conocer la vida».

Sus manos temblaron mientras desabrochaba las cintas que sujetaban su blusa por detrás. El tiempo pareció detenerse cuando se la quitó y la dejó a un lado, sobre la cama.

Leo no dijo nada.

No hizo nada.

Joelle se ruborizó, sintiéndose ridícula en vaqueros y sujetador. Tuvo que armarse de valor para levantarse y quitárselos.

Los vaqueros acabaron en la cama, junto a la blusa.

Debajo llevaba una sencillas braguitas blancas de seda con las que se sintió aún más desnuda que antes.

Miró a Leo, y al no ver ningún indicio alentador en su rostro sintió que las lágrimas afloraban a sus ojos. ¿Por qué estaba haciendo aquello? ¿Qué estaba haciendo allí?

Pero en realidad sabía lo que estaba haciendo. Iba a entregar su virginidad a Leo Fortino para evitar dársela a Luigi Borgade, príncipe de Milán, conde de Venecia... o cualquiera que fuese su título.

No iba a casarse por amor. Ni siquiera había conocido aún a su prometido y éste no se había molestado en ir a visitarla. Se limitó a enviar a un representante para que la «inspeccionara» y para que

firmara los papeles necesarios.

Los papeles. Era una prometida contractual. Una princesa de ganga.

Un hombre auténtico no habría enviado a un representante para ocuparse de su compromiso matrimonial. Un hombre de verdad sabría que ninguna mujer querría ser tratada como un asunto de negocios.

Y su abuelo no había hecho nada por organizar un encuentro entre ellos. Se limitó a asegurarle que Luigi Borgade era un buen hombre y que Melio necesitaba aquella boda.

Era posible que su abuelo supiera lo que necesitaba Melio, pero era obvio que no tenía ni idea de lo que necesitaba ella. Todos habían asumido que ella era como sus hermanas Chantal y Nic, para las que asumir su deber lo significaba todo.

Pero el deber era lo último que le importaba a ella. Lo que le gustaba era la música, con pasión, con todo su corazón. Cuando cantaba y tocaba su guitarra dejaba de ser una pobre princesa sin poder ni posición. Se sentía fuerte. Capaz. Bella.

—Si has cambiado de opinión...

La voz de Leo hizo regresar a Joelle al presente. Negó firmemente con la cabeza. Otros habían decidido por ella cuál iba a ser su futuro, pero aún contaba con aquella noche. Iba a hacer el amor con él porque quería hacerlo, porque quería sentir algo especial, porque era lo que quería. Y lo que necesitaba.

—No he cambiado de opinión —dijo con firmeza, pero con la voz rota.

Con el pulso desbocado, llevó las manos atrás para soltar el cierre del sujetador. La prenda cayó por sus hombros, dejando expuestos sus pechos.

A pesar de que las manos le temblaban, alzó la barbilla valientemente cuando miró a Leo.

Él se reunió con ella en la cama con expresión impenetrable. Joelle contuvo el aliento cuando se tumbó a su lado.

Por fin había llegado el momento de la verdad.

¿Pero qué sabía ella sobre hacer el amor? ¿Qué sabía ella sobre el cuerpo de lo hombres?

Cuando Leo apoyó una mano sobre uno de sus muslos cerró los ojos.

—Supongo que llevas protección.

¿Protección? Joelle se ruborizó de los pies a la cabeza. Había olvidado aquel detalle.

—Oh... sí. Tengo un... preservativo en el bolso.

Leo alzó una ceja.

—¿Sueles llevar tus propios preservativos?

Hasta aquella noche, Joelle jamás había llevado un preservativo consigo. Pero sus planes la habían impulsado a comprar uno aquella noche en la máquina de los servicios del club. Por si acaso.

—He pensado que... debía hacerlo. Ya sabes... tomar precauciones y eso...

—Como debe ser —Leo se inclinó para tomar un neceser de la mesilla de noche del que sacó un preservativo—. Pero yo tengo los míos.

Lo dejó en la almohada, junto al hombro de Joelle y se inclinó para besárselo. El contacto de sus labios hizo que los pezones se le excitaran al instante.

Luego, Leo fue deslizando los labios por su cuello hasta detenerlos en la base de su garganta.

—Desvísteme —murmuró.

—¿Que te desvista?

—Sí.

Joelle se sentía tan expuesta, con los pechos desnudos, el pelo suelto sobre la almohada y con sólo las braguitas puestas... Pero se obligó a ignorar su desnudez y a pensar sólo en él.

Se irguió en la cama y trató de controlar el temblor de sus manos mientras las llevaba hasta el primer botón de la camisa de Leo. Lo desabrochó y pasó al siguiente mientras aspiraba el seductor aroma que emanaba de su cuerpo.

Unos momentos después, se encontraba desnuda bajo el poderoso cuerpo de Leo, también desnudo. Cuando él deslizó una mano desde sus caderas hasta sus pechos, se estremeció.

—Aún no ha pasado nada —dijo Leo.

—¿Tan poco atractiva te resulto?

El sonido que hizo Leo fue una mezcla de risa y gruñido.

—Eres muy atractiva.

Capítulo 5

LEO inclinó la cabeza y la besó, tomándose su tiempo, hasta que Joelle sólo fue capaz de pensar en él y en su deseo de estar más cerca de él.

Quería sentirlo en ella. Quería sentir su calor y su fuerza como era debido.

Entonces, Leo empezó a acariciarle el cuerpo, los pechos, los muslos, los pezones, dejando un rastro de fuego a su paso y despertando en ella un deseo casi salvaje.

Impotente, se arqueó hacia él, necesitando más. Suspiró cuando él tomó en su boca uno de sus pezones a la vez que le hacía separar las piernas con una rodilla.

Cuando alzó el rostro para mirarla, Joelle pensó que así habría sido su noche de bodas si hubiera decidido esperar, con la diferencia de que no se habría sentido tan atraída y excitada. Era mucho mejor que su primera vez fuera con Leo. Mucho mejor hacer aquello a su manera, poder decidir al menos en aquel aspecto de su vida.

—Te estoy perdiendo —dijo Leo con voz ronca.

—No. Estoy aquí.

—Estás pensando en otra cosa.

Joelle alzó una mano para acariciarle el rostro.

—Estoy pensando en ti —al ver que Leo arqueaba una ceja con expresión incrédula, sonrió—. ¿Tan poca fe tienes en mí?

—No confío fácilmente.

—Bien. Yo tampoco —Joelle atrajo el rostro de Leo hacia sí y lo besó cómo él la había besado antes. Un momento después, sintió que su resistencia se disolvía.

Leo se colocó sobre ella y empujó las caderas contra su pelvis.

La insistente presión de su erección contra el vientre de Joelle dejó a esta sin aliento.

—Te deseo —dijo, armándose de valor.
—Estoy aquí.
—Pero aún no estás dentro de mí.
Y de pronto sintió la dureza de Leo contra su sensible carne, con su gran cuerpo empujando hacia delante. Notó que deslizaba la mano entre ellos para cerciorarse de que estaba lista y luego tomaba en ella su miembro para frotar el extremo contra los delicados y húmedos pliegues de su sexo. Ella respondió instintivamente y separó las piernas a la vez que posaba las manos sobre las caderas de Leo.
El deslizó una vez más la punta de su miembro contra su sexo y, cuando Joelle alzó las caderas, sintió que la penetraba unos centímetros. Abrió la boca, sorprendida por el punzante dolor que sintió.
¿Sería aquello lo que sentía todo el mundo? ¿Dolería siempre así?
Respiró profundamente para controlar su pánico. Aquello tenía que ser normal. Lo único que sucedía era que Leo estaba rompiendo su himen. Sintió que volvía a empujar. Con más fuerza de la que esperaba. Lo suficiente como para hacerle sentir la punzada de las lágrimas.
Debió de hacer algún sonido, porque Leo dejó de moverse.
—¿Te he hecho daño?
Joelle trataba de adaptarse a su tamaño, de aceptar la sensación de tenerlo dentro.
—Es muy grande...
—¿Quieres que pare?
—No —Joelle apoyó las manos en la espalda de Leo y apretó los puños. Le estaba doliendo más de lo esperado. Tal vez debería haberle dicho que carecía de experiencia, que nunca...
Pero ya era demasiado tarde, se dijo, tratando de no sentirse tan sola, tan asustada. Aquello era lo que quería y así era como quería que sucediera.
—No me moveré hasta que deje de dolerte —dijo Leo —. Tu cuerpo necesita acostumbrarse al mío.
Joelle agradeció aquellas palabras, sobre todo porque tras pronunciarlas Leo le dio un apasionado beso que la dejó sin aliento.
Cuando Leo empezó a moverse de nuevo, Joelle sintió que su cuerpo se relajaba un poco y era

conquistado por las deliciosas sensaciones que sus movimientos estaban despertando en ella. Alzó las caderas para ver si podía prolongar la sensación y el placer creció cuando Leo la penetró más profundamente. Sus movimientos empezaron a volverse más rítmicos e intensos y la intensidad del placer que experimentó deslumbró a Joelle. Aquello era mil veces mejor de lo que había imaginado.

De pronto sintió que sus músculos se tensaban más y más a la vez que algo amenazaba con estallar en su interior.

—No puedo...

—Déjate llevar —susurró Leo junto a su oreja, y ella movió la cabeza de un lado a otro, sin saber qué hacer o cómo hacerlo—. Déjate llevar —repitió, sin dejar de penetrarla una y otra vez.

Joelle se estremeció impotente bajo el cuerpo de Leo mientras sentía que el suyo renacía.

Sintió que él enterraba las manos en su pelo y susurraba su nombre antes de arquear su cuerpo hacia atrás para dejarse ir como ella acababa de hacerlo.

Más tarde, aún conmocionada por lo que acababa de experimentar, Joelle se movió y sintió que Leo aún seguía dentro de ella. Cuando abrió los ojos vio que la observaba atentamente.

—¿Qué haces? —murmuró.

—Mirarte.

—¿Por qué?

—Porque eres preciosa.

Joelle sonrió tímidamente y él la besó en los labios antes de retirarse. Bajó de la cama, entró en el baño y, cuando salió, Joelle vio que sólo había ido a quitarse el preservativo.

Se ruborizó al ver que se acercaba a la cama completa y magníficamente desnudo. Pero su vergüenza se esfumó en cuanto la tomó entre sus brazos. Era tan difícil creer que acababan de...

—Ha sido asombroso —murmuró.

—¿Eso crees?

Joelle rió suavemente, anonada, feliz.

—Esta noche ha sido... —su voz se fue apagando. No tenía palabras para expresar lo que sentía. Con un suspiro, se tumbó de espaldas y miró al techo—. Ojalá pudiera quedarme más tiempo aquí. No estoy

lista para irme. Me gustaría hacer aún tantas cosas... Sería un placer poder dedicarme a hacer turismo una temporada.

—¿Ése es el motivo por el que no quieres regresar a casa?

—No. No quiero volver porque no quiero trabajar, pero la razón por la que no quiero irme es que adoro Nueva Orleans —se volvió a mirar a Leo y arrugó la nariz a la vez que sonreía—. Eso no ha tenido mucho sentido, ¿no?

—No demasiado.

Joelle rió y pensó que el nombre de Leo le sentaba muy bien. Parecía tan viril, tan primario en la cama... Todo músculos dorados, todo sexualidad...

—Aunque he pasado aquí un año, aún me quedan muchas cosas por hacer.

—¿Por ejemplo?

Joelle se estremeció de placer cuando Leo le acarició un pecho.

—Me habría gustado hacer todas las visitas turísticas que ofrece la zona, ir a ver los pantanos, las plantaciones...

—Estás bromeando.

Joelle se retorció bajo las caricias de Leo mientras sentía que su deseo renacía.

—No —dijo con esfuerzo. Quería volver a sentir lo que acababa de experimentar, pero no podía ser tan desvergonzada. Debía ser capaz de controlarse. Se obligó a pensar en lo que le habría gustado hacer en Nueva Orleans—. Me encantaría ir al parque Audobon y al zoo, hacer un crucero por el Misisipi...

—Mírame.

El tono autoritario de Leo impulsó a Joelle a obedecer. Cuando miró sus ojos, tan oscuros que parecían casi negros, su corazón se contrajo.

—Has pasado aquí un año, *bella.* ¿No has tenido tiempo de hacer todo eso?

Joelle pensó que estaba perdida, perdida en él, y había hecho lo impensable acostándose con él. No sólo le había entregado su cuerpo. También le había entregado su corazón.

«Estúpida Jo», pensó. «Estúpida, estúpida Jo».

—He trabajado prácticamente a diario —Joelle trató de sonreír para ocultar sus emociones.

—Tal vez mañana.

—Tal vez —contestó ella, consciente de que mañana sería demasiado tarde.

Leo no dijo nada y ella sintió que la miraba casi con compasión.

—No me mires así. Puede que parezca joven, pero sé que todo el mundo tiene que madurar en algún momento. Incluso los rebeldes como yo.

—No me preocupo. Me gusta la acción y hago lo que hay que hacer cuando hay que hacerlo.

—¿Como esta noche? —bromeó Joelle para tratar de ocultar la intensidad de sus emociones.

—Esto es sólo el principio, *bella.*

Pero ella sabía que aquello no era el comienzo, sino el fin... al menos para ellos. Parpadeó rápidamente para alejar las lágrimas.

—¿Cómo he estado? —preguntó para tratar de averiguar si Leo había notado su falta de experiencia.

—¿Estás pidiendo que evalúe tu comportamiento en la cama?

Joelle quiso reír, pero no pudo. No se perdía la virginidad a diario.

—Sí.

Leo la miró un momento y le acarició el pelo.

—Has estado bien. Muy bien.

Joelle no entendía por qué sentía una necesidad tan intensa de complacerlo.

—¿Estás seguro de que no he hecho ninguna tontería?

—No deberías preocuparte por eso...

—Las mujeres nos preocupamos por eso.

Leo suspiró.

—Pues tú no deberías hacerlo. Eres preciosa. Has estado increíble.

—Bien —contestó Joelle suavemente. Trató de sonreír pero una repentina tristeza ocupó el lugar de su ansiedad. Qué extraño todo... qué sensación tan agridulce.

Su primera vez con Leo.

Su última vez con Leo.

Se arrimó más a él, consciente de que tendría que irse pronto. Vestirse. Ir a casa.

—Quédate esta noche —dijo Leo.

—A la mayoría de los hombres no les gusta esa clase de cosas.

—¿Qué clase de cosas?

—Ya sabes... Que una mujer se quede a dormir en su cama, el compromiso...

Leo rió.

—Sabes demasiado del mundo para tener sólo veintidós años, *bambina*.

—Tengo dos hermanas mayores.

—¿Estáis muy unidas?

—Solíamos estarlo.

—¿Qué pasó?

Joelle se encogió de hombros.

—Que todas crecimos.

La expresión de Leo se volvió repentinamente distante.

—Mañana por la mañana tengo que atender una llamada importante, pero no tienes por qué irte. Puedo hablar desde la otra habitación.

—¿Una llamada importante?

«Muy importante», pensó Leo. Iba a llamar al abuelo de Joelle y a su padre. Y no iba a ser una llamada agradable.

De pronto, Joelle lo besó en el pecho, justo encima de un pezón.

—En ese caso, lo que necesitas es dormir. Lo último que te conviene es preocuparte por mí.

Joelle despertó y miró la hora. Aún no eran las cinco y media de la mañana. Se vistió silenciosamente en el baño para no despertar Leo.

Se le daban fatal las despedidas, y temía que despedirse de Leo pudiera ser lo más duro que se había visto obligada a hacer en la vida.

Tras haber pasado la noche entre sus brazos se sentía emocionalmente agotada. A pesar de ya sabía a qué se exponía y una parte de su mente trataba de aceptarlo, otra se negaba a hacerlo.

«Sabías que sería una sola noche», se sermoneó. «Sabías que iba a ser una experiencia única».

Por una noche había sido alguien que se suponía que no era. Había sido libre, había podido dar rienda suelta a su pasión. Había experimentado lo

que la mayoría de las mujeres de su edad ya habían experimentado hacía tiempo. Por una noche había sido Joelle, no una princesa, una especie de propiedad privada sometida a un constante y minucioso análisis bajo el microscopio.

Le encantaba que lo sucedido entre Leo y ella perteneciera al terreno de lo privado. Nadie se enteraría. Nadie tenía por qué enterarse.

Una vez vestida, excepto por las braguitas, que no logró encontrarlas, fue al cuarto de estar para dejar una nota escrita a Leo.

Tras unos momentos de duda, comenzó a escribir y pronto llenó la hoja. Esperaba que sus palabras de agradecimiento tuvieran sentido para Leo.

Regresó al dormitorio y dejó la nota en la almohada, junto a Leo. Estaba profundamente dormido, con un musculoso brazo por detrás de la cabeza y ésta vuelta de lado. Lo contempló un largo momento, como si quisiera dejar grabada para siempre en su mente aquella imagen.

Sabía que no volvería a verlo... pero también sabía que nunca lo olvidaría.

Cuando salió del hotel, apenas había empezado a amanecer. Respiró profundamente el aire aún fresco de la mañana.

Había pensado que una noche con Leo respondería a todas sus preguntas, que aplacaría su intenso deseo de conocer lo que era el sexo, y no había duda de que lo había logrado. Pero no sólo había descubierto que le gustaba el sexo. Le gustaba aún más Leo. Mucho.

Tomó el primer taxi que aguardaba en la parada del hotel y, tras dar la dirección de su casa al taxista, se arrellanó en el asiento.

«No pienses en él», se repitió una y otra vez durante el trayecto. «No pienses en él».

Lo hecho, hecho estaba, y no tenía remedio. Pero repetirse aquello no le sirvió para aliviar el peso de su corazón.

Se había mentalizado para el peor panorama posible, no para el mejor. Había querido saber lo que era hacer el amor con un hombre de verdad, fuerte y experimentado.

Y lo había logrado. Leo la había iniciado en

aspectos del sexo que ni siquiera sabía que existían y le había hecho conocer con sus caricias una asombrosa variedad de placeres.

Y todo había sido realmente hermoso, mejor de lo que jamás habría imaginado.

Por desgracia, sabía con certeza que las cosas no irían igual con el príncipe Borgade. No pudo evitar pensar, aunque demasiado tarde, que tal vez habría sido mejor permanecer en la oscuridad, en la ignorancia.

Una vez en casa, tomó una larga ducha con intención de sosegarse un poco, pero no le sirvió de alivio. No podía dejar de pensar en Leo, en cómo se había sentido entre sus brazos, en cómo había sentido que florecía su cuerpo con cada beso...

Creía que lo tenía todo controlado y se había mentalizado para sufrir un poco... pero en ningún momento se le había pasado por la cabeza que acabaría loca por él. Había pensado que, tanto si era buen o mal sexo, al menos habría vivido la experiencia, pero lo que estaba sucediendo en su interior no tenía nada que ver con el sexo.

Se estaba secando cuando oyó que llamaban a la puerta del baño. Era Lacey, su compañera de piso.

—Si no te das prisa, vas a perder el vuelo, Josie.

—Enseguida salgo.

Leo supo que Joelle se había ido en cuanto despertó. Lo supo antes de abrir los ojos, y permaneció unos momentos tumbados, con el brazo sobre los ojos, hirviendo de frustración.

Se suponía que no iba a acostarse con ella.

Se suponía que debía haber frenado antes de que las cosas se le fueran de las manos.

Pero había perdido el control en el momento menos apropiado.

Enfadado consigo mismo, apartó el edredón y al hacerlo vio que las braguitas de Joelle habían quedado debajo. Al ir a tomarlas se quedó helado. Junto a ellas había una inconfundible mancha de sangre.

Pero Joelle no era virgen. No podía serlo. Y

aunque lo hubiera sido, ¿por qué perder su virginidad pocas semanas antes de su boda? Aquello no tenía sentido... pero algo le decía que podía ser cierto.

Había querido demostrar que Joelle era un fraude, que no era la perfecta princesa que le habían descrito en Melio. De manera que había decidido demostrar que estaban equivocados. Y para ello la había seducido deliberadamente utilizando sus conocimiento sobre las mujeres y el sexo. Pero había asumido que...

Movió la cabeza al recordar ciertos detalles de la noche pasada, como su inseguridad en determinados momentos, y lo tensa y estrecha que la había encontrado. Le había costado penetrarla, pero lo había achacado a los nervios. Durante unos momentos se había preguntado si habría hecho el amor antes, pero ella lo había alentado de tal manera a seguir, con tal pasión...

Al salir de la cama vio la nota que había dejado Joelle. Leyó lo que estaba escrito y soltó una maldición en italiano.

No podría haber pedido una «primera» vez mejor, Leo, ni un amante más generoso. Gracias por todo. Has estado maravilloso. Afectuosamente, Josie.

Leo se quedó paralizado.

Era una nota de agradecimiento.

Le había dejado una nota de agradecimiento por haberla desflorado.

Todo aquello resultaba demasiado absurdo como para ser real.

Dejó caer la nota sobre la cama y descolgó el teléfono, pero enseguida se dio cuenta de que no tenía el teléfono de su casa.

Maldijo de nuevo, se sentó en el borde de la cama y volvió a leer la nota.

Aquello no tenía sentido. ¿Por qué lo había elegido a él? ¿Y por qué tres semanas antes de su boda? ¿Trataría de librarse de su boda? Y si no era así, ¿cómo había podido permitir que un desconocido tomara lo que pertenecía por derecho a su futuro marido?

Aquellas preguntas le hicieron devanarse los sesos mientras se duchaba y decidió que lo único que podía hacer para aclarar las cosas era ir a verla.

Diez minutos después, estaba en el asiento trasero de su Mercedes negro mientras su chófer lo llevaba al barrio francés. No lograba apartar de su mente el recuerdo de lo dulce que había sido Joelle en la cama, de la suavidad de su piel, de su sabor a miel... Era más sexy que cualquier mujer que hubiera conocido, y hasta la noche anterior había sido virgen. Increíble.

Cuando llegó ante la puerta del apartamento de Joelle, tuvo que contenerse para no tirarla de una patada. Llamó al timbre y esperó. Unos momentos después, la puerta se abrió y una mujer joven con el pelo revuelto como si acabara de levantarse se asomó a ésta.

—¿En qué puedo ayudarlo?

—Busco a Josie d'Ville.

—Se ha ido.

—¿A trabajar? ¿De compras? ¿Adónde? —preguntó Leo, impaciente. Tenía tantas preguntas que hacerle...

La joven sonrió con expresión de disculpa.

—A casa. Hace más de una hora que ha salido para el aeropuerto.

Capítulo 6

YA ha llegado, Excelencia —la joven doncella hizo una reverencia desde el umbral de la puerta del dormitorio de Joelle—. El príncipe Borgade la espera con su abuelo.

—Gracias. Enseguida bajo.

Joelle sintió que el coraje la abandonaba en cuanto la doncella se fue y cerró la puerta.

¿Por qué había esperado al último minuto?

¿Por qué no había comunicado ya a su abuelo que había tomado la decisión de no casarse con el príncipe Luigi?

Respiró profundamente y volvió a repetir las palabras que tenía preparadas para decírselo a ambos a la vez.

Se disgustarían, tratarían de convencerla y su abuelo la reprendería severamente, pero ella ya no era una niña y no pensaba pasarse el resto de su vida tratando de satisfacer a los demás. Había necesitado la noche que pasó con Leo para entender que, por mucho que quisiera ser como Nic y Chantal, no podía. Era posible que ellas hubieran aceptado dócilmente sus matrimonios concertados, pero ella no estaba dispuesta a hacerlo, especialmente con un hombre que ni siquiera se había molestado en conocerla.

«No soy sólo una princesa. También soy una mujer», se dijo con firmeza mientras salía de la habitación con paso decidido.

Bajó las escaleras tratando de no pensar, de no sentir. El abuelo celebraba su fiesta de cumpleaños aquella tarde y todos sus amigos estaban invitados, incluido Luigi Borgade.

Aquella noche era su encuentro oficial y a Joelle le pareció irónico que el príncipe hubiera esperado al cumpleaños del abuelo, dos semanas antes de la boda, para conocerla. No podía decirse que fuera un

novio precisamente anhelante.

Pero durante aquella semana había comprendido que no podía casarse con él, sobre todo después de lo sucedido en Nueva Orleans.

Tal vez, si no se hubiera acostado con Leo...

Pero no era el hecho de haber perdido su virginidad con él lo que le había hecho cambiar de opinión; el causante había sido el propio Leo y los sentimientos que había despertado en ella.

Desde aquella noche nada había sido lo mismo. Leo le había hecho el amor tan maravillosamente, que sabía que nunca olvidaría su calidez, su pasión.

Cuando entró en el salón en que aguardaba su abuelo y lo vio solo en un rincón, sintió que se le encogía el corazón.

Tenía ochenta y cinco años y aquella iba a ser la segunda ocasión en que iba a celebrar su cumpleaños sin su mujer.

Cuando avanzó hacia él, la gente que había en el salón se apartó y fue entonces cuando Joelle notó que se había equivocado. Su abuelo no estaba solo.

De pronto, se quedó paralizada y fue incapaz de dar un paso más.

El abuelo estaba de espaldas al magnífico Tiziano que tanto gustaba a su mujer, y miraba atentamente al invitado que tenía a su lado, un hombre moreno, alto, de anchos hombros...

Un invitado que Joelle reconoció a pesar de estar viendo tan sólo su espalda.

Sólo conocía a un hombre que irradiara aquella sensación de poder, de autoridad.

A lo largo de aquellos siete días había hecho todo lo posible por apartar a Leo Fortino de su recuerdo... y de pronto lo encontraba allí, charlando tranquilamente con su abuelo. El esfuerzo de olvidarlo, de asumir que no podía casarse con Luigi Borgade porque sus sentimientos por Leo no le permitirían casarse con otro hombre... la había dejado agotada.

No entendía nada. No comprendía cómo era posible que hubiera aparecido repentinamente en su mundo, en su palacio...

Pero tal vez no fuera él, se dijo mientras sentía que se le ponía la carne de gallina. Tal vez su

necesidad fuera tan intensa, que lo había imaginado.

«Avanza», se dijo al darse cuenta de que los demás invitados empezaban a mirarla con curiosidad.

Cuando llegó junto a su abuelo, éste le dedicó una sonrisa a la vez que el otro hombre se volvía hacia ella.

Leo.

Era Leo, que la miró como esperando a que dijera algo, pero Joelle fue incapaz de pronunciar palabra.

¿Qué hacía allí? ¿Y por qué parecía tan enfadado con ella?

Abrió la boca para pronunciar su nombre, pero ningún sonido surgió de ella.

Y él seguía sin decir nada.

Evidentemente, ya sabía quién era ella y estaba al tanto de su compromiso... y por su mirada se notaba que estaba furioso.

—Joelle, cariño.

La voz del abuelo atrajo la mirada de Joelle hacia él. Apenas pudo verlo a través de las lágrimas que amenazaban con derramarse de sus ojos. Parpadeó rápidamente para alejarlas y se obligó a sonreír.

—Feliz cumpleaños, abuelo —susurró, y se puso de puntillas para besarlo en la mejilla.

—Gracias, pequeña —el rey Remi pasó una mano por su cintura para hacerla volverse hacia su invitado—. Supongo que ya sabrás quién es nuestro invitado, ¿no?

«Sí» pensó Joelle, cuyo corazón latía tan fuerte, que temió que todo el mundo pudiera escucharlo. «Claro que lo sé. Él es la causa de que no pueda casarme con Luigi, la causa de que no pueda entregarme a otro hombre».

Joelle tuvo que esforzarse por recordar lo que había bajado a hacer. Debía verse con el abuelo y el príncipe Luigi antes de poder pensar en Leo.

—Es preciosa, ¿verdad? —dijo su abuelo a la vez que la estrechaba contra su costado.

—Desde luego —dijo Leo, pero su voz surgió áspera como una lija.

Su helada expresión alarmó intensamente a Joelle, que apartó la mirada. ¿Por qué estaba tan enfadado? ¿Qué motivos tenía para estar disgustado con ella? ¿Estaría el rey Remi al tanto de lo sucedido?

No, se dijo de inmediato. De lo contrario no le estaría sonriendo como lo estaba haciendo. El abuelo era muy anticuado.

Una camarero se acercó a ellos con una bandeja llena de copas de champán.

—Excelente —dijo el rey, claramente complacido. Tomó dos copas y ofreció una a su nieta y otra a Leo —. Un brindis para celebrar el regreso de mi querida nieta. No podría haber pedido mejor regalo de cumpleaños. Es maravilloso tenerte de vuelta en casa, querida.

—Gracias, abuelo.

Joelle se esforzó por sonreír mientras brindaban y luego tomó un trago de su copa con auténtico esfuerzo.

Volver a encontrarse con Leo en aquellas circunstancias era una auténtica crueldad del destino.

Por supuesto que quería verlo de nuevo, pero no allí, no en la fiesta de cumpleaños de su abuelo, no cuando aún estaba comprometida con otro hombre.

—¿Lista para la boda? —preguntó su abuelo, sonriente.

—¡Abuelo! —exclamó Joelle, ruborizada.

—Sólo faltan dos semanas —añadió el rey, sin dejar de sonreír.

—Por favor, abuelo. No... no hace falta que hablemos de eso ahora...

—No tienes por qué estar nerviosa. El príncipe Borgade no te va a presionar. Sabe que eres joven, inexperta...

Joelle tomó a su abuelo con firmeza por el brazo. Él se interrumpió y la miró.

—¿Qué sucede? —preguntó.

Pero Joelle no fue capaz de pronunciar palabra. Sentía que se le había helado la sangre en las venas y temía que la copa se le fuera a caer de la mano en cualquier momento.

El rey le palmeó el hombro.

—Todo irá bien, querida. Las novias siempre se ponen nerviosas, pero...

—Tenemos que hablar sobre la boda, abuelo —dijo Joelle rápidamente—. Quería hablar contigo y con el príncipe Borgade al mismo tiempo, pero ya que no

está aquí...

—¿Que no está aquí? —repitió su abuelo, claramente confuso—. ¿De qué estás hablando, Joelle?

—No puedo casarme con el príncipe Borgade. No tengo los sentimientos adecuados para...

—¿Sentimientos? —interrumpió su abuelo con el ceño fruncido—. No sé de qué estás hablando, Joelle. Es lógico que no sientas nada por Leo, ya que acabáis de conoceros.

—Te refieres a Luigi —corrigió Joelle.

Su abuelo golpeó impacientemente el suelo con su bastón.

—¿Quién es Luigi?

Joelle se dio cuenta de que estaban llamando la atención y bajó la voz.

—El príncipe Borgade. Luigi Borgade.

—No hay ningún Luigi. Sólo está Leo.

—¿Qué?

—No hay ningún Luigi —repitió su abuelo—. No sé de dónde te has sacado ese nombre.

De pronto, Joelle sintió que le faltaba el aire.

—Y la boda seguirá adelante —dijo su abuelo con firmeza.

Aquellas palabras parecieron flotar en la mente de Joelle. ¿Qué estaba diciendo el abuelo? No era posible... Leo no era Luigi...

—No me siento muy bien —murmuró.

Pero su abuelo no debió oírla, pues alzó la copa para proponer un nuevo brindis.

—Por el futuro —dijo.

Joelle sabía que su abuelo no oía muy bien y que solía bajar el volumen de su audífono en circunstancias como aquéllas, pero, dadas las circunstancias, su gesto le pareció inusualmente cruel.

—Por el futuro —repitió Leo a la vez que alzaba su copa.

El futuro...

Su futuro...

Joelle agitó la cabeza, aturdida, desorientada. Nada tenía sentido. Necesitaba una silla, algún lugar en que sentarse para recuperar la compostura.

—Me siento... —se interrumpió, parpadeó... y sintió una mano en su codo.

—¿Débil? —concluyó Leo por ella.

Joelle sintió que su mano le quemaba el codo. Hacía una semana que la había vuelto loca con aquella misma mano y de pronto estaba allí, con su abuelo, brindando y diciendo cosas que la confundían.

No era posible.

No podía ser él.

Cuando se animó a mirarlo a los ojos, vio la fría furia que había en ellos y comprendió que, de algún modo, había cometido un gran error.

De pronto, la copa se deslizó de su mano, se estrelló ruidosamente contra el suelo y el champán empapó los pantalones de Leo.

—Oh, lo siento. Cuánto lo siento —sin saber si sentirse aliviada o avergonzada, Joelle tomó rápidamente una servilleta de papel y se agachó para limpiar el suelo de mármol.

—Déjalo, querida —dijo su abuelo—. El servicio se ocupará de eso.

Joelle negó con la cabeza.

—Alguien podría caerse —las manos le temblaban tanto, que apenas podía sostener el papel.

Pero Leo no le permitió seguir agachada. La tomó del brazo y la hizo erguirse sin miramientos.

—Vas a estropear tu vestido.

El vestido blanco que llevaba era la menor de las preocupaciones de Joelle.

—Lo siento —repitió, sin saber qué decir—. Lo siento. He montado un lío...

—Depende de tu definición de lío.

Algo en el tono de Leo hizo que Joelle alzara la mirada hacia sus ojos.

Le estaba sonriendo, pero no era una sonrisa real. Lo conocía y sabía que estaba realmente furioso.

—Lo sabías —murmuró, aterrorizada—. Lo sabías en Nueva Orleans.

—Sí.

Parecía tan calmado, tan controlado...

Había simulado que no sabía quién era.

La había seducido sabiendo que iba a convertirse en su esposa.

Había jugado con ella como si no fuera nadie.

Nadie importante, desde luego.

—Confié en ti —dijo con la voz ronca a causa de la emoción—. Pensaba...

Leo arqueó una ceja.

—¿Qué?

El abuelo golpeó de nuevo el suelo con el bastón.

—¿Qué es todo esto? ¿Qué estás diciendo, Joelle? Habla alto, querida. Ya sabes que no oigo tan bien como solía.

—Discúlpeme, Excelencia —dijo Leo respetuosamente —, pero la princesa estaba expresando el desagrado que siente hacia mi persona. Asegura que no me conoció en Nueva Orleans.

—¿Que no te conoció? —repitió el rey—. ¿Qué quiere decir eso?

—Significa que no se dio cuenta de que yo era su príncipe.

Joelle se quedó boquiabierto. Aquello no podía estar pasando. Era una completa locura.

—¡Pero claro que se dio cuenta! —exclamó el abuelo—. Te vio la última vez que estuviste en los Estados Unidos. Dijiste que tuvisteis la oportunidad de pasar algo de tiempo juntos en Nueva Orleans.

Joelle trató de protestar, pero fue incapaz de articular ningún sonido.

—¿No recuerdas a Leo? —preguntó su abuelo con el ceño fruncido—. Sólo ha pasado una semana... ¿Cómo has podido olvidarlo?

—Yo... —Joelle respiró profundamente para tratar de calmarse— yo... sí lo recuerdo.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—No hay ningún problema —dijo Joelle mientras sentía que su corazón estallaba en mil pedazos.

—Sólo está abrumada —la sonrisa de Leo fue un calco de la anterior—. Tal vez sería conveniente que nos viéramos un rato a solas.

—No creo —contestó ella con un estremecimiento—. Es el cumpleaños del abuelo y no quiero dejarlo solo...

—Tonterías —interrumpió el rey—. Es obvio que necesitáis pasar tiempo juntos. Salid a tomar un poco el aire, pero regresar para cuando sirvan la comida. Tú vas a sentarte conmigo. El príncipe Borgade es mi invitado de honor.

Sin dar tiempo a que Joelle dijera nada, giró sobre sí mismo con sorprendente agilidad y se alejó.
Se produjo un momento de tenso silencio.
—¿Sorprendida? —dijo Leo finalmente.
El corazón de Joelle latía con la fuerza de un yunque. Lo conocía. No lo conocía. Era un desconocido, pero no lo era. ¿Cómo era posible que hubiera sucedido tanto entre ellos y sin embargo fuera tan poco? Una noche, una breve aventura...
Pero no había sido una breve aventura para ella. Había sentido algo por él, algo auténtico... y sin embargo estaba comprobando que para él sólo había sido un juego. La había manipulado y el sexo había sido una especie de test.
—Te odio —murmuró, horrorizada.
—No me odiabas cuando estábamos en la cama.
Los ojos de Joelle se llenaron de lágrimas mientras sentía un dolor lacerante en el corazón.
Leo la había traicionado.
Se obligó a mirarlo.
—¿Sabías quién era desde el principio?
—Sí.
Joelle dio un paso atrás, mientras el pánico daba paso a una fría furia en su interior.
—Me mentiste.
—No.
—Dijiste que eras Leonardo Marciano Fortino...
—Y lo soy.
—¿Y qué ha pasado con Luigi?
—Como ha dicho tu abuelo, no hay ningún Luigi.
—Pero...
—Te equivocaste.
—¿Y el título de príncipe de Borgade? ¿Simplemente se te olvidó mencionarlo en Nueva Orleans?
Leo se encogió de hombros.
—No conocías mi nombre y yo no quería forzarte a escucharlo.
—¡Oh, por favor!
—¿Por favor qué, *bella?* ¿Qué desea tu corazoncito ahora? Seguro que deseas algo... —susurró Leo con voz acariciadora.
Pero aunque una semana antes Joelle se habría quedado extasiada ante la perspectiva de casarse con

él, todo había cambiado tras descubrir cómo la había engañado, como había traicionado su confianza.

—No pienso casarme contigo —espetó.

—No seas tonta.

—¿Tonta? Lo que es una tontería es esto. Nosotros. El compromiso y la boda quedan cancelados —mientras hablaba, Joelle trató de quitarse el anillo—. No pienso seguir adelante con esto.

Leo le cubrió la mano con la suya.

—Déjatelo puesto.

—No —Joelle siguió tirando de su anillo en vano—. Me engañaste. Me dejaste creer...

—¿Qué te dejé creer? —preguntó Leo sin soltarla—. ¿Que todo era perfecto y maravilloso? ¿Que eras increíblemente sexy e insaciable en mi cama?

—No hace falta que hables tan alto —dijo Joelle, preocupada por los invitados de su abuelo.

—Eres tú la que está hablando alto.

—Y tú el que está siendo cruel.

La gente empezaba a volverse y a mirarlos con curiosidad.

—Como ha dicho tu abuelo, creo que nos vendría bien tomar un poco de aire —Leo tiró de Joelle en dirección a las puertas que daban a una amplia terraza de piedra.

En cuanto salieron, Joelle dio un tirón para librarse de su mano. Lo odiaba. Se odiaba a sí misma. Sobre todo por sentir tanto incluso en un momento como aquél.

—No puedes obligarme a casarme contigo. Éste iba a ser un matrimonio concertado, pero también consensuado.

—Como el sexo del que disfrutamos en Nueva Orleans.

—Lo que sucedió aquella noche no tiene nada que ver con nosotros.

—¿No?

—Fue algo... único. Algo al margen de todo. Algo que no iba a pasar nunca más.

—Creo que estás confundida, Joelle... Josie... o quien quiera que seas. Porque éramos tú y yo los que estábamos en Nueva Orleans, los que fuimos a mi hotel, los que acabamos en mi cama.

—No. Tú eras un desconocido. Eras alguien seguro.

—¿Seguro? Es evidente que no me conoces, *bella.*

—¡No me amenaces!

Leo sonrió sin humor.

—No te estoy amenazando. Todavía.

Qué inocente era aquella mujer, pensó mientras ella seguía alejándose de él con una mano sobre la balaustrada de la terraza. Pero quería obtener respuestas. Joelle había roto todo tipo de reglas fundamentales y él necesitaba entender por qué.

—Te acostaste conmigo.

—¿Lo notaste? —replicó Joelle con ironía.

—Eso no me parece gracioso.

—No pretendo hacerte reír.

—Quiero una respuesta verdadera. ¿Por qué te acostaste conmigo?

Los ojos de Joelle brillaron a la luz de la luna.

—Porque quise hacerlo.

—No me basta esa respuesta.

—Es una lástima, porque es lo único que vas a obtener.

—Te equivocas. Ya obtuve más. Obtuve precisamente lo que no querías darme.

Joelle se ruborizó, consciente de que estaba acorralada.

—Eso es lo que te disgusta, ¿verdad? Creías que te estabas librando de tu virginidad y en realidad se la estabas entregando a tu futuro marido.

—Cometí un error.

—¿Por qué entonces? ¿Y por qué yo? Nunca te habías acostado con otro hombre.

—No te escandalices tanto. Ya me viste en el club. Viste mis pantalones de cuero, mi maquillaje, me viste interpretar y asumiste lo que quisiste asumir: que era una chica casquivana que ya conocía a fondo la vida —Joelle sonrió, dolida—. Pero te equivocaste. Simplemente sentía curiosidad. Así que me acosté contigo. Eso fue todo —añadió antes de volverse.

La cálida brisa de junio agitó levemente su larga falda blanca. Viéndola con el pelo sujeto en un moño y el colgante de oro que llevaba entre los pechos, Leo pensó que parecía Diana, la iracunda diosa de la mitología griega a la que el cazador Acteón encontró bañándose.

—Eso fue todo —repitió burlonamente.

—Haz el favor de irte —dijo ella con firmeza.

—No pienso ir a ningún sitio hasta que aclaremos las cosas.

—¿Qué hay que aclarar? ¿Que tenía menos experiencia que tú? ¿Que fuiste el primer hombre que se acostó conmigo? ¿Que yo no quería ser virgen cuando me casara? Tenías razón. ¿Satisfecho?

—¿Por qué no querías ser virgen?

—Tú no lo eres, ¿verdad?

—Claro que no.

—Ahí tienes la respuesta.

Leo observó el perfil de Joelle, su nariz pequeña y recta, sus delicados y carnosos labios. Era aún más preciosa de lo que había pensado la semana anterior. Y sus fotos no le hacían justicia. Su belleza era demasiado cálida y sensual para ser captada por un aparato.

De pronto, se encontró reaccionando a su belleza, como le sucedió en Nueva Orleans.

Aquella mujer lo afectaba como ninguna otra lo había hecho hasta entonces. Le hacía sentir cosas, desear cosas que nunca hasta entonces había deseado... y de una forma totalmente natural.

Había llegado a sentir que era suya, que estaba en el mundo para él. El recuerdo de su actitud desinhibida y sexy en la cama, de su curiosidad y capacidad de respuesta lo estaba volviendo loco.

—Una mujer no se acuesta con un hombre sin advertirle de ese tipo de cosas —murmuró.

—No sabía que tendría que haberlo anunciado a los cuatro vientos. Gracias, Leo —dijo Joelle sin abandonar su tono irónico—. La próxima vez lo haré mejor.

—La próxima vez no serás virgen.

Capítulo 7

JOELLE vio que la mirada de Leo se oscurecía. Su arrogancia le hizo ver rojo.

—No entiendo por qué das tanta importancia a algo tan importante como el himen. Es sólo un trocito de tejido totalmente irrelevante en el esquema general de las cosas.

Leo masculló una maldición y la tomó del brazo.

—No puedo creer que estés hablando así. Tu abuela se desmayaría si te oyera.

—Ni la conociste, ni sabes nada de ella, y además ya no está con nosotros.

—Ella no. Pero yo sí —en lugar de soltarla, Leo atrajo a Joelle hacía sí y la aprisionó contra su cuerpo—. ¿Por qué te fuiste antes de que me despertara? —preguntó.

La intensidad de su mirada hizo que Joelle bajara la vista.

—Ya te lo dije —contestó mientras trataba de aferrarse a su rabia para no ceder a las sensaciones que se estaban adueñando de su cuerpo por culpa de la cercanía de Leo.

—En una nota.

—Podría haberme ido sin dejar la nota.

—Me diste las gracias por haber tomado tu virginidad.

Joelle sintió que se acaloraban sus mejillas.

—Dije que apreciaba tu generosidad y que habías sido una pareja perfecta para mi primera vez.

—Y firmaste, *afectuosamente, Josie.* Afectuosamente —repitió Leo, furioso. De pronto inclinó la cabeza y cubrió con su boca los labios de Joelle—. Vas a pagar por eso, Josie.

Su beso desconcertó a Joelle, que enseguida sintió que su rabia comenzaba a transformarse en pasión. Pero no debía dejarse llevar. No podía hacerlo. Ya se sentía como si perteneciera a aquel

hombre, y él lo sabía. Él sabía que sólo tenía que esperar para volver a poseerla. Y, por estúpido que fuera, ella aún deseaba que la hiciera suya.

Pero aquel hombre suponía una auténtica amenaza para ella.

Se apartó de él con firmeza y respiró profundamente para calmarse. Volvió la cabeza hacia el salón.

—Ya se han ido todos a comer.

—Deberíamos entrar.

«Deberíamos». Como si fueran una pareja. Joelle sonrió con amargura.

—No pienso entrar. Discúlpate con mi abuelo. Dile lo que quieras, que me dolía la cabeza, que estaba mareada...

Leo rió.

—No pienso decirle nada parecido. Le hemos dicho que íbamos a ir y eso vamos a hacer.

—No puedo, Leo. No puedo ir...

—Lo siento mucho, pero tu abuelo nos espera.

Su tono autoritario fue como una bofetada para Joelle. Miró a Leo a los ojos y, al ver la emoción, el orgullo y la arrogancia que había en ellos, comprendió que lo que había pretendido lograr en Nueva Orleans había sido un fracaso. Acostándose con Leo sólo había logrado convertirse en su propiedad.

—No voy a casarme contigo —dijo con firmeza—. Y si crees que voy a dedicarme a interpretar el papel de tu feliz futura esposa, estás muy equivocado.

—Ni siquiera tú eres tan egoísta como para estropearle el cumpleaños a tu abuelo.

—Sobrevivirá —replicó Joelle, que sintió que se le encogía el corazón al darse cuenta de la dureza de su tono.

—¿Tú crees? Estos últimos meses ha estado bastante mal.

—Eso no es cierto.

—¿Cómo puedes saberlo? Ni siquiera estabas aquí.

—No te atrevas a sermonearme. Tú eres el forastero aquí. Éste no es tu sitio. Este es mi hogar, mi familia...

—Si eres una nieta tan devota, ¿por qué no regresaste cuanto tu abuelo sufrió una neumonía? ¿Por qué no viniste la noche que creyeron que lo

perdían?

Joelle sintió que su corazón dejaba de latir. Leo tenía que estar inventándose aquello.

—Nunca ha estado tan malo.

—Estuvo a punto de morir.

—Estás exagerando.

—Ojalá fuera así, pero te estoy diciendo la verdad. A diferencia de ti, yo sí estaba aquí. Estuve junto a su cama en el hospital y sostuve su mano cuando los médicos temían que no fuera a superar la noche.

—Nadie me dijo nada. Nadie me llamó.

—¿Y tú te molestaste en llamar?

—Hubo conversaciones.

—¿Cuántas?

—Me había tomado el año libre... —empezó Joelle, pero se interrumpió al darse cuenta de que Leo nunca entendería hasta qué punto la afectó la muerte de su abuela—. Pero habría vuelto sin dudarlo un instante si me hubiera enterado.

—Tu abuelo ya es mayor. Perdió a su esposa hace un año. ¿Y tú necesitabas unas vacaciones? —dijo él con expresión desdeñosa.

—No fue así...

—¿No? —la expresión de Leo era implacable—. No sabes lo que tienes. No lo sabrás hasta que lo hayas perdido.

Tal vez aquello fuera cierto, pensó Joelle, pero Leo no tenía idea de lo afectada que se sintió por la muerte de su abuela, ni de cuánto le había costado aparentar firmeza en los funerales y el entierro.

—¿Por qué haces esto? —murmuró—. ¿Qué quieres?

—¿Que qué quiero? —repitió Leo, incrédulo—. Quiero que hagas lo correcto, *bella.*

—¿Y qué es lo correcto?

—Cumplir los compromisos que tienes.

La cena se sirvió en el salón contiguo al del baile. Joelle fue muy consciente del interés que Leo y ella despertaron cuando se sentaron junto al rey. Chantal y Nic estaban sentadas a la misma mesa, pero se hallaban demasiado alejadas como para entablar

conversación con ellas.

—Todo el mundo nos está mirando —susurró, incómoda.

—Sienten curiosidad —dijo Leo, que se inclinó hacia ella para añadir en voz baja—: Estarán imaginando lo que hemos estado haciendo para retrasarnos.

Joelle se ruborizó y apartó la mirada.

Mientras les servían el primer plato, su abuelo se inclinó hacia ella.

—Leo es un buen hombre. Y será bueno para ti.

Joelle tuvo que morderse la lengua, pero Leo tenía razón. No habría sido justo darle un disgusto precisamente aquella noche, estando rodeado de su familia, sus nietas y sus amigos, algo que no sucedía a menudo.

Miró su plato y deseó estar en cualquier lugar menos allí. No tenía ningún apetito y no sabía si iba a ser capaz de pasar la siguiente hora sentada junto a Leo y simulando que todo iba bien y que se iban a casar.

Pero no iba a haber matrimonio. No le iba a quedar más remedio que simular aquella noche, pero a la mañana siguiente pensaba aclararle las cosas al abuelo.

—¿Estás disfrutando de la cena? —preguntó Leo un rato después. Su muslo rozó el de Joelle una y otra vez, haciéndole entender que el contacto no había sido casual.

Ella apartó la pierna.

—No me toques —dijo, sonriendo entre dientes.

—La semana pasada te encantó que te tocara.

—Eso fue la semana pasada. Podrías habernos ahorrado muchos problemas a ambos si me hubieras dicho quién eras.

—¿Te habrías acostado conmigo si lo hubieras sabido?

—No.

—¿Por qué no?

Joelle jugueteó un momento con la langosta que tenía en el plato.

—No quería nada definitivo. Se suponía que iba a ser una aventura de una noche.

—¿Una aventura de una noche? —repitió Leo tras un

tenso silencio. Cuando lo miró, Joelle reconoció la furia que había en su mirada.

—No me hagas ser demasiado franca.

La mandíbula de Leo se tensó visiblemente.

—Te agradecería que lo fueras.

—No arruines el recuerdo de lo que compartimos.

—Para mí ya está arruinado.

Joelle suspiró.

—Lo que sucedió no fue nada personal, Leo. Se suponía que sólo iba a ser una noche. No quería nada más de ti. Y ambos obtuvimos lo que queríamos. Yo, experiencia, y tú pudiste probar la mercancía.

—Ése no fue el motivo por el que me acosté contigo —replicó Leo.

Joelle lo miró a los ojos.

—¿Estás completamente seguro?

Cuando concluyó la cena, que para Joelle fue interminable, todos se trasladaron al salón de baile. Afortunadamente, Leo no le pidió que bailara con él y pudo ir a reunirse con sus hermanas y sus cuñados.

—¿Qué tal te ha sentado volver a casa después de haber pasado un año fuera? —preguntó Nic que, apoyada contra su sultán, hacía esfuerzos por contener los bostezos. Estaba embarazada de nuevo y todo el mundo estaba convencido de que iba a tener otro niño. Nic y sus hijos vivían en Baraka, eran necesarios allí. Era extraño, pero el futuro de Baraka dependía tanto de Nic como el de Melio dependía de Joelle.

—Bien —contestó Joelle, que evitó mirar a Leo. No quería saber nada de él. Había regresado a Melio dispuesta a cumplir con sus compromisos como habían hecho sus hermanas, pero después de lo sucedido, lo último que quería era casarse con él.

Chantal miró con curiosidad a Leo.

—Has pasado mucho tiempo aquí durante los últimos meses, Leo. ¿Crees que tendrás dificultades para llegar a sentirte en Melio como en tu hogar?

Leo miró a Joelle y sonrió.

—Ninguna.

Una hora después, subía con ella las escaleras de

palacio para acompañarla hasta su dormitorio.

—No hace falta que te molestes —dijo ella con frialdad, intensamente consciente de su cercanía—. No era necesario que te fueras de la fiesta.

—Estabas cansada.

Joelle apretó los dientes.

—No necesito que me escolten. He vivido aquí toda la vida y sé dónde está mi dormitorio.

—Pero eres mi futura esposa y todo el mundo espera que necesitemos un momento a solas para darnos las buenas noches.

El tono de suficiencia de Leo hizo que Joelle sintiera deseos de empujarlo por la escaleras.

—No hay nadie mirando ahora, así que ya puedes irte.

—¿Y dejar un trabajo a medio hacer? Nunca. Te acompaño hasta la puerta.

—¿También vas a encerrarme? —pregunto Joelle con exagerada dulzura cuando se detuvieron ante su dormitorio.

—Si tuviera la llave, lo haría —dijo Leo, y no estaba bromeando.

—¿Crees que intentaría huir? —preguntó Joelle burlonamente, con intención de bromear un poco.

—Ya huiste una vez.

—¿Cuándo?

—A Nueva Orleans.

—Eso no fue huir.

—No, eso fue escabullirse mientras todo el mundo dormía —los ojos de Leo brillaron peligrosamente—. Como la semana pasada, cuando te fuiste antes del amanecer tras dejar una nota. Se te da bien eso de dejar notas de despedida, ¿no?

Joelle apretó los dientes.

—Veinte años de severa educación —dijo, pensando que, después de todo, la idea de huir no era tan mala. No tenía intención de casarse con Leo, y si éste no estaba dispuesto a aceptar su negativa, tal vez tendría que asumirla cuando ya no la tuviera a su alcance.

Trató de entrar en sus habitaciones sin que Leo la siguiera, pero éste no parecía dispuesto a quedarse en el pasillo. ¿Por qué no se iba de una vez? Lo había arruinado todo. Había destrozado

incluso el encantador recuerdo de la noche que pasaron juntos.

Se dejó caer en una silla que había a los pies de la cama con un suspiro de frustración.

—¿Qué quieres ahora? —preguntó. Su habitación era su refugio. Allí no solía entrar nadie, excepto los miembros de su familia directa.

Leo miró a su alrededor y su mirada se detuvo en las fotos que colgaban de una de las paredes. Casi todas eran de la madre de Joelle; en otra época estuvieron en el estudio de su padre.

Leo tomó una de las fotos enmarcadas que había sobre un pequeño tocador. El fotógrafo había atrapado a la madre de Joelle medio vestida, inclinándose hacia el espejo mientras se aplicaba el maquillaje antes de salir a escena. Aunque aún era joven cuando le hicieron la instantánea, en ella parecía especialmente inocente. Como la chica que debió de ser en otra época.

—Tu madre está preciosa en esa foto —dijo Leo.

Joelle asintió, incapaz de mirarlo. Su madre siempre fue guapa, pero sabía a qué se refería Leo. Para convertirse en la cantante Star su madre tuvo que reinventarse, tuvo que olvidarse de la joven pueblerina que sólo había pasado hambre para convertirse en alguien especial. Pero en aquella foto, tomada en la cima de su popularidad, podía verse a la joven pueblerina reflejada en el espejo. Su madre triunfó teniéndolo todo en contra.

Su madre hizo lo impensable.

—Es mi foto favorita —dijo Joelle—. Cuando la miro, casi pienso que la conozco.

—Chantal dice que estás obsesionada con ella, que lo estás desde que eras una adolescente.

Joelle sintió que se le hacía un nudo en la garganta y permaneció un momento en silencio. No era justo que Chantal le hubiera dicho aquello a Leo... si es que había sido ella.

—¿Cuándo te ha dicho eso?

—La noche que me quedé en el hospital con tu abuelo.

—Supongo que eso la animó a confiar en ti —dijo Joelle con amargura.

—Estaba preocupada por tu futuro. Estaba

preocupada por ti.

—En ese caso, debería haberme llamado para hablar conmigo —Joelle apretó los puños mientras hablaba. No le gustaba nada que su familia hubiera acogido con tanta facilidad a Leo como uno de los suyos. No era uno de ellos. Le había hecho daño, la había engañado—. Evidentemente, sabían dónde estaba. Incluso tú lo sabías.

—¿Y eso te molesta?

—¿No te molestaría que los de tu alrededor nunca te consultaran y actuaran como si siempre supieran lo que es más conveniente para ti? —Joelle dedicó a Leo una dura mirada—. Pero puede que tú nunca hayas sufrido. Probablemente todo ha sido fácil para ti en la vida.

—He conocido el sufrimiento, pero no vivo en el pasado. El pasado no tiene poder sobre mí.

—Qué afortunado —Joelle apartó la mirada—. Chantal tenía doce años cuando nuestros padres murieron. Nic, nueve. Yo casi cinco. Nic y Chantal recuerdan a mamá. Yo no recuerdo nada.

Leo dejó la foto donde estaba.

—¿Por eso fuiste a Louisiana? ¿Para reencontrarte con tu madre?

—Tal vez.

Joelle había ido a Nueva Orleans siguiendo un impulso, una intuición, pero hasta que no estuvo allí no entendió qué estaba buscando.

Familia.

Conexiones.

Su historia.

Conocía de sobra la historia de la familia de su padre, pero no la de los misteriosos d'Ville de Baton Rouge.

Una vez en los Estados Unidos, sus parientes no la recibieron precisamente con los brazos abiertos. Sus primos y tíos la miraron con suspicacia, dudando en principio de que fuera quien decía ser y luego preguntándose qué quería de ellos.

Joelle no tenía ningún plan elaborado y no sabía con exactitud lo que quería. No sabía lo que había esperado encontrar. ¿Amor?¿Esperanza? ¿Aceptación?

La hicieron sentir con toda claridad que no era uno de ellos, pero tras la muerte de la abuela,

tampoco se sentía una Ducasse. A veces se preguntaba si alguna vez llegaría a saber realmente quién era.

—Puedes reírte si quieres, pero pensé que si lograba encontrar las raíces de mi madre me encontraría a mí misma.

Loe no se rió.

—¿Y lo lograste?

—No creo.

Leo se acercó a ella y alargó una mano para tocarla en lo alto de la cabeza.

—¿Podemos empezar de nuevo? ¿Quieres que lo intentemos?

Joelle no contestó. No podía. Leo estaba demasiado cerca, irradiando poder, autoridad, carisma. Tal vez aquello fuera lo que aturdía su mente. No sólo era guapo. Era rico, pertenecía a la realeza. Y era muy fuerte, tanto física como mentalmente.

—No sabría cómo empezar de nuevo —dijo finalmente a la vez que se levantaba con intención de apartarse de él. Pero Leo no se movió. Era evidente que no pensaba dejar que se evadiera así como así.

—¿Por qué no?

«Porque pensaba que eras alguien que no eres». Joelle sintió de nuevo el escozor de las lágrimas. «Porque pensaba que me querías por mí misma». Pero no podía admitir lo vulnerable que era, hasta qué punto necesitaba ser amada por sí misma.

—Saber lo que sé lo cambia todo —contestó con cautela, sin mirarlo—. Comprendo tus... motivos.

—¿Mis motivos?

—Estabas examinándome, investigándome, ¿no?

Leo no dijo nada y el dolor de Joelle se intensificó. Aquella noche, aquella preciosa noche, se estaba convirtiendo a pasos agigantados en un recuerdo muy feo.

—No confiabas en mí —continuó—, y por eso no me dijiste quién eras. Querías demostrarte a ti mismo, o al abuelo, o a quien fuera, que no era la princesa que te habían prometido, que no era un modelo de virtud y bondad —miró a Leo a los ojos antes de añadir—: ¿Ya estás satisfecho?

—No. No quería hacerte daño. Y tienes razón. No confiaba en ti y tenía que saber quién eras antes de

que nos casáramos.

—Podrías haber ido a visitarme en Melio. Podrías haberme dado una oportunidad...

—Lo hice. Lo estoy haciendo.

—¿Cuándo? —Joelle sintió que una creciente rabia suplantaba su dolor—. ¿En Nueva Orleans? ¿O ahora?

—Da igual.

—No da igual.

—¿Por qué?

—Porque ésta no es una relación unilateral. No se trata sólo de ti. Yo también necesito confiar en ti. Y no confío.

Leo permaneció un momento en silencio y luego sus ojos sonrieron.

—Tal vez ayudaría que pensaras en mí como en Luigi.

Joelle comprendió que estaba tratando de bromear, de aligerar el ambiente, pero Leo no entendía que se había enamorado de él... y sin embargo el hombre del que se había enamorado no era real.

El hombre al que quería no existía.

—Tú no eres Luigi —dijo.

—Pero podría serlo.

Seguía intentando aligerar el ambiente y Joelle quiso sonreír, pero el pánico que sentía se lo impidió.

—No. Eres Leo —alzó la mirada para contemplar su rostro—. Eres definitivamente Leo.

Él alargó una mano y le quitó con delicadeza una horquilla del pelo. Joelle contuvo el aliento ante la intimidad del gesto, pero fue incapaz de moverse. El más mínimo contacto con Leo la afectaba intensamente, le hacía desear más y más.

Leo fue quitándole las horquillas del moño hasta que el pelo cayó libre por su espalda.

—Las cosas mejorarán —dijo a la vez que deslizaba un mechón entre sus dedos—. Sólo tienes que darnos una oportunidad.

—Leo...

—Funcionará. Confía en mí.

Confiar en él. Aquellas palabras fueron como veneno para Joelle.

Pero no pudo evitar cerrar los ojos cuando vio que él se inclinaba a besarla. El beso fue lento,

sensual, e hizo que un delicioso cosquilleo recorriera su cuerpo de arriba abajo. Cuando la besaba así la hacía sentirse delicada, bella, femenina. Le hacía sentir que su belleza no sólo era exterior, sino que surgía de su interior.

Si no le hubiera ocultado la verdad, si le hubiera dicho quién era y por qué estaba allí...

Leo alzó la cabeza y deslizó un pulgar por los labios de Joelle.

—No olvides la sesión de fotos de mañana. Es a las once en punto.

Joelle frunció el ceño. No recordaba nada sobre una sesión de fotos.

—¿Qué sesión?

—Van a hacernos la foto oficial del compromiso. Tu abuelo dijo que es una tradición de la familia Ducasse.

—Leo...

—Mañana a las diez. Abajo —Leo acarició una vez más los labios de Joelle antes de encaminarse hacia la puerta—. No te retrases.

Capítulo 8

LEO estaba a punto de salir del palacio para ir al hotel Porto Palace cuando se encontró con Nic, que a pesar de la hora y del embarazo estaba tan elegante como siempre.

—¿Has disfrutado de la fiesta? —preguntó ella con una cálida sonrisa.

—Sí, gracias. ¿Y tú?

—Mucho. Me alegra tanto ver al abuelo feliz... No lo veía tan relajado desde antes de la muerte de la abuela.

Leo no quería escuchar aquello. Ya se sentía bastante culpable.

—Creo que se siente especialmente feliz por tener a sus tres nietas en casa.

—Tal vez, pero su mirada denota el alivio que siente. Sus preocupaciones respecto al futuro de Melio se han esfumado —Nic apoyó una mano en su abultado vientre y sonrió—. El abuelo tiene una gran confianza en ti. Todos la tenemos.

Las palabras de Nic no dejaron de resonar en la mente de Leo mientras se preparaba para acostarse.

Todo había cambiado desde la noche de su llegada a Nueva Orleans. Sabía a qué se habían comprometido Joelle y él, sabía que su matrimonio era un acuerdo, una fusión de familias y poder... pero las cosas se habían vuelto mucho más personales.

Aquello ya no era un asunto de negocios. Y él no se sentía precisamente tranquilo.

¿Cómo iban a casarse así? El matrimonio debía ser algo digno, maduro, respetable. Sin embargo, él sentía que estaba perdiendo su dignidad y su madurez a pasos agigantados. Se sentía confuso.

Se sentía como si volviera a ser un niño, el niño que fue. Durante su infancia fue arrastrado de un lugar a otro del planeta por su guapísima y sofisticada madre, la princesa Marina, que era amada

por todo el mundo excepto por aquellos que la conocían bien.

Pero ya no era un niño.

Ya no lo controlaba nadie.

Era un adulto que tomaba decisiones por su cuenta.

Y como había dicho Nicolette, el rey Remi contaba con él. El rey Remi lo necesitaba. El rey Remi ya era mayor y necesitaba su ayuda.

Y él podía hacer aquello, se dijo, apretando los dientes. Joelle y él superarían sus diferencias, su desilusión, y saldrían adelante. Todo iría bien. Todo debía ir bien.

Pero a la mañana siguiente, cuando volvió al palacio vestido formalmente para la sesión fotográfica, Joelle aún no había bajado.

Esperó quince minutos, y luego quince más, y finalmente pidió a una doncella que fuera a buscarla.

La doncella regresó al cabo de un momento.

—La princesa debe de haber ido a algún sitio porque no está en su dormitorio.

El rey Remi lo invitó a esperar en su estudio y Leo aceptó, aunque le costó verdaderos esfuerzos no manifestar su disgusto.

Ya estaba perdiendo la paciencia con todo aquello. Estaba allí hacía media hora, listo para la sesión, ¿y dónde estaba Joelle? ¿Por qué se estaba retrasando? ¿Cómo podía ignorar sus responsabilidades de aquel modo?

De no ser por la edad y la fragilidad del rey Remi... y por el desafortunado hecho de haber sido él quien había desflorado a su nieta en Nueva Orleans, lo que implicaba determinadas responsabilidades, habría cancelado su compromiso en aquel mismo momento.

Apretó los dientes y trató de contener sus emociones. Sabía quién era y lo que era, y aunque nunca fuera a ser el caballero de brillante armadura con el que soñaban casi todas las mujeres, incluso él sabía que no se tomaba la virginidad de una joven princesa de veintidós años, para luego devolverla

como si nada hubiera pasado al patriarca de la familia.

—¿Un coñac? —ofreció el rey Remi.

—Demasiado temprano para mí —contestó Leo, que estaba haciendo verdaderos esfuerzos para conservar la calma.

Tal vez en otra época quiso ser un auténtico príncipe de cuento, el que mataba al dragón y rescataba a la dama de sus garras, pero habían pasado muchos años desde entonces. Eso sucedió antes de que supiera realmente quién era, antes de que comprendiera que el mundo en que había nacido y su herencia lo destruirían si él no los destruía primero.

Su familia, la única que había conocido, había sido tan atípica... y, sin embargo, sus padres se casaron por amor.

Amor.

Si aquello era lo que el amor le hacía a uno, no quería saber nada al respecto. Y el amor nunca había formado parte de la ecuación para él, ni cuando salía con una mujer, ni cuando decidió casarse y eligió a Joelle.

Había evitado a propósito el contacto con ella hasta poco antes de la boda. Quería que la relación fuera impersonal, civilizada. Era perfectamente capaz de cumplir con su deber, pero no quería saber nada de emociones y pasiones.

Sin embargo, lo sucedido con Joelle en Nueva Orleans había sido pura pasión, pura emoción.

La perspectiva de un matrimonio impersonal con ella se había convertido en una pesadilla.

—Puede que tome ese coñac después de todo —dijo mientras el rey se servía una copa.

Remi sonrió sin humor.

—Me temo que es ella quien me ha llevado a la bebida. Se ha convertido en una desconocida para mí.

Leo se acercó y tomó la copa que le ofreció.

—He enviado a Chantal a buscarla —añadió el rey al cabo de un momento—. Ella la encontrará.

Leo no estaba convencido. Sospechaba que Joelle se había ido de Porto. Debería haberlo imaginado. Se le daban muy bien las despedidas... como a su propia madre, que jamás fue capaz de permanecer en un sitio

el tiempo suficiente para cumplir con su deber.

Pero la abnegación nunca formó parte del carácter de Marina.

—El fotógrafo y su ayudante esperarán —añadió Remi.

La sesión de fotos. Leo casi la había olvidado. Odiaba las fotos. Ya había soportado suficientes sesiones cuando era niño, y recordaba especialmente las de antes del divorcio de sus padres, en las que se notaba claramente que no soportaban estar uno junto al otro.

Desde entonces no había vuelto a sonreír ante una cámara, no se había dejado manipular para comportarse como si nada lo afectara.

Resultaba irónico que se estuviera esforzando tanto en aquellos momentos por ser amable con el rey Remi mientras Joelle utilizaba uno de los trucos de la princesa Marina y desaparecía... sin sufrir luego nunca las consecuencias de sus actos.

—Astrid y yo la criamos —dijo el rey Remi mientras iban a sentarse—. Nicolette siempre fue la traviesa y nos dio muchos problemas, pero Joelle... —miró a Leo con expresión de disculpa—. Chantal la encontrará. Conoce muy bien sus sitios favoritos.

Pero Chantal no la encontró y fue Nic quien encontró la nota de despedida de Joelle en su habitación. Después, el servicio de seguridad del palacio alertó al rey Remi de que había sido vista abordando un ferry a Mejia.

El rey convocó de inmediato una reunión familiar. Leo asistió, pero apenas pudo soportar lo falso que se sentía entre los demás. Estaba furioso. Humillado.

—Ya que es obvio que va a la casa de la familia en Mejia —dijo Chantal—, Leo podría utilizar el helicóptero de Demetrius para ir a buscarla.

—¿Por qué traerla de vuelta? —preguntó Nic—. Es evidente que no quiere estar aquí.

—A Joelle nunca le ha gustado que le presten tanta atención y no soporta verse sometida al escrutinio público —explicó Chantal.

—En ese caso, quedaros allí —sugirió Malik Nuri, el marido de Nic—. Podéis alojaros en la villa y tratar de resolver vuestros asuntos.

—Tengo mi propia villa en la isla —dijo Leo, incómodo. Le avergonzaba hablar de su relación ante otros, aunque fueran de la familia de Joelle. En su familia, no se había discutido jamás de nada—. Puede que nos tomemos un par de días...

—Una semana —interrumpió el rey Remi a la vez que golpeaba el suelo con su bastón—. O dos. Lo que haga falta.

—Lo que haga falta —repitió Leo, y su boca se curvó en una sonrisa por completo carente de humor.

No podía creer que fuera a ir de nuevo tras Joelle.

Una hora más tarde, Joelle aguardaba pacientemente a que el ferry atracara.

Adoraba la pequeña isla de Mejia desde que era niña. La vida en el palacio de Melio era demasiado estricta y formal, pero allí todo era más relajado, más desenfadado.

El capitán la tomó del codo para ayudarla a bajar. Había sido un viaje de tres horas, pero no creía que la hubieran reconocido. Llevaba un gran sombrero de paja blanca cubriéndole la cabeza y unas enormes gafas negras. Y si la habían reconocido, al menos nadie había empezado a susurrar.

Lo maravilloso de Melio y Mejia era que todo el mundo respetaba a la familia real. Si alguien los abordaba en la calle, normalmente era algún forastero.

Se colgó del hombro la enorme bolsa de viaje que llevaba y se encaminó hacia la parada de taxis. La villa sólo quedaba a unos diez minutos del puerto.

—*Bella, bella, bella.*

¡No!

¡Él no!

Joelle bajó la mirada como si así pudiera desaparecer. ¿Qué hacía allí Leo?

Él la tomó por la babilla y le hizo alzar el rostro.

—Déjame en paz —murmuró.

—¿Qué vamos a hacer contigo, *bella bambina*?

—Olvídame.

—¿Acaso quieres romper el corazón de tu abuelo? —

Leo chasqueó desaprobadoramente la lengua—. No creo.
Joelle trató de ignorar las miradas de interés de las personas que había en el viejo embarcadero.
—Veo que no captas con facilidad una indirecta —espetó ella.
Leo pasó un brazo por sus hombros y se encaminó con ella hacia un coche que aguardaba.
—Pronto me conocerás. Afortunadamente, tenemos tiempo de sobra para hacerlo.
Joelle se detuvo en seco.
—No pienso ir a ningún sitio contigo.
—No temas. Voy a ser muy paciente contigo. Sólo faltan dos semanas para la boda...
—¡No va a haber boda!
—Claro que sí. Tú abuelo no está lo suficientemente bien como para ser humillado públicamente.
El conductor del coche abrió la puerta mientras Leo y Joelle se acercaban.
Joelle se detuvo en seco y se negó a dar un paso más.
—No voy a ir a ninguna parte contigo.
—Claro que sí.
—No.
Con un suspiro, Leo la tomó en brazos la metió en el coche y a continuación la siguió.
—¡No tienes ningún derecho a hacer eso!
El conductor puso el coche en marcha como si no pasara nada.
—Puede que no ahora —dijo Leo—, pero dentro de dos semanas...
—¡Nunca!
Leo suspiró.
—Van a ser dos semanas muy largas.
—Estás loco —al darse cuenta de la dirección que tomaban, Joelle preguntó—: ¿A dónde vamos?
—A casa.
—No a mi casa.
En lugar de hacer algún comentario, Leo se limitó a apoyar un brazo en el respaldo del asiento.
Joelle sintió que se acaloraba al notar la proximidad de su mano.
—¿Te importa?
—Josie...

—¡No me llames eso!
Leo se volvió hacia ella.
—Estoy lo suficientemente cerca de ti como para tumbarte sobre mis rodillas y darte una buena azotaina.
—¿Qué?
—Puede que eso resolviera algunos de nuestros problemas.
—¿Con quién te crees que estás hablando? —preguntó Joelle, indignada.
—Contigo.
Antes de darse cuenta de lo que sucedía, Joelle sé vio tumbada de pronto sobre el regazo de Leo, que le subió la falda y le dio unos azotes en el trasero. Volvió a dejarla en su sitio a la misma velocidad.
Abochornada, se apartó de él lo más posible.
—No puedo creer lo que acabas de hacer.
—Te había advertido. Es hora de que empieces a prestar atención. Yo no amenazo en vano —Leo entrecerró los ojos—. Y perdóname, princesa, pero te lo estabas buscando.
Joelle permaneció en el rincón, con los ojos llenos de lágrimas mientras se maldecía a sí misma, a Leo, y a su abuelo por sentir tanta estima por aquel arrogante italiano.
Nadie la había afectado de aquella manera. Nadie la había hecho sentirse tan impotente, tan confundida... el hecho de que tuviera tal poder sobre ella le daba miedo. La enfurecía.
—No olvidaré esto —murmuró.
—Bien.
Veinte minutos después, el coche se detenía ante unas verjas que se abrieron un instante después. Avanzaron por un sendero bordeado por frondosos árboles y plantas hasta que el conductor volvió a detener el vehículo ante un gran villa de color ocre.
Leo salió del coche y se volvió hacia Joelle con una sonrisa.
—¿Vienes a que te enseñe la casa, querida?
Si hubiera tenido algo duro a mano, Joelle se lo habría lanzado a la cabeza. En lugar de ello, logró salir con una elegancia realmente regia del

vehículo.

—Por supuesto. Nada me apetece más.

Pero cuando Leo fue a tomarla de la mano le dedicó una mirada fulminante.

—No soy tuya. No creas que lo soy.

Leo le enseñó rápidamente la planta baja, donde estaban el salón, el comedor y la cocina, y luego las numerosas habitaciones de la planta de alta. La última puerta que abrió daba a una amplia suite.

—Nuestro dormitorio.

—¿Cómo has dicho?

—Nuestro dormitorio —repitió Leo.

Joelle se quedó helada y, un instante después, sintió que se le acaloraban las mejillas. Se acercó a la ventana para tomar un poco de aire.

—Preferiría una habitación en la planta baja.

Leo se dejó caer en uno de los cómodos sillones de la habitación y cruzó los brazos tras su cabeza. Al hacerlo, sus fuertes y morenos antebrazos quedaron expuestos.

—No lo dudo. Pero me siento mejor sabiendo que estás sana y salva aquí arriba, conmigo.

Joelle se volvió y se apoyó contra el alféizar de la ventana mientras trataba de ocultar su incredulidad.

—¿No tienes ninguna obligación que atender? Algún trabajo... alguna obligación debida a tu título...

—No.

—Supongo que trabajarás en algo.

—Sí —Leo suspiró y apoyó los pies en la otomana que iba a juego con el sillón—. Que maravilla. Deberías venir a sentarte aquí.

—No sé qué tratas de hacer, pero no me gusta, y sé que a mi abuelo no le parecería bien.

—Quiero hablar contigo sobre tu abuelo, pero eso tendrá que esperar. Ahora mismo sólo vamos a divertirnos.

«Divertirnos». Aquella palabra resonó amenazadora en la mente de Joelle. Se llevó una mano a la garganta a la vez que tragaba convulsivamente.

—¿Aún sigue apeteciéndote divertirte? —añadió Leo.

De manera que se trataba de aquello. Estaba utilizando el frívolo comentario que hizo ella en

Nueva Orleans sobre las chicas y su afán por divertirse.

—¿Hay algo de beber?

—No tardarán en servir el almuerzo.

—Bien.

—Cometiste un error en Nueva Orleans —dijo Leo con expresión benévola—. Hay muchos hombres con los que podrías haberlo pasado bien, pero yo no soy uno de ellos.

—Es obvio que cometí un error.

—¿Uno? Cometiste varios. Eres descuidada, temeraria y vives exclusivamente centrada en ti misma. No tienes idea de lo que hiciste pasar a tu familia cuanto te fuiste a los Estados Unidos. Tu abuelo convocó una reunión de emergencia. Pidió a tus hermanas que acudieran a Melio. Era lo último que necesitaba tras la muerte de su mujer.

Joelle decidió no darle el gusto de replicar. Además, la mirada de Leo no invitaba a contradecirlo.

—Así no estamos llegando a ninguna parte —Leo se levantó y dedicó a Joelle una burlona sonrisa que hizo que ésta quisiera gritar—. Te servirán el almuerzo aquí, en la habitación. Yo volveré a verte esta tarde.

—Yo... —empezó a decir Joelle, pero Leo salió del dormitorio sin detenerse.

Joelle se quedó boquiabierta cuando oyó que echaba la llave.

La había encerrado. Su asombro dio rápidamente paso a una ciega furia.

Al principio se puso a caminar de un lado a otro del dormitorio como una leona encerrada. Podría estar nadando, o tumbada en la playa, leyendo, pero Leo la había encerrado en una habitación en la que no había ni libros, ni televisión, ni radio.

Cuando llegó la hora del almuerzo, la doncella que lo subió encontró la puerta cerrada y, tras disculparse profusamente por no poder servir la comida a la princesa, se disculpó y se fue.

—Miserable bastardo —masculló Joelle, y juró que iba a hacerle pagar por aquello.

Harta de esperar y no saber qué hacer, decidió tomar un baño.

Estaba empezando a relajarse en la bañera cuando oyó que se abría la puerta del baño. Supo de inmediato que se trataba de Leo por las tensión que sintió. Se sumergió rápidamente todo lo que pudo en el agua, agradecida por la cantidad de burbujas que había.

Un instante después, se abrió la mampara de baño y Leo se asomó.

—¿Has pasado una buena tarde? —preguntó a la vez que introducía una mano en el agua para comprobar su temperatura.

Al ver que Joelle se apartaba de él todo lo que podía, reprimió una sonrisa. Había notado la cautela de su mirada, pero también su curiosidad.

Pero además de bella, Joelle era difícil y terca como una mula, y su terquedad lo volvía loco. Casi tanto como la atracción física que sentía por ella.

Habían pasado ocho días desde que la había tenido entre sus brazos, y quería volver a disfrutar de ella. No sabía cuánto tiempo iba a poder resistir su deseo... y la invitación que había en la mirada de Joelle. Era curioso oírle decir determinadas cosas mientras sus ojos decían todo lo contrario.

—El hecho de que nos hayamos acostado una vez no significa que puedas meterte en la bañera conmigo.

—No pensaba meterme —Leo tomó un poco de agua en su mano y la dejó caer sobre un hombro de Joelle—. Pero ahora que lo mencionas, no me parece mala idea.

Ella alzó una mano para apartar la de él.

—No me presiones —advirtió—. Ya he tenido suficiente por hoy. Me has arrastrado a tu coche a la fuerza, me has dejado encerrada en la habitación y me has dado una tunda como si fuera una niña.

Leo aprovechó el movimiento de su mano para tomarla por la muñeca.

—Eso fue divertido, ¿verdad?

—A mí no me lo pareció. Te encanta esto, ¿verdad? Dominarme, controlarme...

—A ti también te encanta el poder —añadió Leo mientras veía cómo se acaloraban las mejillas de Joelle—. De lo contrario no lucharías contra mí con tanta intensidad.

Joelle no respondió, pero Leo notó cómo ponía su mente en marcha para darle una respuesta adecuada.

Joelle era una luchadora y él empezaba a entender por qué había necesitado irse a los Estados Unidos, por qué había querido distanciarse de su familia.

—Dame tu otra mano —dijo.

Joelle se acurrucó todo lo que pudo contra la pared de la bañera, pero en sus ojos no había miedo cuando lo miró. Sólo había fuego.

—Dame la mano —repitió Leo—. Ahórrate las consecuencias.

—¿Qué es lo siguiente que planeas hacerme? ¿Atarme? —preguntó despectivamente.

Leo se excitó al instante al oírle decir aquello.

—Sólo si estás desnuda —dijo a la vez que introducía la mano bajo el agua.

Joelle trató de deslizar la mano bajo su cuerpo, pero en el momento en que notó que Leo le rozaba la cadera la sacó instintivamente del agua.

El aprovechó la circunstancias para tomarla por ambas muñecas y luego enlazar sus dedos con los de ella y atraerla hacia sí.

—¡No soy una ciudadana de segunda categoría! —espetó—. ¡No puedes tratarme de este modo!

Leo le hizo alzar los brazos y presionó su espalda contra la pared de la bañera, dejando sus pechos expuestos.

—Es cierto. Eres una princesa. La princesa Josie.

—¡Suéltame!

—¿Y si no lo hago?

—Te... te...

—¿Me salpicarás? ¿Me insultarás? ¿Cuál es tu plan?

—¿Por qué disfrutas humillándome?

Leo inclinó el torso hacia ella, y al sentir el roce de sus pezones sintió que su cuerpo se incendiaba.

—No quiero humillarte. Pero quiero que entiendas el compromiso al que llegaste, la promesa que me hiciste...

—Nuestro compromiso se llevó a cabo a través de unos representantes —la voz de Joelle surgió más ronca de lo habitual—. Ni siquiera acudiste personalmente a verme. Dejaste que otros se ocuparan de los detalles.

—Lo mismo que tú.

—Exacto. Ni siquiera nos conocimos. Firmamos un trozo de papel. Menudo compromiso.

—Te di mi anillo.

—Eso no significa nada.

—Para mí sí —Leo inclinó la cabeza, besó a Joelle en el cuello y notó cómo se estremecía—. Y también debería significar algo para ti. Supongo que tu palabra y tu reputación significan algo para ti —añadió antes de volver a besarla.

Joelle se presionó contra él, buscando instintivamente un contacto más íntimo.

—Leo... —murmuró.

Él se apartó y la miró provocativamente de arriba abajo. Su mirada fue tan posesiva, tan íntima, que Joelle se estremeció.

—Eres mía. Aunque aún no lo sepas.

Capítulo 9

JOELLE apenas podía respirar.

No quería sentir aquello. Aquel hombre destruía su capacidad de razonar, de controlarse.

—Sólo estuvimos juntos una noche —murmuró.

—Si eso era todo lo que querías, no deberías haberme entregado tu virginidad —Leo volvió a inclinarse para besarla, pero en aquella ocasión lo hizo en los labios.

Y no fue un beso precisamente delicado.

Para cuando se apartó, Joelle sentía que la cabeza le daba vueltas.

Cuando Leo la soltó, fue incapaz de moverse.

—La inocencia es algo muy valioso.

—No soy tan inocente...

—Sabes mucho menos de lo que crees —dijo Leo antes de volver a besarla.

Sus lenguas se encontraron y Joelle se sintió como si estuvieran haciendo estallar fuegos artificiales en su interior. Cuando Leo le acarició un pecho con su mano mojada temió derretirse, y cuando deslizó las manos entre sus muslos y entreabrió delicadamente los labios de su sexo temió enloquecer.

—Leo...

—¿Sí, Josie?

—Me estás volviendo loca.

—Entonces ya sabes cómo me siento —acarició un pecho de Joelle antes de apartarla. Luego se volvió para tomar una toalla—. Y ahora es hora de vestirse, *bambina*. Vamos a salir a cenar y no podemos llegar tarde.

Joelle salió del baño, tomó la toalla y se cubrió con ella rápidamente.

—¿Vamos a salir?

—Sí.

—¿A un lugar público?

—Esa es la idea.

—¿Y adónde vamos a ir?

—Tenemos reserva en Henri's.

Henri's era el mejor restaurante de Mejia. Estaba en una zona escarpada y un tanto inaccesible, pero nadie protestaba cuando llegaba y disfrutaba de las impresionantes vistas que ofrecía el lugar. Solía decirse que no se podía cenar en Henri's sin ver media docena de los rostros más famosos del mundo.

Joelle miró a Leo, perpleja. Las pocas ocasiones en que había comido en Henri's había sido con su familia, pero acudir allí con alguien como Leo...

—¿Por qué? —preguntó.

—Eres mi prometida —al ver que no decía nada, Leo tomó a Joelle por la barbilla y la besó en la comisura de los labios—. Ya has comido antes en público conmigo.

—Sí, pero recuerdo muy bien cómo fueron las cosas. Las bebidas, la cena...

—¿Y el postre?

—Por supuesto.

Leo volvió a besarla y Joelle sintió que su deseo aumentaba.

—Voy a vestirme —murmuró.

—Buena idea.

Cuando entró en el vestidor, Joelle comprobó que gran parte del vestuario que sus hermanas y ella tenían en la villa de Mejia había sido trasladado allí. Eligió un corto vestido rojo bordado con cuentas que Nic solía ponerse alegando que cuando lo usaba normalmente siempre conseguía lo que quería.

Una vez vestida y maquillada, salió a la sala de estar.

—¿Lista? —pregunto Leo mientras dejaba a un lado el periódico que estaba leyendo.

—Sí.

—Bien —Leo se levantó—. Tengo algo para ti que te sentará muy bien con ese vestido —tomó una cajita que había en la mesa a su lado, alzó la tapa y se lo enseñó a Joelle.

Una pulsera. Una pulsera ancha. De plata.

—Qué bonita —dijo Joelle, desconcertada.

Leo se la puso en torno a la muñeca. Luego le dio un ligero apretón y la pulsera se encogió

misteriosamente.

Joelle la alzó para mirarla.

—Gracias —murmuró.

—De nada. Ha sido una suerte que tu cuñado la llevara consigo.

—¿Malik o Demetrius?

—Demetrius, por supuesto. Es él quien está especializado en vigilancia y seguridad.

Joelle sintió un escalofrío y miró de nuevo la pulsera.

—¿Qué es esto?

—Un artilugio para rastrear a quien lo lleva.

—Una especie de esposas.

—Es lo que se pone a los criminales de guante blanco cuando están bajo arresto domiciliario.

—Unas esposas —repitió Joelle. Aquel hombre estaba completamente loco. Y lo peor era que estaba comprometida con él. O eso al menos creía su familia.

—Sabes que no son unas esposas. No estás encadenada.

—No, pero sabrás dónde estoy cada vez que quieras.

Leo tuvo el valor de sonreír.

—Sí.

La serenidad de su sonrisa hizo que Joelle sintiera ganas de gritar.

—Quiero que me lo quites.

—No.

—Ahora mismo.

—No.

Joelle tiró de la pulsera con todas sus fuerzas, pero fue en vano.

—No puedes hacer esto, Leo.

—Ya lo he hecho.

—¡Quítamela! Me está haciendo daño.

—No es cierto. Eres tú la que se está haciendo daño. Relájate.

—¿Cómo voy a relajarme con esto en la muñeca?

—Es sólo una banda de titanio. La gente pensará que es una pulsera. Tú lo has pensado.

Joelle estaba tan conmocionada, que sintió náuseas.

—¿De verdad crees que vas a resolver algo con

esto?

—No volverás a escaparte.

—Nunca me he escapado.

—Te he encontrado esta mañana en el embarcadero de Mejia y se suponía que tenías que estar haciéndote unas fotos conmigo en Melio.

—Sólo eran unas fotos...

—Que significaban mucho para tu abuelo.

—Jamás te perdonará cuando descubra lo que has hecho conmigo.

—Tu abuelo me ha sugerido que aproveche a fondo estas dos semanas contigo.

Joelle no pudo ocultar su incredulidad.

—No.

—De hecho, ha sentido un gran alivio al saber que estás aquí, a salvo y conmigo. Me ha confesado que ya no sabe qué hacer contigo. Puede que yo tenga más éxito que él —Leo dio un paso atrás para inspeccionar de nuevo a Joelle—. De hecho, la pulsera no te queda mal.

—¿No me queda mal? —repitió Joelle—. ¡Pero si es un maldito localizador!

—Pero nadie sabrá para qué es. A menos que se lo digas —Leo miró su reloj—. Y ahora será mejor que nos vayamos. No quiero perder nuestras reservas.

¿Y eso era todo?, pensó Joelle mientras miraba con asombro la espalda de Leo alejándose.

—No pienso ir —dijo, tensa, a la vez que buscaba con su mano la cremallera del vestido—. Puedes ir tú si quieres, pero yo me quedo.

—Nos vamos ahora —Leo ni siquiera se molestó en volverse.

—Puedes irte cuando quieras —Joelle bajó la cremallera del vestido, se lo quitó y luego se quitó los zapatos, consciente de que, antes o después, él se volvería.

¿Por qué no había podido resistirlo hacía un rato? ¿Por qué la afectaba tanto que la tocara?

Porque lo amaba demasiado, por eso.

Leo se volvió lentamente. Su expresión se endureció al verla.

—No estoy de humor para esto, querida.

—Ni yo —los ojos de Joelle se llenaron de lágrimas a causa de la vergüenza. ¿Cómo podía

esperar alguien que se casara con un hombre tan arrogante y machista, un hombre capaz de ponerle grilletes?

Agitó la muñeca, irritada. Leo había sido capaz de ponerle aquel artilugio para tenerla localizada de continuo.

—Tu vestido.

Joelle no se movió.

—¿También vas a obligarme a vestirme, Leo? ¿Así es como imaginas una relación?

—No. No es mi idea de lo que debe ser una relación. Creía que era la tuya. No has hecho más que pelear conmigo...

—Porque desprecias todo lo que quiero, todo lo que necesito...

—Necesitas un marido. Me querías a mí.

—Necesitaba un marido, y te quería, pero antes de descubrir que eras mi prometido y que el único motivo por el que fuiste a Nueva Orleans fue porque dudabas de mi integridad.

—Estaba preocupado por ti.

—Y en lugar de decirme quién eras...

—Te dije quién era y lo hice con bastante claridad. Pero tú no me reconociste. Y no te encontré precisamente en un exclusivo conservatorio, sino en un club de mala muerte, contoneándote ante un montón de hombres babeantes —Leo miró su reloj con gesto impaciente—. ¿Podemos irnos ahora?

Joelle sabía que las cosas podían complicarse mucho si se enfrentaba abiertamente a Leo.

—Iré, pero quiero que la pulsera desaparezca de mi vista en cuanto regresemos a casa. ¿Está claro?

El viaje a Henri's en la limusina fue muy tenso. Joelle permaneció todo lo apartada que pudo de Leo en el asiento. Aquel hombre era una bestia. Un monstruo. Un diablo.

¿Cómo podía haber aceptado alguna vez casarse con él? ¿Pero cómo iba a haber imaginado que, en lugar de una persona normal perteneciente a la realeza, era un príncipe demente con ideas medievales sobre el matrimonio?

Cuando la limusina se detuvo ante el restaurante, tuvo que hacer acopio de todo su coraje para salir. La cena en Harri's con Leo no iba a ser fácil, y la

perspectiva no resultaba especialmente alentadora.

Una vez en el interior, Leo saludó cálidamente al maître.

—Es un placer tenerlo aquí de nuevo, Excelencia —dijo el maître con una inclinación de cabeza—. Y no sé si es una coincidencia o no, pero su madre también está aquí. Está cenando en una sala privada, pero me ha pedido que le diga que espera reunirse con usted más tarde.

La expresión de Leo no se alteró externamente, pero Joelle notó que toda emoción abandonaba sus ojos. Siguió sonriendo, pero su rostro pareció volverse de granito.

Mientras se sentaban, Joelle se preguntó si el maître se habría referido a la princesa Marina, o a Clarissa, la segunda esposa del padre de Leo. A pesar de que nunca se había interesado por los cotilleos de la realeza en Europa, sabía que el divorcio de los padres de Leo había sido muy desagradable.

Cuando el camarero de los vinos se acercó a la mesa, Leo hizo un gesto para que esperara. Estaba lívido. Parecía totalmente desolado.

—¿Leo? —murmuró Joelle al ver que pasaban los minutos sin que dijera nada.

Él se movió en el asiento, incómodo.

—¿Sí?

—No tenemos por qué quedarnos.

Leo miró a Joelle a los ojos con una intensidad que hizo que ella bajara la mirada.

—No voy a permitir que ella nos eche de aquí.

—¿Te refieres a Clarissa?

—No, claro que no —Leo estuvo a punto de reír—. Clarissa es una santa. La que está aquí es Marina, mi madre.

—¿Y eso es malo?

Leo se limitó a mirarla y luego hizo una seña al camarero. Tras encargar las bebidas, se levantó bruscamente.

—Enseguida vuelvo —dijo.

Joelle supo por su expresión adónde iba. Mientras esperaba se preguntó qué habría pasado entre su madre y él.

Leo no tardó. Regresó cuando acababan de

llevarles las bebidas. Tras sentarse, tomó un largo trago de su martini.

—Ya está arreglado.

Por su expresión, parecía que acabara de tragarse una caja de clavos.

—¿Qué...?

—No va a reunirse con nosotros. Ha comprendido.

—Pero yo no —susurró Joelle. En su familia había peleas y conflictos, como en todas, pero nada parecido a aquello.

—Más vale que sigas sin saber nada.

—¿Y si quisiera saberlo?

—No te lo contaría.

Leo supo que su respuesta había dolido a Joelle, pero no sabía qué decirle para aliviarla.

Su madre estaba allí. Su madre, la princesa Marina, la princesa más bella, vivaz y desconcertante de la realeza de su tiempo, como la describió en una ocasión una revista. Pero no estaba allí por casualidad. Debía haber sabido que él iba a ir.

Pero la revista había olvidado unos cuantos adjetivos, pensó Leo mientras se esforzaba por controlar su enfado. Podrían haber incluido también las palabras «egoísta», «voraz», «inestable»...

Debería haber sabido que no podía volver a Mejia. Debería haber permanecido en el otro extremo del mundo.

En el reflejo de la ventana más cercana vio que Joelle lo estaba observando. Estaba preocupada. Por él. Y aquello lo dejó anonadado. Observó su rostro, sus ojos, su boca, y vio lo que no había querido ver. Su juventud. Su inexperiencia.

—Eres preciosa —murmuró.

Joelle negó rápidamente con la cabeza y tomó su copa de champán a la vez que sus ojos se llenaban de lágrimas.

¿Qué estaban haciendo?, se preguntó Leo. ¿Qué estaba haciendo él? ¿Cómo iba a lograr algo de aquel modo? Aquél no podía ser precisamente el camino hacia la felicidad.

O tal vez no creía en la felicidad. Tal vez la felicidad no existía.

Él no quería hacerle daño a Joelle, ni a nadie,

pero las cosas no eran nunca fáciles y, obviamente, ellos no eran dos personas normales tomando decisiones normales. Ninguno de los dos podía permitirse olvidar sus responsabilidades.

Eran unos seres privilegiados. Y malditos.

La diferencia entre ellos era que él había aceptado su maldición y Joelle no. Ella estaba convencida de que aún podía conseguir algo diferente... algo más.

Pero ese algo más no existía. Él lo sabía muy bien.

Impulsivamente, se inclinó hacia ella y la besó. Oyó que contenía el aliento y sintió cómo se le ablandaban los labios bajo la presión de los suyos. Su cuerpo se endureció al instante. Deseó poder olvidar la cena y regresar a la villa. No quería seguir allí.

—Vamonos de aquí —dijo con aspereza.

En el trayecto de regreso se sentó muy cerca de Joelle. Mientras trataba de ignorar el calor que emanaba de él, Joelle pensó en las miradas que le había dedicado en el restaurante. Nadie la había mirado nunca tan directamente, con tanta concentración.

Trató de no pensar durante el trayecto y él tampoco habló. Pero la quietud de Joelle no se debía precisamente a la calma. Por dentro se sentía desesperada y asustada.

Cuando entraron en la villa, Leo la tomó de la mano y se encaminó con ella directamente hacia las escaleras.

—Vamos a la cama —dijo sin rodeos.

Capítulo 10

UNA vez en el dormitorio, Leo se volvió a echar la llave y luego se la guardó en el bolsillo.

—¿Es necesario que cierres la puerta? —preguntó Joelle, exasperada. No podía creer que volvieran a las andadas.

Mientras avanzaba hacia ella, Leo se quitó el jersey negro de cuello vuelto que vestía y soltó su cinturón.

—Nada ha cambiado.

Joelle dio un paso atrás, pero no lo suficientemente rápido. Leo apoyó las manos en sus caderas y la atrajo deliberadamente hacia sí.

«Tiene razón», pensó Joelle al sentir la inmediata reacción de su cuerpo. «Nada ha cambiado».

Cuando Leo deslizó una mano por su muslo y la introdujo bajo su falda, cerró los ojos y apoyó las manos contra su pecho.

Leo encontró la liga que sujetaba su media de seda y jugueteó un momento con ella. Cuando empezó a acariciarla por encima de las braguitas supo lo que quería. Recordaba muy bien el placer que experimentó al sentirlo dentro de ella... pero no pudo evitar recordar la mañana después. Las cosas ya se habían puesto muy difíciles entre ellos, y si hacían el amor, sólo conseguirían liarlas aún más.

—No podemos —dijo con voz temblorosa.

—De acuerdo —replicó Leo, pero aquello no le impidió tirar de las braguitas hacia abajo y comenzar a acariciarle el sexo directamente con un experto dedo a la vez que la besaba en el cuello.

Joelle sabía que estaba húmeda y lista para él, pero no quería sentirse mal luego.

Apretó los puños contra su pecho para tratar de contener las deliciosas sensaciones que Leo estaba despertando en su cuerpo.

—¿Podemos hablar de esto?

—Por supuesto. Habla.

Pero Joelle ya apenas era capaz de pensar coherentemente. Deseaba a Leo, lo deseaba dentro de ella... Desesperada, alzó las manos para tomarle el rostro y lo besó apasionadamente. Cuando sintió que él la penetraba profunda y lentamente con su dedo, un involuntario y sensual gemido escapó de su garganta. Al sentir que las piernas empezaban a temblarle, se apoyó contra él.

—No... voy a poder aguantar mucho más —susurró mientras él seguía acariciándola y se apoderaba por completo de sus sentidos.

Leo se apiadó de ella y la llevó a la cama.

Cuando se inclinó sobre ella, Joelle alargó la mano hacia su bragueta y le bajó la cremallera.

—Creía que querías hablar —dijo él, y sus ojos reflejaron la pasión que lo embargaba.

—Deberíamos hacerlo.

—¿Y?

—No puedo pensar en eso ahora. No puedo pensar en nada excepto en...

—¿En qué?

—En esto.

Leo la besó a la vez que deslizaba una mano lentamente a lo largo de su cuerpo. Joelle notó que volvía a introducirla bajo el vestido y le soltaba las medias del liguero. Cuando se las quitó, sintió que el aire fresco aliviaba un poco sus acalorados sentidos.

Leo alzó la cabeza y la miró a los ojos, tenso.

—Si no me deseas, dímelo ahora.

Parecía extrañamente joven, desafiante, preocupado... y sorprendentemente vulnerable. Joelle no entendía nada de aquello. Ni a él, ni a sí misma, ni la intensa química que había entre ellos.

—Pero claro que te deseo —dijo—. Ése es el problema.

Cuando volvió a besarla, Leo lo hizo con mucha más delicadeza, manifestando una ternura que nunca estaba en sus palabras.

De algún modo, el vestido de Joelle acabó en el suelo junto con sus braguitas y sus medias. No llevaba sujetador, de manera que se quedó desnuda.

Leo se colocó sobre ella y le hizo separar las

piernas con sus poderosos músculos.

Ella se estremeció, nerviosa, y de pronto volvió a sentir ganas de llorar. No conocía a Leo. En realidad no sabía nada de él, pero cuando se tocaban y sentía su calidez, lo único que quería en el mundo era estar con él.

Al sentir su erección contra ella se puso tensa. Su dureza y tamaño le hizo temer que aquello no pudiera funcionar, a pesar de que la primera vez no tuvo mayores problemas.

Se tragó su miedo y alargó las manos hacia él para rodearlo por los hombros.

—No tengas miedo —murmuró él mientras la besaba en el cuello.

Para Leo era fácil decir aquello, pensó Joelle mientras él le frotaba los labios del sexo con su miembro, haciendo que todo su cuerpo se tensara en respuesta. Pero ni siquiera era su cuerpo lo que la preocupaba. Su cuerpo era joven y resistente y, si tenía algún problema, podía superarlo. Lo que de verdad le preocupaba era su corazón.

Entonces sintió que Leo empujaba con más fuerza y empezaba a penetrarla lentamente. Además de la dureza sintió la calidez de su sexo y su cuerpo le dio la bienvenida alzando las caderas para aceptar su invasión.

La agridulce sensación anterior no fue nada comparada con la tormenta de necesidad y anhelo que experimentó.

Toda su vida se había sentido sola e incomprendida. Siempre había sido la pequeña princesita buena para todo el mundo. Pero ella no era una buena princesita. Era una mujer hambrienta y salvaje que quería ser libre, que quería se real. Quería sentir y amar.

—Tómame —susurró, desesperada por escapar de todos aquellos sentimientos que no podía controlar—. Tómame —repitió.

Leo la besó y Joelle se obligó a pensar tan sólo en las sensaciones que despertaba en su cuerpo con sus movimientos.

Más tarde, saciados, relajados, permanecieron tumbados uno junto a otro. Al sentir la calma que emanaba del cuerpo de Leo, Joelle sonrió.

—Puede que necesites más sexo —dijo al recordar todo lo sucedido desde su llegada—. Probablemente eso ayudaría a domesticar a la fiera que llevas dentro.

—¿La fiera?

—A veces está dormida, pero cuando despierta es muy fea.

Leo hizo una mueca.

—Tampoco soy tan malo.

—No, pero la fiera sí lo es.

Leo la miró un momento, pero no contestó. En lugar de ello, alargó una mano para acariciarle la cadera y la curva del trasero. Joelle contuvo el aliento. Acababan de hacer el amor pero Leo estaba volviendo a excitarla. Si no lo detenía, iba a acabar rogándole que volviera a tomarla de inmediato.

¿Pero cómo era posible que aún pudiera sentir algo por él? ¿Cómo podía seguir creyendo que lo amaba?

Leo era un hombre duro, terco, arrogante, orgulloso...

Sin embargo, en la cama no era nada agresivo. Su fiereza se veía atemperada por una gran ternura. En la cama era generoso. Amoroso.

¿Pero cómo podía ser amoroso si insistía en tratarla como una novia de la Edad Media, secuestrada y encerrada?

No tenía sentido. Y sin embargo, lo que sentía por él era más grande que la vida, más poderoso que nada que hubiera sentido antes.

Y tampoco era el sexo, aunque éste hubiera sido increíble. Algo en su interior se había alterado, se había abierto, dejando un espacio para que Leo invadiera su corazón. Se había encontrado a sí misma en él. Con él.

—¿Se te ha ocurrido pensar en algún momento que si nos tomáramos las cosas con calma y nos comportáramos como gente normal esto... lo nuestro... tal vez podría funcionar? —preguntó ella.

—Ya funciona.

Joelle hizo un esfuerzo por contener su genio.

—¿Te importaría que habláramos de esto con calma, sin amenazas, como dos personas adultas?

Leo rió sin humor.

—No hay nada de qué hablar. Firmamos un contrato, nos comprometimos...

—Meras formalidades.

—Hicimos el amor.

Joelle no dijo nada.

—Esta vez no he usado preservativo —añadió Leo.

Por un momento, Joelle no entendió, pero la realidad cayó de inmediato a plomo sobre ella.

Se apartó de Leo y se situó en el extremo de la cama. No había utilizado preservativo. Y ella ni siquiera había pensado en ello. ¿Qué le pasaba?

Leo se irguió sobre un codo y la miró.

—Podrías estar embarazada.

—No lo estoy.

—Pronto lo averiguaremos, ¿no te parece?

El teléfono de Leo sonó en aquel momento.

—No voy a contestar —dijo.

—Bien —Joelle apenas oyó lo que dijo—. ¿Cuándo te has dado cuenta de que lo habíamos olvidado?

Leo no contestó de inmediato. El teléfono volvió a sonar y lo miró por encima del hombro.

—Contesta si quieres —dijo Joelle sin ocultar su amargura. Acababan de hacer el amor y volvían a ser dos desconocidos.

—Me da igual.

—Sí, claro. Estás mirando el teléfono como si estuviera a punto de cobrar vida.

—Es una posibilidad —dijo Leo, cuya expresión no era precisamente benévola—. Sabía que no estaba utilizando un preservativo.

—¿Cuándo te has dado cuenta?

—En ningún momento he tenido intención de utilizarlo.

Joelle movió la cabeza, incrédula. Conocía a Leo lo suficiente como para saber que no estaba bromeando.

—Necesitas herederos —añadió él.

Porque era una princesa, pensó Joelle. Debido a que ella era la única que se había quedado en Melio, debía ser ella la que aportara nueva sangre al linaje de los Ducasse. Debía tener hijos para que heredaran. Debía tener hijos para que Melio contara con un futuro. Intelectualmente comprendía que debía

sacrificar su libertad personal por el bien de su país y su gente, pero no sabía si podría soportarlo emocionalmente. No sabía si podría negar quién era, sus necesidades.

Y ella necesitaba mucho.

Necesitaba un hombre fuerte a su lado, un buen hombre, un hombre que la amara por sí misma. No por su corona, ni por su isla.

—Es tu responsabilidad —añadió Leo.

Aquello no ayudó. Joelle no necesitaba que le recordaran cuáles eran sus responsabilidades.

La única época de su vida en que se había sentido relativamente libre había sido en Nueva Orleans, vestida con sus pantalones de cuero y sus botas, simulando que no era Joelle, sino Josette d'Ville, el verdadero nombre de su madre antes de que se convirtiera en la famosa Star.

—Superaremos esto —dijo Leo a la vez que alargaba una mano hacia ella, pero ella hizo caso omiso y salió de la cama.

—¿Cómo? —preguntó—. Apenas sabemos nada el uno del otro, y lo que sabemos no parece que funcione.

Entró en el baño, se puso un albornoz y regresó al dormitorio.

—Mira —dijo a la vez que alzaba la mano y señalaba la pulsera—. Mira esto, Leo. ¿Qué te dice esto? Sé lo que me dice a mí...

—Es sólo para protegerte.

—¿De quién? ¿De qué? Me la has puesto porque no confías en mí. Ni siquiera te gusto. Te asqueé desde el momento en que entraste en el Club Bleu.

—No me asqueaste. Me sorprendiste. Me confundiste.

—Te enfadaste. Estás enfadado y puede que tengas derecho a ello, puede que los relaciones públicas de Melio te vendieran una princesa que no existe, pero en algún momento tendrás que aceptarme tal como soy, porque no voy a cambiar.

—No hace falta que cambies.

—No seas ridículo. Por supuesto que esperas que cambie. De lo contrario no habrías hecho esto —Joelle volvió a alzar la muñeca.

Leo no dijo nada.

—Esperas que cambie —repitió Joelle, irritada—.

Esperas que me convierta en tu visión de una buena esposa, pero yo no sé cuál es esa visión y, francamente, no quiero conocerla si implica que tengo que dejar de ser yo misma.

—Puede que ambos necesitemos cambiar...

—¿Puede? —Joelle rió—. Tú no vas a cambiar, Leo, y yo no voy a cambiar lo suficiente como para satisfacerte. Seguirás enfadado conmigo y seguirás castigándome por no ser quien tú quieres que sea, por no ser la buena princesita que creías que era.

—Estás simplificando las cosas —dijo Leo con aspereza—. Nunca he pensado que fueras una «buena princesita», y puede que haya estado algo confuso...

—Enfadado —interrumpió Joelle.

Él la miró un momento antes de hablar.

—De acuerdo, confuso y enfadado. Pero no creo que nadie sea totalmente bueno ni totalmente malo... ni siquiera tú.

Estaba tratando de bromear y su expresión se había suavizado, pero Joelle fue incapaz de sonreír.

Un rato antes, entre los brazos de Leo, había estado a punto de creer que había una posibilidad para ellos, pero había demasiados problemas, demasiado dolor como para que las cosas pudieran funcionar.

Leo salió de la cama y avanzó hacia Joelle. Ella dio un paso atrás.

—Para, Leo. Para.

Él se detuvo a escasos centímetros. Afortunadamente, mantuvo las manos quietas.

—Debes comprender que esto no está funcionando —continuó Joelle mientras se ceñía protectoramente el albornoz—. Yo no puedo ser quién tú quieres que sea y tú no eres lo que yo necesito.

—Toda relación es complicada.

—La nuestra no sólo es complicada. También es autoritaria por tu parte, Leo —Joelle trató de sonreír, pero no lo logró—. Prácticamente me has secuestrado, me has encerrado con llave en el dormitorio, me has encadenado...

La mandíbula de Leo se tensó visiblemente.

—Necesitamos tiempo, Joelle. No quería perderte y pensé que necesitábamos estar juntos para conocernos mejor.

Había olvidado intencionadamente el preservativo, pensó Joelle. Quería dejarla embarazada, quería atraparla. No por amor o ternura, sino por el sentido del deber, que era precisamente lo que más la horrorizaba a ella.

—Creo que ya sabemos lo suficiente el uno del otro, ¿no crees?

Joelle vio que Leo se estremecía.

—Entonces, ¿por qué aceptaste casarte conmigo? ¿Por qué antepusiste la economía al amor?

—Lo hice por el abuelo. El año pasado no estaba bien. Necesitaba alguna esperanza, algo en que creer —Joelle respiró profundamente y trató de ignorar su dolor—. ¿Cómo puedes pensar que estaba pensando en la economía de mi país? Es obvio que aún no sabes nada sobre mí.

El teléfono empezó a sonar de nuevo y Joelle vio cómo se tensaba Leo al escucharlo.

—Puede que sea una emergencia —dijo.

—No lo es.

—Son casi las dos de la mañana.

—A mi madre le da igual.

—¿Tu madre? —repitió Joelle, desconcertada.

—La princesa Marina no está acostumbrada a seguir las reglas —Leo se volvió y fue por el teléfono—. ¿Sí?

Joelle vio que su ya severa expresión se endurecía.

Sólo captó algunos fragmentos de conversación en italiano, y no precisamente en tono pacífico, antes de que Leo colgara violentamente.

—¡Maldita sea! —masculló—. *¡Maledionze!* No puedo creer que esté volviendo a hacer esto.

—¿Qué ha hecho? —preguntó Joelle con cautela.

—Lo mismo de siempre.

Joelle fue a sentarse en el borde de la cama.

—Has estado pensando en ella toda la noche. Dime por qué.

Leo rió con amargura.

—Ojalá pudiera.

—Puedes. Ven a sentarte conmigo.

—No puedo...

—De acuerdo. No hables —dijo Joelle, irritada. Aquel hombre era peor que imposible—. Es mejor así.

Prefiero no llegar a conocerte. Así me costará menos olvidarte.

Leo suspiró.

—Hablaremos —dijo mientras recogía sus pantalones del suelo y se los ponía—. Pero ahora no podemos porque mi madre está aquí.

—¿Aquí?

—Abajo.

Capítulo 11

JOELLE no entendía qué podía querer la madre de Leo a aquellas horas de la mañana.

—Esperaré aquí —dijo.

—¿Vas a perderte los fuegos artificiales? —preguntó Leo burlonamente mientras abría la puerta y salía.

Al cabo de un momento, Joelle fue por unos pantalones y una blusa. Se estaba abrochando ésta cuando oyó el sonido de unas voces exageradamente altas. Leo y su madre se estaban gritando sin la más mínima contención.

Cuando salió al pasillo, pudo oír lo que estaban diciendo y se quedó paralizada.

—Te divertirías más si te relajaras un poco, príncipe...

—Ahora no, madre.

—No, ahora no, claro. Ya nunca tienes tiempo para mí. Estás demasiado ocupado recolectando países pequeños con problemas económicos y añadiéndolos a tus posesiones.

Joelle sintió que se le erizaba el vello de la nuca. No quería oír aquello, pero se sentía totalmente paralizada.

—Príncipe Leo Borgade, rey de Melio y Mejia. Debe de sonar maravilloso.

El silencio de Leo fue más revelador que cualquier palabra.

—Pronto serás dueño del mundo —añadió su madre displicentemente—. ¿Quién podría resistirse a ti? Eres rico, atractivo, tienes títulos...

—Todo eso no significa nada para mí. Lo dejaría todo a cambio de haber disfrutado de un día normal mientras crecía...

—Te lo di todo.

—No, madre. Me lo quitaste todo. Incluso ahora necesitas demasiado, y yo no puedo dártelo.

—¡Ni siquiera lo intentas!
Leo rió con aspereza.
—Tienes razón. No lo intento. Estoy cansado. Harto.
De pronto, se oyó claramente el sonido de una bofetada.
—¡Egoísta! ¡Miserable egoísta! —la voz de la princesa Marina se quebró—. ¡Eres un bastardo egocéntrico como tu padre!
A continuación, se oyó el sonido de unos zapatos de tacón en el vestíbulo y Joelle vio a una mujer alta y rubia que se encaminaba decididamente hacia la puerta. La mujer se volvió y la miró un momento antes de salir y cerrar de un portazo.
Leo apareció a continuación en el vestíbulo.
—Has perdido la ocasión de conocer a mi madre —dijo al ver a Joelle en lo alto de la escalera.
Joelle sintió que su pecho se encogía.
—La he visto un momento...
—Se le dan de maravilla las salidas, ¿verdad?
«Y las entradas», pensó Joelle.
—¿Qué ha pasado? —preguntó con cautela.
—Lo habitual.
Joelle miró a Leo, consciente de que estaba experimentando una docena de emociones diferentes y también de que no tenía intención de hablar de ellas.
—No te comprendo —dijo.
—¿Y qué crees que conseguirías si me comprendieras?
Joelle trató de controlar su irritación.
—Si estuviera embarazada y me viera obligada a casarme, me gustaría saber algo sobre el padre de mi bebé.
Leo suspiró y encendió la luz del vestíbulo.
—Podemos hablar mientras comemos —dijo, y se encaminó hacia la cocina.
Joelle lo siguió y se sentó a la mesa mientras él sacaba unos huevos de la nevera y empezaba a preparar una tortilla con hierbas y queso.
Cuando fue a tomar el queso de una estantería, Joelle se fijó en la marca que le había dejado la bofetada de su madre en el rostro.
¿Cómo podía hacer alguien algo así? ¿Cómo era

posible que una madre tratara así a su propio hijo? Sintió que se le hacía un nudo en la garganta.

—Tu madre te ha abofeteado —dijo, sin poder contenerse.

Leo alzó la cabeza y la miró. Su expresión era inescrutable.

—He sufrido cosas peores —contestó mientras seguía cocinando.

Cuando terminó, sirvió la tortilla en dos platos y entregó uno a Joelle.

—¿Sabe bien? —preguntó tras esperar a que la probara.

Ella asintió y tragó con esfuerzo. La tortilla estaba rica y tenía hambre, pues apenas habían comido, pero tenía el estómago encogido.

Leo fue el primero en terminar. Apartó un poco su plato y se quedó mirándolo. Joelle tuvo la sensación de que no estaba mirando nada. Estaba pensando y, por su expresión, sus pensamientos no debían ser precisamente alegres.

—Estoy... preocupada por ti —dijo.

Él hizo una mueca y se pasó una mano por el pelo.

—No hace falta que te preocupes. No es nada.

Pero las acusaciones de su madre, el resentimiento, la rabia... ¿cómo podía decir que no era nada?

—Pero tu madre te ha pegado...

—Estaba frustrada —Leo sonrió, pero la expresión de sus ojos era desolada—. La paciencia no ha sido nunca una de sus virtudes.

—¿Qué quería esta noche?

—No lo sé. En realidad nunca lo sé. Creo que ni ella misma lo sabe. A veces se pone así de frenética y de pronto quiere y necesita todo y no sabe cómo conseguirlo.

—¿Y entonces te pega?

—Pega a quien sea que tenga delante. Pero creo que yo soy su diana favorita. Soy fácil —Leo se levantó, recogió rápidamente los platos y los llevó al fregadero—. ¿Quieres un café?

Joelle sintió que Leo necesitaba hacer algo para mantenerse ocupado y asintió.

Unos minutos después, el café estaba listo y él volvió a sentarse.

—Voy a contarte una historia —dijo—, pero tienes que prometerme que no me interrumpirás y que no dirás nada cuando termine.

Joelle arqueó una ceja.

—¿No puedo decir nada?

—No. Cuando acabe de contarte la historia, no quiero preguntas ni comentarios, nada que pueda avergonzarme ni que requiera tus manifestaciones de compasión.

—Eso no me parece muy justo.

—La vida no es justa.

—Ya lo sé, pero no se puede ofrecer contar algo a alguien y luego poner condiciones...

—Aunque no se pueda, eso es exactamente lo que estoy haciendo.

Joelle tomó su taza de café y le dio un sorbo. No entendía a aquel hombre. No entendía qué lo motivaba, qué lo emocionaba, qué quería de la vida.

—De acuerdo —dijo—. Cuéntame tu historia y prometo no decir una palabra cuando hayas terminado.

Leo permaneció largo rato callado, como si no encontrara las palabras adecuadas para empezar. Finalmente, suspiró.

—Mis padres se separaron muy pronto. Por motivos en los que no voy a entrar, se decidió que yo estaría mejor con mi madre. Después de la separación, no vi a menudo a mi padre.

—Pero ahora tienes una buena relación con él...

Leo dedico a Joelle una severa mirada.

Ella asintió rápidamente.

—Nada de preguntas ni comentarios. Lo siento.

—A mi madre no le gustaba estar sola —continuó Leo—. Pero mi madre no se comporta como las demás personas, de manera que no paramos de viajar por todo el mundo. Trataba de hacer nuevas amistades, o más bien nuevas alianzas, y a veces tenía éxito y otras no, pero su inestabilidad lo estropeaba siempre todo. No era capaz de estar sola un sábado por la noche, de no salir. La desesperaba perderse cualquier cosa —Leo sonrió sin humor—. Y las cosas empeoraban si tenía que estar conmigo. No creo que se diera cuenta de lo cruel que podía llegar a ser. Solíamos jugar a un juego. Ambos nos poníamos nuestras mejores ropas y salíamos como si tuviéramos

una cita. Íbamos a lugares de moda donde siempre había hombres ricos y atractivos y mamá me tomaba de la mano y me sonreía como si fuera su hombre. Su hombre favorito.

Leo apartó la mirada y permaneció un momento en silencio antes de continuar.

—Me encantaba esa parte de las noches. Me encantaba que me tomara de la mano y me besara. Nadie me parecía más bella que mi madre cuando salía. Una vez en el restaurante, el club, o el sitio que fuera, mamá buscaba la mejor mesa, la más visible y con mejor visibilidad, ya que el propósito de todo el asunto era ver y ser visto. Durante un rato, era capaz de contenerse si todas estaban ocupadas, pero si nadie se iba empezaba a desesperarse —rió con aspereza—. Me tomaba de la mano e iba de mesa en mesa preguntando si podían cedérnosla...

—¿Cederos la mesa? —interrumpió Joelle sin poder contenerse—. ¿Pretendía que quien ocupaba la mesa os la cediera?

La sarcástica sonrisa de Leo lo dijo todo.

—Siempre decía que era mi cumpleaños. Era su hijo de cinco años. De seis. De siete. Etcétera. Jugamos a ese juego durante años. A veces conseguía que le dejaran la mesa y otras no, pero ella nunca se rendía. Acababa encontrando un lugar y me dejaba fuera, en algún lugar donde pudiera tenerme controlado pero con aspecto de estar mucho más disponible que cuando me tenía a su lado.

Joelle empezaba a sentirse enferma. No podía imaginar a ninguna madre llevando a su hijo a un lugar para adultos y abandonándolo luego.

—Normalmente nos quedábamos hasta media noche, a no ser que alguien ofreciera a mamá llevarla a casa. Pero solían pasar muchas horas desde que mi madre encontraba la mesa hasta que encontraba un acompañante. A veces llegaba a olvidarse de que yo estaba esperando fuera. Podía pasarme fuera horas. Alguien acababa apiadándose de mí casi siempre, normalmente una mujer o algún abuelo que me llevaban a su mesa. Entonces era cuando mi madre se acordaba de mí, justo antes de que alguien fuera a avisar al dueño del local, y sonreía alegremente, como si todo

fuera maravilloso y estuviera enormemente agradecida por que alguien se hubiera molestado en hablar conmigo, sobre todo teniendo en cuenta que era mi cumpleaños.

Joelle sintió que su corazón no podía encogerse más.

—Tuviste muchos cumpleaños —dijo.

—Docenas cada año.

En el silencio que siguió, Joelle se preguntó cómo era posible que una madre pudiera ser tan insensible, tan egoísta.

Sin duda, la princesa Marina debía ser una mujer desesperada, se dijo, tratando de justificarla de algún modo.

Su madre había sido muy distinta. Renunció a todo, a su profesión, a su identidad, a su cultura y a su país, para ofrecer a sus hijas la estabilidad necesaria.

—Leo... —empezó, pero él la interrumpió con un seco movimiento de su cabeza.

—Déjame tu mano —dijo y tomó a Joelle por la muñeca para quitarle la pulsera, que a continuación tiró a una papelera cercana—. Eso ya no es necesario.

Joelle se frotó la muñeca. No había ninguna marca en ella, ningún indicio de que había estado allí, pero ambos sabían que así había sido. Y ambos sabían lo que significaba aquel gesto.

Leo la estaba dejando ir.

El también sabía que todo había acabado.

—Lo siento —dijo con voz ronca—. Perdóname.

Los ojos de Joelle se llenaron de lágrimas. Parpadeó y asintió.

—Lo comprendo.

—Mereces algo mejor. Mereces alguien que pueda amarte adecuadamente. Cariñosamente —Leo hizo una mueca—. Yo no soy de esa clase de hombres.

Joelle no sabía si su corazón podría encogerse más.

—Somos lo que somos —dijo, y apartó la mirada para tratar de contener las lágrimas.

Leo no confiaba en ella y probablemente nunca sería capaz de hacerlo. Y lo cierto era que ella tampoco confiaba en él.

Sin embargo, y a pesar de saber que era libre para levantarse e irse, no se sentía capaz de hacerlo. Al menos todavía.

—Vamos a tomar un poco el aire —dijo Leo—. Podemos ir a la playa.

A pesar de la hora, Joelle pensó que sería mejor dar un paseo que pasarse la noche dando vueltas en la cama.

Mientras salían de la cocina, Leo se preguntó por qué habría sentido el impulso de contarle todo aquello a Joelle. Nunca hablaba de su pasado con nadie, y menos aún sobre la vida que llevó con su madre.

Había vuelto a perder el control, algo nada habitual en él hasta que había ido a Nueva Orleans.

A pesar de la hora, soplaba una brisa cálida. Leo se encaminó directamente a la orilla y, ya descalzo, dejó que el agua de las olas cubriera sus pies.

De pronto estaba sintiendo demasiado. Pensando demasiado.

Metió las manos en sus pantalones y miró a lo alto. Unas nubes cubrían parcialmente la luna. No podía ver mucho, pero sí sentir. Era increíble. Uno podía pasarse quince o veinte años reprimiendo el dolor y de pronto, en unos días, todo lo acumulado le estallaba en la cara.

—Los niños son tan malditamente atentos y serviciales... —dijo, sin mirar a Joelle. Se preguntó cómo había podido ir todo tan mal. Años atrás, tras escapar a un internado y luego a la universidad, juró que nunca volvería a ser vulnerable. Nunca permitiría que nadie se le acercara demasiado. Y lo había logrado... hasta hacía poco.

Se suponía que no tenía que enamorarse de Joelle. Había buscado un matrimonio concertado precisamente por eso. Y, según el rey Remi, Joelle era todo lo que él necesitaba: inteligente, estable y hogareña.

La miró de reojo. Inteligente, sí. Estable, bastante. Pero no precisamente hogareña.

Se estaba enamorando de ella de todos modos, y Remi no se había equivocado al decir que era una joya. A él le recordaba a un espléndido rubí; lujoso, fiero, apasionado, lleno de luz. Veía el

mundo diferente a través de sus ojos, veía cosas que nunca había visto y, de algún modo, se encontraba necesitado, anhelante, enamorado...

Y no estaba preparado para unas emociones tan intensas, algo que lo asustaba y enfadaba a la vez.

De manera que había hecho lo que su madre solía hacer. Había tratado de encadenarla a él, había utilizado la culpabilidad, la intimidación, para someterla...

—De todas las princesas que hay en el mercado, ¿por qué me elegiste a mí? —preguntó Joelle de pronto.

Leo la miró y pensó que nunca había estado más bella que en aquellos momentos, a la luz de la luna.

Se sintió duro y cruel como nunca.

—Eras una perfecta adición para mi imperio —parecía absurdo pensar que la había querido por su título, por su linaje, por su país. Pero aquel era precisamente el motivo por el que había querido hacerse con ella.

—Melio —se limitó a decir Joelle.

—Es un país increíble. Siempre me he sentido atraído de un modo especial por su gente y su paisaje.

—¿Y qué va a pasar con tu imperio ahora?

—Que va a quedar reducido.

—Lo siento.

—No lo sientas. Es mejor así.

¿Lo era?, se preguntó Joelle mientras se agachaba a tocar el agua. Ella necesitaba un marido y Melio necesitaba una boda. En muchos aspecto, Leo podría haber sido el príncipe ideal para ella.

No sabía si alguna vez volvería a conocer a un hombre como él, que la hiciera sentirse viva e increíblemente bella en la cama. Pero no podía construir un futuro basado en el sexo, ni en la relación que tenían en aquellos momentos. Sólo faltaban dos semanas para la fecha concertada para la boda, tiempo insuficiente para conocerse como era debido.

Por muy romántico e inverosímil que fuera, ella quería un matrimonio como el de sus padres, en el que lo más importante siempre fue el amor que se profesaron y sus hijas. Su padre siempre amó a su

madre tal cual era, sin tratar de hacerla cambiar.

Ella anhelaba aquella aceptación por parte del hombre con el que fuera a casarse.

—¿Conociste a mis padres? —preguntó al pensar que no habría sido extraño que sus caminos se hubieran cruzado en algún momento.

—No —Leo dudó—. Pero asistí a su funeral.

—Yo no recuerdo el funeral —dijo Joelle.

—Sólo tenías cuatro años.

Joelle se encogió de hombros y por un momento deseo ser Nic o Chantal. Al menos ellas tenían recuerdos de sus padres. Tenían algo a qué aferrarse. Ella sólo tenía unas cuantas fotos. Y las historias que le habían contado otros.

De pronto, todo el cansancio acumulado durante aquel tenso día cayó sobre sus hombros como una losa.

—¿Qué te parece si regresamos a casa? —preguntó.

De vuelta en el dormitorio, hubo un momento de tenso silencio mientras se miraban, conscientes de que había llegado el final y de que ya todo era cuestión de formalidades.

Leo pasó una mano tras la cintura de Joelle y la atrajo hacia sí.

—¿Volveremos a vernos? —preguntó ella, luchando con uñas y dientes para no romper a llorar.

Leo la tomó con ambas manos por el rostro.

—Tal vez —murmuró antes de besarla.

El beso fue distinto a todos los anteriores. Fue dulce, inocente, dolido...

Joelle lo rodeó por el cuello con los brazos y lo estrechó contra sí, esforzándose por acumular todos los recuerdos posibles de aquella última noche.

Hicieron el amor despacio, pausadamente, sin la desesperación de otras veces.

A la mañana siguiente, Joelle no recordaba haberse quedado dormida. Estaba en brazos de Leo, con el rostro húmedo a causa de las lágrimas y los labios presionados contra su pecho mientras alcanzaba un segundo orgasmo y de pronto estaba despierta. Y sola.

Se irguió con el pecho oprimido. Algo había sucedido. Algo malo. Entonces se dio cuenta de qué se trataba. Las cosas de Leo habían desaparecido.

Se había ido mientras ella dormía.

No tardó en encontrar la nota que dejado para ella.

Mientras la leía una y otra vez, las lágrimas no dejaron de brotar de sus ojos.

El mundo es tuyo, bella.

Leo

Capítulo 12

Nueva Orleans, Louisiana

—¿Te dejó una nota y eso fue todo? —repitió Lacey, incrédula.

—Eso fue todo —Joelle se apoyó contra el respaldo de su silla en el balcón del apartamento que compartía con Lacey.

Hacía un día que estaba de vuelta pero planeaba quedarse indefinidamente, y si iba a hacerlo, necesitaba librarse de aquella parte y dar todas las explicaciones de una vez antes de seguir adelante.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Lacey.

Por un instante, Joelle tuvo dificultades para respirar.

—Fatal.

—Lo siento.

—Estas cosas pasan.

Lacey miró a Joelle con expresión preocupada.

—Creo que te quería.

—Sólo era deseo —corrigió Joelle, que tuvo que esforzarse por ocultar su amargura—. Uno no se enamora en diez días.

—Por lo que me has contado, fueron diez días bastante intensos.

—Todo con Leo era intenso. Además, él no tenía ni idea de lo que yo quería o necesitaba —Joelle respiró profundamente. No pensaba llorar. No iba a desmoronarse. El cuerpo de Leo era magnífico, pero lo que ella había buscado había sido su corazón, su respeto, su fe en ella. Sin todo aquello, la increíble atracción física que había entre ellos no era nada—. Pensé que podría casarme basándome en el sentido del deber, pero es obvio que no me conocía a mí misma. No sabía hasta qué punto me importaba que me amaran por mí misma, tener a alguien que me quisiera a mi... no mi título o mi país —se obligó a encogerse de hombros a la vez que intentaba librarse

de sus opresivos pensamientos—. De manera que el compromiso y la boda se han cancelado y estoy lista para volver al trabajo y seguir adelante con mi vida.

—¿Y tu abuelo está de acuerdo?

—El abuelo ha aceptado que pase uno o dos años más por mi cuenta.

—¿Y tus hermanas?

—Chantal y Nic han sido mucho más comprensivas de lo que esperaba. Por lo visto, tuvieron que pasar por situaciones muy parecidas a la mía, pero yo no lo sabía. Nunca hablamos de ello —Joelle respiró profundamente y apartó el pelo de su rostro—. Hace calor. Había olvidado el bochorno que puede hacer en esta ciudad en verano.

—Es como un horno húmedo y, para variar, me temo que vamos a tener tormenta —dijo Lacey a la vez que se abanicaba con una mano.

Cuando al cabo de un momento sonó un trueno, las dos amigas entraron rápidamente al apartamento.

Joelle no tuvo ninguna dificultad en recuperar su trabajo de cantante en el Club Bleu.

La rutina era buena para ella en aquellos momentos. Cantar en público la mantenía ocupada, centrada. Cuando estaba en el escenario, lo olvidaba todo, incluyendo su destrozado corazón.

El verano fue bochornoso, pero el otoño no tardó en llegar y el intenso calor comenzó a remitir. Para cuando llegó el invierno, Joelle se sentía casi humana.

Tomó un trabajo extra como camarera por las mañanas. El dinero le venía bien y la sensación de ser capaz de valerse por sí misma resultaba reconfortante. Además, así estaba tan ocupada, que apenas tenía tiempo para pensar.

Una tarde del siguiente verano, mientras escuchaba en el almacén del club por segunda vez un recado que le había dejado su abuelo en el móvil, Chet, el dueño del Club Bleu, se asomó a la puerta.

—Empiezas en dos minutos, Josie.

Joelle asintió mientras seguía escuchando el mensaje. Echaba de menos a su abuelo, Melio. Durante

aquella temporada había regresado en una sola ocasión para celebrar su veintitrés cumpleaños. Tal vez hubiera llegado el momento de hacer otra visita.

Chet volvió a asomarse y señaló ostensiblemente su reloj.

—Espabila, Josie. Tienes que salir ya.

Joelle colgó el teléfono y se levantó.

—No hay problema —contestó con calma. En la superficie, nada la alteraba. En la superficie era la última sensación de los clubes de Nueva Orleans y era fácil aparentar calma. Nadie sabía quién era en realidad. Nadie sabía por lo que había pasado su corazón—. Estoy lista.

En el escenario, las notas del bajo de Benny comenzaron a marcar un seductor ritmo. Mientras tomaba el micrófono, Joelle notó que el club estaba abarrotado aquella noche. Estaba lleno porque habían ido a verla a ella, porque había llegado a convertirse en alguien en Nueva Orleans, no por su título o por el nombre de su familia, sino a base de duro trabajo.

Pero saborear el éxito no podía compararse con la intensidad que había experimentado al enamorarse.

«Olvídate de eso», se dijo mientras empezaba a cantar.

De pronto tuvo que esforzarse por recordar la letra, por encontrar el sonido de su voz.

No entendía qué le pasaba. Algo no andaba bien aquella noche. Se sentía incómoda, emocionada...

«Céntrate, y termina la canción, Jo», se dijo con firmeza. Nada había cambiado, nada era diferente... pero algo en su interior le decía que todo era diferente.

Cerró los ojos, tomó el micro con ambas manos y se entregó de lleno a su voz.

Aquella noche lo dio todo. Aquella noche dejó que su voz destilara el dolor de su corazón, algo de lo que jamás hablaba durante el día.

Iluminada por los focos del club, admitió lo que nunca habría admitido ante ningún otro.

Aún echaba de menos a Leo. Aún soñaba con él cada noche. Había salido con otros hombres durante aquel año y había dejado que la besaran, pero ninguno de ellos había sido Leo.

«Al menos tienes tu música», se dijo. «Nadie puede quitarte eso»

Hora y media más tarde, cuando terminó la última canción, el público rompió a aplaudir enfervorecidamente. Joelle había estado tan concentrada, que tardó unos momentos en volver a la realidad.

—Bien hecho —dijo Benny el bajista al pasar junto a ella—. Esta noche te has dejado el alma cantando.

Joelle logró sonreír. Se sentía extrañamente sensible, a punto de llorar.

—Gracias, Benny. Nos vemos el sábado.

Se agachó para guardar la guitarra en su funda y aprovechó la circunstancia para frotar una díscola lágrima de su mejilla.

Después, con la funda al hombro, salió del escenario.

—¿Josie?

La profunda voz hizo que Joelle se quedara petrificada en el sitio.

Llevaba un año sin oír aquella voz, pero en realidad no había dejado de escucharla en sus sueños cada noche.

Cuando se volvió hacia Leo, olvidó por un momento el tiempo, la historia, el dolor. Había pasado tanto tiempo... lo había echado tanto de menos. Lo miró como queriendo bebérselo, como queriendo abarcarlo de una sola vez. Y la oscura mirada de Leo le permitió saber lo que quería... y la quería a ella. En cuerpo y alma.

—Leo... —murmuró, temiendo que las rodillas fueran a fallarle en cualquier momento.

—Has estado maravillosa —dijo él, y ella sintió que su voz le envolvía el corazón.

—Gracias —contestó, incapaz de añadir nada más.

—¿Cómo estás?

—Bien —Joelle tragó con esfuerzo—. ¿Y tú?

—También bien —Leo sonrió irónicamente—. Estás siendo muy cortés.

—Somos amigos, ¿no? No enemigos.

Leo captó un matiz de amargura en el tono de Joelle.

—Amigos —repitió con suavidad, pero su mirada se endureció—. ¿Puedo invitarte a cenar?

—No puedo. Mañana tengo que madrugar.
—Comprendo.
Joelle sintió que su corazón se encogía.
—Trabajo de camarera en Brennan's los domingos por la mañana. ¿Recuerdas el Brennan's? —al ver que Leo asintió, ella añadió—: Los desayunos en el Brennan's son famosos y durante las mañanas suele haber mucho trabajo.
—Tendré que ir alguna vez.
Joelle sintió que los ojos le ardían.
—Debería irme.
—No pensarás ir andando a casa, ¿no?
—Sólo está a unos bloques de aquí.
Joelle notó que Leo se esforzaba por no criticarla.
—Te acompaño. Dame la guitarra.
—Leo... —Joelle se interrumpió al ver su expresión—. De acuerdo.
Caminaron en silencio. El verano había regresado y el calor era sofocante. Probablemente no tardaría en llover.
Al llegar al apartamento de Joelle, Leo subió las escaleras con ella.
—¿Quieres pasar? —preguntó Joelle con evidente falta de naturalidad cuando abrió la puerta.
—Puede que en otra ocasión —dijo Leo mientras se volvía—. Buenas noches.
Joelle entró en el apartamento y cerró la puerta.
Leo se había ido. Sabía que debería sentirse aliviada por ello, pero se sentía mal.
No debería haber permitido que se fuera.
Debería haberle pedido que se quedara.
Debería...
Pero era mejor así.
Sus ojos se llenaron de lágrimas. ¿Por qué era mejor así? ¿Qué era lo mejor?
Trató de calmarse, pero se sentía perdida.
Leo estaba allí. Estaba allí. Y ella lo había dejado ir.
Un intenso dolor atenazó su corazón. «Pero no pasa nada», se dijo valientemente. «Así es la vida. Así es el amor. Así van a ser las cosas para ti».
Pero en el fondo no quería que fuese cierto, porque cuando había visto a Leo aquella noche, sólo

había sentido esperanza y...

Necesidad.

Una inesperada llamada a la puerta hizo que su corazón diera un vuelco. ¡Leo había vuelto! Sintió un intenso alivio mientras corría a abrir. Pero no fue a Leo a quien encontró tras la puerta, sino a Lacey.

—Menos mal que estabas en casa —dijo Lacey con evidente alivio—. He perdido mi llave y temía tener que quedarme fuera.

A la mañana siguiente, Joelle prácticamente tuvo que arrastrarse fuera de la cama. Tras ducharse y vestirse fue a la cocina.

—Hola —Lacey, que también estaba recién levantada y tenía el pelo completamente revuelto, la miró con expresión preocupada—. ¿Te encuentras bien? No te veo con esa cara desde... desde el pasado junio.

Joelle se ocupó de preparar el café para no tener que mirar a su amiga a los ojos.

—No he dormido bien.

—¿Sucedió algo anoche?

—No. ¿Por qué?

—Simplemente me lo preguntaba.

Joelle tomó su café rápidamente y salió del apartamento. Mientras caminaba hacia el Brennan's se preguntó por qué no le había hablado a Lacey de la repentina visita de Leo. Tal vez se debía a que ella no había llegado a asimilarla todavía. No tenía sentido que estuviera allí y hubiera ido a verla, a menos...

A menos...

Pero Joelle no quería entrar en aquello y, una vez en el restaurante, se dejó llevar por la intensa actividad que la aguardaba aquella mañana.

Para cuando terminó su turno a las dos estaba agotada. Había pensado en Leo, pero no excesivamente y, tras cambiarse y despedirse de sus compañeros, salió del Brennan's por la puerta trasera.

Hasta que no llegó al final del callejón no se fijó en la presencia de Leo ante el restaurante.

Casi esperaba verlo... pero no esperaba el fiero sobresalto de reconocimiento que experimentó.

Leo avanzó rápidamente hacia ella.

—Esta noche no trabajas en el Club Bleu —dijo sin preámbulos.

Joelle se tensó. No podía hacer aquello. No podía entregarse a él así como así. Había sido fácil perdonarlo, pero había sido duro olvidarlo y, por el modo en que estaba reaccionando su cuerpo, era obvio que no había tenido ningún éxito en su afán por distanciarse de él.

—Sé que ahora estás libre —añadió Leo—. No volverás a trabajar hasta mañana y Lacey me ha dicho que estaba segura de que no tenías planes para la tarde.

—¿Cuándo has visto a Lacey? —preguntó Joelle, aturdida.

—Ayer, cuando llegué.

—No me ha dicho nada.

—Le pedí que no lo hiciera.

—Se supone que es mi amiga.

—Y lo es.

Sus miradas se encontraron en una batalla de voluntades. Las cosas no habían cambiado, pensó Joelle, que tuvo que morderse la lengua para no decir algo desagradable. Leo seguía tratando controlarla.

—En ese caso, debería haberme dicho que estabas aquí.

—Joelle...

—¿Qué? —espetó ella.

—Da igual. No quiero forzar la situación, *bella.*

Joelle se sentía incapaz de mirar a Leo. Pero estaba tan cerca, que se hubiera derretido si la hubiera tocado. Respiró profundamente y trató de ser objetiva.

—No sé cómo hacer esto. Me he esforzado tanto por olvidarte que... —ella movió la cabeza, impotente—. Verte de nuevo supone una auténtica agonía. No esperaba que fuera a suceder.

—Sabías que te amaba.

—Pero te fuiste.

—Ambos sabemos por qué.

Un trueno resonó en el cielo, indicando que se avecinaba tormenta. Leo miró a lo alto y luego señaló un café que había en la esquina.

—¿Quieres que vayamos a tomar algo ahí?

Joelle conocía el café y nunca le había gustado demasiado. Servían mal la cerveza y las palomitas que ponían de aperitivo estaban rancias.

—No especialmente.

—Va a llover.

Joelle miró a su alrededor. La calle estaba prácticamente vacía porque todo el mundo sabía que iba a llover.

—Podemos ir a mi apartamento.

Acababa de hablar cuando empezaron a caer las primeras gotas.

Leo la tomó del brazo y la condujo directamente al bar. Unos segundos después, el cielo pareció desplomarse sobre Nueva Orleans.

—Más vale que pidamos algo de beber —dijo Leo—. Me temo que esto va a durar un rato.

Joelle lo miró con el ceño fruncido.

—En el fondo, te alegras de que hayamos tenido que entrar aquí.

—Trata de pensar en ello como en una oferta de paz.

Joelle apretó los puños a los lados.

—¿Y por qué será que yo no me siento nada pacífica?

Leo rió con suavidad.

—Eso es algo que sólo tú puedes contestar. Y ahora, será mejor que nos sentemos y pidamos algo de beber.

Joelle suspiró.

—Supongo que tendremos que matar el rato de algún modo.

Capítulo 13

LO tenías planeado —dijo Joelle, que se cruzó de brazos para tratar de distanciarse anímicamente de Leo. Le había costado tanto olvidarlo, que no podía soportar estar sentada tan cerca de él.

La mirada de Leo brilló cuando sonrió.

—Es cierto. Lo de la tormenta lo organicé cuando hice la reserva en mi hotel.

Joelle apartó la mirada. Leo la estaba observando de cerca, posesivamente, y cada vez se sentía más afectada.

—No podemos seguir aquí.

—¿Por qué no?

—Porque es un bar desagradable.

—Yo me siento cómodo.

—Pues yo no. Y no me fío de ti.

—Nunca te has fiado de mí.

Joelle recordaba su deseo, pero no el efecto que Leo había tenido sobre ella y, por algún motivo, en medio de aquella taberna que olía a cerveza y a palomitas rancias, se sentía increíblemente amenazada.

Leo representaba todo lo que quería en la vida, pero también todo lo que temía.

Leo había transformado su mundo. Si permitía que volviera a acercarse a ella, volvería a hacerla suya. Si dejaba que la tocara, dudaba que las defensas que había erigido en torno a su corazón fueran a resistir.

—¿Te ha enviado mi abuelo? —preguntó con amargura.

—No.

—¿Sabe que estás aquí?

Leo alzó una ceja.

—No. ¿Necesitaba su permiso para visitarte?

Joelle sintió que su pecho se encogía.

—¿Qué es lo que quieres?

—¿Tú qué crees?

—No puedes tenerme.
—Claro que puedo. Estoy hecho para ti.
—No.
—Y tú estás hecha para mí.
—Tonterías.
El ronco sonido de la risa de Leo hizo que el cuerpo de Joelle vibrara de arriba abajo.
—Te concedí tiempo, *bella.* En realidad nunca te dejé marchar.
Joelle lo miró con expresión incrédula.
—Ha pasado un año, Leo. Un año. Ya no hay relación, ni compromiso, ni boda...
—Todavía.
—Ni todavía ni nunca.
—Aún me quieres tanto como yo te quiero a ti.
Joelle apartó la mirada, furiosa. ¿Cómo podía hacerle aquello Leo? ¿Cómo podía hacer afirmaciones tan arrogantes?
—No tienes ni idea de lo que quiero.
—¿No? —preguntó Leo burlonamente.
—No —repitió Joelle con firmeza.
No iba a permitir que la apabullara de nuevo. En esta ocasión se sentía muy despierta. Si Leo la quería de verdad, iba a tener que conquistarla a través del corazón, no de los sentidos.
—Deja que te cuente una historia.
Joelle estuvo a punto de reír.
—No me interesa.
—Es una historia interesante.
—Lo dudo.
Leo entrecerró los ojos.
—Te estás delatando, *bambina.* Estás revelando demasiado. Si quieres mostrarte indiferente debes mostrar menos emoción.
Joelle se ruborizó y apretó los labios.
—Ya que pareces empeñado en ello, cuéntame tu historia —dijo, tratando de mostrarse despreocupada.
—Tienes que prometer que no dirás nada y que no me interrumpirás.
Otra vez no. Joelle tuvo que esforzarse por mantener la calma.
—De acuerdo.
Leo asintió con expresión de triunfo.
—Érase una vez una niña llamada Josette Destinee

d'Ville, mejor conocida como Star. Star procedía de una familia muy pobre de las afueras de Baton Rouge...

—Ya he oído esa historia.

—Pero tenía una gran voz y soñaba a lo grande —continuó Leo sin hacerle caso—. Nadie trabajaba más duro que ella y acabó convirtiéndose en una de las cantantes de pop más famosas de los Estados Unidos. Pero cuando estaba en la cumbre de su carrera se enamoró de un atractivo príncipe, se trasladó a Europa y renunció a su carrera.

Joelle sintió que su estomago se encogía.

—Ésa no es precisamente mi historia favorita.

—Mejora.

—No creo.

—Yo sí. Ya que conoces la historia, supongo que sabrás que Star tuvo dos hijas, dos princesitas llamadas Chantal y Nicolette, a las que ella y su marido adoraban. Pero Star no se sentía completa...

—Porque echaba de menos su música.

Leo sonrió.

—No. Porque quería un bebé más, quería que hubiera otro Ducasse en el mundo. Y se pasó los seis años siguientes tratando de tenerlo. Se quedó embarazada otras tres veces, pero abortó espontáneamente en las tres ocasiones y el médico le dijo que no podía arriesgarse a pasar por un nuevo embarazo.

Leo vio el dolor que reflejó la mirada de Joelle, el dolor de todos los años que se había sentido sola.

Cuando alzó una mano para acariciarle la mejilla, ella no apartó el rostro.

—Pero Star no podía aceptar no tener un tercer hijo. Lo quería con todas sus fuerzas, aunque no podía explicar a Julien ni a nadie por qué. Para distraerla, su marido trató de que volviera a centrarse en la música, pero ella no quería saber nada. Quería tener un bebé. Sabía que había un bebé más para ella en el mundo.

Los ojos de Joelle se llenaron de lágrimas y su labio inferior tembló.

—Y haciendo caso omiso de las órdenes del médico, volvió a quedarse embarazada. Fue un embarazo

difícil, pero luchó por su bebé, minuto a minuto, día a día, mes a mes. Nueve meses después dio a luz a una preciosa niña a la que llamaron Joelle. Finalmente, Star logró sentirse completa.

A pesar de sus esfuerzos por evitarlo, Joelle sintió que las lágrimas se deslizaban por sus mejillas. Se frotó rápidamente éstas, pero fue inútil.

—No es de extrañar que sientas tal necesidad de ser tú misma —dijo Leo con delicadeza—. Tienes el corazón de tu madre y todos sus sueños y deseos en tu interior.

Joelle se cubrió la boca con la mano, consciente de que iba a desmoronarse en cualquier momento, consciente de que había pasado demasiado tiempo tratando de ser fuerte e independiente, tratando de estar bien consigo misma. Había sido muy duro y echaba de menos su hogar, a sus padres, a su familia...

Echaba de menos amar y ser amada.

Echaba de menos a Leo más de lo que podía expresar con palabras.

De pronto, Leo la tomó entre sus brazos y la estrechó contra sí.

—Mereces algo mejor —dijo, reteniéndola contra su pecho—. Merecías algo mejor de lo que te ofrecí.

Joelle fue incapaz de pronunciar palabra. Las intensas emociones que la embargaban amenazaban con sobrepasarla. Pero Leo estaba allí, abrazándola, y pudo sentir la fuerza con que latía el corazón en su pecho.

Enterró el rostro en su cuello. No quería pensar. Sólo quería sentir su calidez, aspirar su aroma, sentirlo a su lado. Nadie la había abrazado nunca como él lo hacía. Nadie la había hecho sentirse nunca tan viva.

Apoyó una mano contra su pecho.

—Te he echado de menos.

—Ha sido un infierno permanecer alejado de ti.

—¿Y por qué lo has hecho?

Leo se encogió de hombros.

—Tenía unas cuantas cosas que resolver.

—¿Qué cosas?

—Tenía que asumir mi pasado, aceptar que estaba

furioso con mi madre y que debía enfrentarme a esa furia si no quería que arruinara mi futuro. Ya había empezado a destruir la relación que quería contigo.

Joelle estaba tan concentrada en las palabras de Leo, que apenas podía respirar.

—Me avergüenza haberte puesto esa pulsera. Me avergüenza haberte hecho daño, haberte controlado como lo hice. Me desesperaba la idea de perderte y a la vez me asustaba amarte tanto.

Amarte tanto...

Amarte...

Joelle cerró los ojos.

—¿Tú me amas?

Leo tomó su rostro entre ambas manos para que lo mirara.

—Más de lo que jamás creí que pudiera amar a nadie. Más de lo que quería amar a nadie. He aprendido mucho este año. Me he esforzado mucho para hacer las paces con mi madre y la he perdonado por lo que hizo, por lo que no pudo darme. Ahora me siento preparado para tener un futuro contigo, para llevar la vida que quiero llevar contigo.

—¿Todo esto es por... Melio? —preguntó Joelle, sin ocultar su temor.

Leo rió.

—Soy un hombre asquerosamente rico, Joelle. Tengo más castillos, casas y posesiones de las que puedo contar. No necesito Melio. No necesito otra isla. Tengo una en las costas de Sicilia. Pero te necesito a ti. Te amo. No quiero volver a acostarme sin poder darte un beso de buenas noches. No quiero despertar por la mañana sin tenerte a mi lado. No quiero vivir mi vida solo.

—Estoy segura de que hay un montón de mujeres locas por ti —dijo Joelle, que no lograba dejar de llorar.

—Pero yo quiero a la mujer que me volvió loco —dijo él a la vez que la tomaba por la barbilla para frotarle las lágrimas delicadamente—. Quiero a la mujer que me hizo madurar, que me hizo enfrentarme a mí mismo, a mis temores. Me has cambiado. Me has hecho más fuerte, más amable, más generoso. Pienso luchar por nosotros, Joelle. Y seguiré luchando. Dime que tú también lo harás, cariño mío.

Joelle lo miró a los ojos y vio en ellos a un hombre sin reservas, un hombre con un rostro encantador, sin dureza, sin amargura. La furia había desaparecido.

—Me gustaría luchar por nosotros —dijo al cabo de un momento—. Me gustaría creer en nosotros...

—¿Pero?

—Eres mayor que yo.

Leo se esforzó por no reír.

—Tengo doce años más que tú.

—Y, como tú mismo has dicho, eres asquerosamente rico.

—Eso es cierto. Pero aunque la mayoría de las mujeres disfrutan con determinado estilo de vida que incluye coches lujosos, viajes y joyas, tengo la sensación de que tú no eres como ellas.

Joelle asintió.

—Encuentro ofensiva la mera idea de que un hombre tenga que ofrecer un determinado estilo de vida a una mujer. No quiero que me ofrezcan un estilo de vida. Quiero una relación verdadera.

—Confía en mí —dijo Leo tras un momento de tenso silencio—. Tendrás esa relación. Pero puede que el verdadero problema resida en que no te sientes lo suficientemente atraída por mí.

—¿Qué?

—Es posible que sientas que ya se ha acabado la chispa entre nosotros. Dime que ya no te sientes atraída por mí y prometo dejarte en paz —dijo Leo, a pesar de que en sus oscuros ojos brillaba claramente la llama del deseo.

Una llama ardiente. Primaria. Sexual.

Joelle sintió que su corazón estaba a punto de estallar.

—No me siento atraída.

Leo sonrió.

—De acuerdo —dijo, y a continuación se dedicó a probar lo equivocada que estaba.

Besó a Joelle hasta que logró que dejara de pensar, de respirar, de ver, hasta que estuvo seguro de haber arrancado con sus labios y su aliento todo el dolor que guardaba en su corazón.

Cuando alzó la cabeza, volvió a sonreír.

—Te entiendo mucho mejor de lo que crees, *bella*.

Ella apoyó las manos contra su pecho para empujarlo.

—¿Tú que sabes?

—Sé que siempre has querido ser como todo el mundo. Que por una vez quieres ser como todos los demás.

Aquellas palabras resultaron muy familiares para Joelle. Eran un calco de sus pensamientos.

—Quieres llevar vaqueros, botas, zapatillas deportivas. Abrigos de cuero con flecos...

Joelle reconoció en las palabras de Leo la letra de una canción que había escrito a comienzos de aquel año.

—Has estado escuchando mis canciones —dijo, con el ceño fruncido, pero arruinó el efecto de inmediato rompiendo a reír—. No esperaba que nadie fuera a escuchar la letra tan atentamente.

—Pensé que ya era hora de prestar atención a lo que me estabas diciendo, aunque sabía que, si quería una oportunidad, necesitaba conocerte, conocer a la verdadera Joelle.

—Quieres conocerme —repitió ella.

—Sí, a la verdadera Joelle, a la Joelle de la que me enamoré hace un año.

—La Joelle de hace un año no te gustó.

Leo rió y la besó.

—Me encantó... aunque vistiera como una vampiresa.

La lluvia había cesado y un rayo de sol entró por el ventanal del bar.

—¿Y qué tiene de malo una vampiresa?

—Nada... mientras sea mía.

De pronto, Leo frunció el ceño y entrecerró los ojos.

—Porque eres mía, ¿no?

Joelle lo rodeó con los brazos por el cuello y acercó los labios a su oído.

—Por supuesto. He sido tuya desde el primer momento que me miraste —cuando apartó el rostro vio un brillo especial en los preciosos ojos de Leo—. Te quiero.

—Lo sé.

Epílogo

VAMOS a llegar tarde —dijo Joelle por enésima vez —. No puedo llegar tarde. No quiero llegar tarde.

Nic y Chantal le dedicaron una mirada divertida a la vez que exasperada.

—Si no hubieras empezado a llorar, no habrías tenido que volver a maquillarte.

—Si alguien me hubiera dicho antes lo del velo, no habría empezado a llorar.

—Habrías llorado de todos modos —dijo Nic—. Estás preciosa, Jo. Esa tiara parece hecha para ti.

Joelle alzó una mano para tocar la tiara de diamantes que llevaba puesta. Era la misma que su padre encargó para la boda con su madre.

Joelle parpadeó varias veces para contener de nuevo la lágrimas.

—¡Estoy insoportable!

—Tranquila, tía Joelle —dijo su sobrina Lilly—. Se supone que las novias siempre lloran.

Joelle rió y la abrazó.

—¿Cómo sabes tanto de la vida, pequeña?

Lilly suspiró.

—Ya tengo ocho años, tía. Lo que pasa es que desde que tienes todos esos líos con Leo te has olvidado de todo.

Chantal hizo un gesto a su hija para que se callara, pero Nic rió. Joelle dedicó una irónica mirada a sus hermanas.

—Gracias, Lilly. Ahora lo recuerdo.

En otras circunstancias, el viaje a la catedral habría durado tan sólo unos minutos, pero dada la multitud que abarrotaba las aceras, en aquella ocasión se prolongó bastante más.

Cuando el coche se detuvo ante la catedral, Joelle se inclinó impulsivamente hacia sus hermanas y las besó.

—Gracias —susurró, conmovida por tenerlas a su

lado el día de su boda. Siempre había sido la princesita, la pequeña de las princesas Ducasse, pero sentía que aquello había cambiado de algún modo a lo largo de los dos años anteriores. Se sentía lista para pertenecer de nuevo a Melio, para afrontar su futuro allí.

Mientras salía del coche oyó que alguien gritaba:

—¡Te queremos, princesa Joelle!

La gente que abarrotaba la catedral lo oyó y empezó a entonar su nombre mientras el abuelo se acercaba a ella para tomarla del brazo.

—Tu gente te quiere —dijo junto a su oído.

Joelle asintió, emocionada. Todo el mundo había sido tan amable con ella, tan paciente... y ella se sentía más agradecida de lo que nadie podía imaginar.

—Yo también quiero a la gente de Melio.

—Se alegran de tenerte de vuelta —añadió el rey Remi.

—Y yo de estar aquí, abuelo.

Pero en cuanto enfilaron el pasillo central, Joelle sólo tuvo ojos para el hombre que aguardaba ante el altar.

Leo.

La esperaba flanqueada por sus dos distinguidos cuñados, Malik Nuri y Demetrius Manteakis, y era todo lo que siempre había querido, todo lo que siempre había soñado.

El príncipe Leo Fortino Borgade. Su corazón.

Con los acordes del órgano de fondo, Joelle contempló a Nic, Chantal y Lilly mientras la precedían por el pasillo.

Y finalmente llegó su turno. Tres años después de su compromiso con el príncipe y dos después de haber perdido su virginidad. La vida no había sido fácil, pero cada lección que había aprendido la había llevado hasta aquel punto.

Cuando se detuvieron ante el altar, estaba temblando. Estrechó cariñosamente el brazo de su abuelo antes de apoyar la mano en el brazo que le ofrecía Leo.

—Gracias, abuelo —murmuró—. Te lo debo todo.

—No me debes nada, cariño. Sólo sé feliz.

—Lo soy.

El rey Remi la besó en la mejilla y a continuación se fue, dejándola al cuidado de Leo.

El órgano dejó de sonar, y unos segundos después el obispo comenzó a oficiar la ceremonia.

—He llegado tarde —susurró Joelle mientras miraba el perfil de Leo.

—Sólo media hora —susurró él.

—Lo siento.

Él le estrechó la mano cariñosamente.

—Empieza a dárseme bien esperar.

Joelle estuvo a punto de reír. Pero no debía reírse. Era el día de su boda. Se estaba casando con un príncipe. La vida se estaba volviendo seria.

—Te has convertido en un hombre paciente.

Los labios de Leo se curvaron.

—¿Por qué no? Todos necesitamos un poco de tiempo extra de vez en cuando.

Las dos horas siguientes pasaron volando. Joelle disfrutó de la ceremonia, de la recepción y del baile, pero finalmente llegó la hora de escapar y quedarse a solas con Leo. Y escaparon a la habitación que tenía reservada Leo en el Palace Hotel. Al día siguiente partían en un crucero de dos semanas por las islas griegas, pero el resto de la noche era suyo.

Joelle se sentó ante el tocador para quitarse la tiara, pero resultó más difícil de lo que creía.

—¿Me echas una mano, Leo? No querría que se me estropeara el velo.

Leo, que estaba llenando la bañera, salió del baño y se acercó a ella.

—Estás preciosa —dijo, mirando el reflejo de Joelle mientras se situaba tras ella—. Y esta tiara es casi tan preciosa como tú —añadió mientras se la quitaba y la dejaba sobre el tocador.

—El abuelo la había estado guardando para mí.

—Tu familia te adora.

Joelle asintió y se mordió el labio inferior, emocionada. Se sentía tan feliz, tan afortunada...

Al ver la amorosa mirada que le estaba dedicando Leo la emoción amenazó con superarla. Todo lo que tenía que hacer era mirarla para desearlo... y el deseo no estaba precisamente disminuyendo, sino que se volvía más y más intenso cada día.

—Te has quedado muy callado —murmuró.
—Estoy disfrutando mirándote.
—Has luchado verdaderamente por mí.
—No tenía otra opción.
—¿Por qué?
—Ya conoces la respuesta.
Joelle se levantó y se volvió hacia él.
—Quiero volver a escucharla.
Leo la tomó de la mano y se sentó con ella en el borde de la cama.
—Te quiero.
—Otra vez.
—Te quiero.
—Otra.
—Te quiero.
Joelle se inclinó hacia Leo y lo besó lentamente, saboreando el deseo que de inmediato empezó a florecer entre ellos.
—Prométeme que nunca dejarás de decirme que me quieres.
—Lo prometo.
—Y prométeme que seguirás queriéndome cuando seamos mayores y tengamos canas.
—Lo prometo.
—Y prométeme que siempre recordarás este día.
Leo rió.
—Lo prometo.
Joelle respiró profundamente, aún tratando de asimilarlo todo.
—La verdad es que tenemos una historia increíble que contarles a nuestros hijos.
—No la creerán.
—Tendrán que creerla. Es nuestras historia.
—Toda una historia —bromeó Leo.
—Más grande que la vida.
—Con muchas dosis de testarudez...
—Supongo que te estás describiendo a ti mismo.
Leo volvió a reír.
—Puede que necesitemos repasar los hechos.
—Estoy de acuerdo. De hecho, mientras estamos de luna miel podemos dedicarnos a recordar los detalles.
—Tendremos tiempo.
—No mucho —Joelle apoyó sus labios contra los de

Leo y susurró—: Estoy embarazada. Esperamos un bebé para las próximas navidades.
